This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

WIDENER
HN PF1A 5

Span 5739.39

Harvard College Library

FROM THE

SALES FUND

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor in Harvard College, 1816–1854. The income is to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

Digitized by Google

Digitized by Google

MIEDO AL HOMBRE

Digitized by Google

ES PROPIEDAD

Digitized by Google

NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS

MIEDO AL HOMBRE

NOVELA ORIGINAL

DE

CARLOS FRONTAURA

BARCELONA

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES

CALLE DE PALLARS (Salón de S. Juan)

1887

Digitized by Google

Span 5739.39

HARVARD COLLEGE
MAY 22 1909
LIBRARY

Sales fund

Establecimiento tipográfico-editorial de Daniel Cortezo y C.ª

Digitized by Google

I

Poco antes de cumplir Narciso los veintiséis años perdió á su padre, un viejo muy alegre que parecía joven, porque la ventura propia de la juventud, que es la alegría, la conservó hasta poco antes de morir, y así no conoció días de tedio, ni devoró desengaños, ni sintió las amargas tristezas de perder las ilusiones, ni se preocupó jamás del porvenir.

Era este alegre viejo dueño en la calle de la Sierpe, en Sevilla, de una tienda cuyo contenido había comprado á unos alemanes que, habiéndose hecho ricos en el comercio de esas cosas que ahora llamamos *bisutería*, habíanse vuelto á su tierra; y el hombre continuó este tráfico logrando regular ganancia, la suficiente para vivir holgado, y aun para

Digitized by Google

haber hecho algunos ahorros, si este buen pensamiento le hubiera ocurrido alguna vez, que no le ocurrió jamás.

Narciso no conoció á su madre, porque el mismo día que él salió al mundo pasó al otro la buena mujer, después de sufrir una operación quirúrgica dolorosísima con el valor y la entereza de madre, sin que le aplicaran el cloroformo ni se procurase mucho atenuar sus crueles dolores.

Don Nicomedes Galán, que así se llamaba el padre de Narciso, juró no volver á casarse por no ver á otra mujer en el duro trance en que vió á la muerta. El martirio de la pobre madre fué la única impresión de pena aguda que experimentó en su vida aquel gran egoísta.

Otras muchas mujeres hermosas encontró el viudo—como que vivía en el pueblo de la gracia y la hermosura—y alguna vez vaciló en su propósito, pero resistió la tentación, recordando aquel luctuoso día en que su amante compañera le sonreía graciosa y feliz al nacer la aurora, sintiendo los primeros síntomas de alumbramiento, y luego, á la puesta del sol, la veía espirante, desgarrado el vientre, y desfigurado el rostro con horri-

Digitized by Google

ble mueca, después de doce horas de sufrimientos incomparables.

Contrató una nodriza para el chico, y volvió á hacer la vida de soltero, siempre alegre y divertido, corriéndola en grande con los amigos que tenía, tan alegres y poco formales como él, asiduo favorecedor de la venta de Eritaña y de otros lugares donde no había mal humor, aunque hubiera á las veces malos humores, y popularísimo en todas las tiendas de montañés de la risueña ciudad que baña el Guadalquivir, en ocasiones más de lo que conviene á la seguridad de sus moradores.

Don Nicomedes tenía confiado el comercio á sus dependientes, y él se iba á las giras, francachelas y diversiones dentro ó fuera de la ciudad; y cuando por casualidad se le encontraba en la tienda, veíasele siempre con el hongo en la cabeza, y la capa torera en invierno, ó la cazadora en verano, que acababa de entrar á ver si había algún recado para él ó á llevarse dinero del cajón, sin duda porque ya se le había acabado el que sacó al salir de casa por la mañana. Abría el cajón, tomaba lo que le hacía falta y decía al dependiente más antiguo:

Digitized by Google

—Oye, tú, *Grabieliyo*, tanto me llevo, apúntalo.

—*Güeno*—contestaba el dependiente.

Éste le daba la cuenta de la semana el sábado por la noche, bien anotado y especificado todo, y especialmente las diferentes cantidades que había sacado del cajón el principal.

—¡Hombre!—decía éste algunas veces, que otras no decía nada—no creía haber sacado tanto dinero del cajón... Hijo, se va el dinero como agua. Gracias que tú lo apuntas todo, y la cuenta no falla.

Con lo cual el buen Don Nicomedes quedaba tan tranquilo, y más tranquilo todavía quedaba el fiel dependiente.

Por suerte, el comercio rendía lo bastante para que su dueño atendiera las obligaciones precisas, y las que él, con poca prudencia, se echaba encima, y el hombre vivía tan contento como unas pascuas.

Creció el chico, y le puso en un colegio, que ya que él no era cosa mayor lo que sabía de letras, quiso que su hijo fuera hombre instruído y de provecho y supiera, decía, un poco de cada cosa para que luego, «cuando esté en edad de elegir carrera, tire por donde

Digitized by Google

le parezca bien,» que él no había de contrariar su voluntad, y lo mismo le daba médico que boticario, albéitar que ingeniero, militar que clérigo... Algún domingo, si tenía un rato, iba á visitarle en el colegio, y en las fiestas solemnes llevábale consigo al café, y alguna vez le llevó á ver un baile de gitanos en Triana, ó á una *juerga* en casa de la Calzadilla, y si había toros, entonces ya se sabía, llevábale á la plaza, á presenciar el encierro, y el apartado y la corrida, porque, eso sí, á él no le importaba que el muchacho eligiera una ú otra profesión, pero le importaba que tuviese sangre torera, y entendimiento y filosofía para saber distinguir la estocada correcta del golletazo vergonzoso, y el volapié del mete y saca... Don Nicomedes tenía la pretensión de ser el aficionado más inteligente que existía en Sevilla, y en materia de toreo era absoluto en sus opiniones, y únicamente se le veía serio y grave cuando discutía sobre toros y sobre toreros con tal copia de ejemplos históricos, detalles tan alambicados y lenguaje tan técnico y gráfico, que hasta los mismos lidiadores más famosos le oían con singular respeto y profunda admiración, y le llamaban *Maestro*, cosa que hala-

Digitized by Google

gábale de suerte que en seguida mandaba traer manzanilla, y vayan cañas y vengan cañas, él pagaba todo el gasto para todos los presentes, más ufano que si le hicieran Presidente del Consejo de Ministros.

No estaba muy satisfecho de su hijo, porque éste no participaba de su entusiasmo taurómaco, y tampoco parecía que le hacían muy feliz las contorsiones de los gitanos en el baile, y el padre deducía que el niño iba para señorito, sin que se pudiera remediar.

Cuando tuvo edad para elegir carrera, el padre le sacó del colegio, y una noche se retiró á casa un poco más temprano para tener un rato de conversación con su hijo.

— Oye, tú — le dijo; — tú ¿qué quieres hacer?... ¿Quieres estudiar, ó quieres encargarte de la tienda?... La bisutería es cosa que deja su utilidad, porque se compra barato por mayor, y se vende caro al menudeo, y yo con 10,000 reales de capital empecé, que es lo que me quedó después de pagar á los alemanes, y no me ha faltado nunca para mis atenciones, y para llevar siempre un duro en el bolsillo; pero si tú sientes otras aspiraciones, me lo dices y á ello. ¿Quieres ser mili-

Digitized by Google

tar? Cojo y te llevo á Toledo al Colegio mañana mismo. ¿Quieres ser canónigo?... Pues á las ocho estamos donde el obispo á que te examine y te meta ahí en el Seminario. ¿Quieres ser farmacéutico?... Pues en la droguería de Campelo, que es amigo mío, te meto de cabeza para que vayas conociendo las hierbas y los untos y los jaropes, y en seguida á estudiar, y mucho ha de ser que no te compre yo luego una botica que dé el opio, con su estantería llena de botes con aquellos rótulos en latín que ni el demonio los entiende... ¿Quieres ser médico cirujano? Pues á matricularte mañana, y te compro los libros y una caja de instrumentos para que empieces á cortar brazos y piernas cuando te dé la gana.

—Yo prefiero el derecho—dijo Narciso, interrumpiendo á su padre.

—¿El derecho?... Y qué es eso? Quién te quita el derecho de elegir lo que quieras?...

—Digo que seré abogado.

—¡Abogado!... ¡Abogado! Hombre, yo no los puedo ver. A tu abuelo le arruinaron. Cuando murió, tenía once pleitos pendientes, y había perdido otros tantos. Toda su hacienda se la llevaron los abogados, y no me quedó mas que lo preciso para comprar la

Digitized by Google

tienda. Pero, en fin, allá tú: si te gusta ser abogado, por mí no ha de quedar. Ya decía yo que tú vas clavado para señorito... ¡Con que derecho! ¿eh?... De bastante le sirvió á tu abuelo, el derecho. Se quedó con el derecho y sin el dinero, que todo se lo llevaron los curiales.

Y no se habló más. Narciso siguió su carrera, siendo un estudiante vulgar que nunca obtuvo la calificación de sobresaliente. Más que á estudiar se dedicó á divertirse, pero no como su padre, sino como un señorito. Era guapísimo, airoso, vestía correctamente, gastaba sin duelo el dinero, y lo mismo que el bueno de D. Nicomedes, cuando entraba en la tienda era para decir al dependiente:

—Dame dinero, y anótalo.

Muchas veces se adelantaba á su padre, y éste cuando iba á la tienda y tiraba del cajón, en el que había quedado lo poco que no se llevó su hijo, decía al dependiente:

—Oye, tú, ¿no se ha vendido más hoy?...

—Sí, señor, pero se lo ha llevado Narciso.

—¡Caracoles con el señorito!... — exclamaba; cogía lo que había, y salía murmurando: —Pues señor, el abogadito me sale por una friolera.

Digitized by Google

Don Nicomedes y Narciso vivían juntos, es decir, en la misma casa, pero independientes. Uno y otro entraban y salían, comían y dormían á la hora que se les antojaba. El padre tenía sus amigos y sus quebraderos de cabeza, y el hijo los suyos, y el hijo sabía dónde podía encontrar al padre, y el padre dónde estaba su hijo y con quién trataba, pero jamás se encontraban, á no ser en la calle ó en su casa, ó en la tienda, que iban los dos á buscar dinero, y en estos casos sí que el padre se la jugaba, como él decía, de puño al abogadito, porque tiraba del cajón y se lo llevaba todo, sin dejar más que tres ó cuatro pesetas y la calderilla. Pero no se apuraba el hijo por eso; que allí estaba el dependiente mayor, su amigo, que le sacaba del compromiso, prestándole lo que necesitaba, que tiempo tenía luego de retirarlo de los ingresos, y aun le sacaba algún interés al dinero ajeno con el beneplácito del señorito, que era dadivoso y espléndido, y recompensaba con largueza la buena voluntad con que el dependiente mayor, que más parecía dueño de la tienda que don Nicomedes y su hijo, le dispensaba favores de dinero, los que más estimaba el hermoso Narciso.

Digitized by Google

Acabó su carrera y se quedó en Sevilla, inscribiéndose en el Colegio de abogados, y ejerciendo por lo pronto en la defensa de pobres; pero habiendo ocurrido que tres ó cuatro de estos se vieron sentenciados á mayor pena que la pedida por el fiscal, atribuyóse á la elocuente defensa de Narciso tan imprevisto resultado, y ya no hubo pobre que se aviniese á caer en tan buenas manos. Tenía un sistema especial de defender al prójimo. Pintaba con los más negros colores el delito cometido, ponía á su defendido como un trapo, ponderando sus detestables cualidades, y después de este panegírico pedía la absolución, fundado en que el reo era un bruto sin educación, y por consiguiente no se le debía exigir la responsabilidad como si fuera persona ilustrada y decente.

Don Nicomedes conocía las intrigas amorosas de su hijo, pero no se atrevía á tocarle este punto, porque también su hijo sabía que él mantenía relaciones con alguna prójima que vivía allá, en Triana, siendo don Nicomedes quien sufragaba los gastos de la familia de su amiga, que, para mayor escándalo, estaba casada, sin poder admitirse como circunstancia atenuante del adulterio que el

Digitized by Google

marido era un *sin vergüenza*, un perdido, holgazán de nacimiento, borracho de profesión é incapaz de cumplir sus obligaciones. D. Nicomedes, que no volvió á casarse para no tener disgustos, no los tuvo flojos, con motivo de estas pecaminosas relaciones, y pasado algún tiempo, de buenísima gana las hubiera roto, pero no pudo, porque esta clase de amores ilícitos son como un nudo corredizo que se aprieta cada vez más cuando se quiere deshacer, y en muchos casos ahoga al infeliz que se dejó coger en él. Así ocurrió al alegre D. Nicomedes, que una noche volvió á su casa en la mayor agitación, con el rostro amoratado y respirando tan fatigosa y penosamente que, sentándose en un sillón, perdió el conocimiento, y aunque se acudió pronto con los remedios propios del caso, al empezar el nuevo día acabó él su poco edificante peregrinación por este valle de lágrimas...

Como él y su hijo no habían gozado la dicha de amarse como se aman los padres y los hijos, Narciso no sintió la muerte de su padre. Éste había fallecido sin testar, y hubo necesidad de que el juzgado interviniera en la averiguación del estado de su hacienda.

Digitized by Google

Hiciéronse todas las diligencias rápidamente, pero aun así, más de seis meses tardó en ponerse todo en claro. Cubiertas las obligaciones de su padre, bien le quedaría al hijo valor de quince ó veinte duros en objetos de bisutería más ó menos finos, pues casi todo lo que había en la tienda pertenecía de derecho al dependiente mayor, que tenía muy bien arregladas sus cuentas, perfectamente justificados los adelantos que había hecho al difunto y á su hijo, con el interés compuesto correspondiente, relación de sus sueldos devengados y no satisfechos, y anotadas todas las letras que había pagado á los fabricantes alemanes y franceses que surtían el establecimiento. Narciso se quedaba en la calle con su cama y su ropa, y pensando estaba qué haría y adónde iría cuando el dependiente mayor, que era su amigo, le ofreció hacer el sacrificio de tomar en traspaso el comercio, y le propuso que por esta cesión le abonaría incontinenti 40,000 reales, con lo que un hombre joven y libre podría tener base, con tal de ser juicioso y económico, para hacerse una fortuna. ¿Qué había de hacer Narciso?... Tomó los 40,000 reales que en monedas de cuatro duros le puso en la mano el que hasta

Digitized by Google

entonces había sido su dependiente, y le firmó ante escribano el acta de cesión y la declaración de quedar pagado y satisfecho. El día siguiente fué un pintor acompañado de un chicuelo, que llevaba la escalera y las vasijas de los colores, colocó la escalera abierta delante de la tienda, subió al último peldaño, borró el letrero que decía:

LA ALEGRÍA
Comercio de bisutería de D. Nicomedes Galán

y pintó lo siguiente:

LA HONRADEZ
Comercio de bisutería de Gabriel Garboso
sucesor de Galán

Narciso no volvió á pasar por el sitio de la calle de la Sierpe, donde estaba el comercio que había sido propiedad de su padre.

Y un mes después, salía para Madrid, con mil reales en el bolsillo y en la cartera letra de 36,000 á su orden y cargo del Banco de España.

Digitized by Google

II

Se llamaba Angustias y era la sevillana más bonita que se ha conocido. Esta afirmación, que nada tiene de hiperbólica, basta para que mis lectores puedan formarse idea de cómo sería la más bonita de las mujeres nacidas en aquella tierra de las mujeres bonitas. Y con decir esto, no tengo necesidad de hacer la descripción de su interesante figura que era, en puridad, desde la cabeza al pie el tipo más perfecto de la belleza y de la gracia.

Pasaba por la calle con su madre, y los hombres quedaban suspensos viendo tan peregrina hermosura, y en frente del portal de su casa había siempre un centinela, algún admirador esperando verla asomarse á la cancela ó al balcón. Muchos seguían á las dos mujeres para saber dónde estaba el templo

Digitized by Google

de aquella divinidad, y seguramente no habrá en el mundo niña y mamá que hayan oído más requiebros.

—¡Bendita sea tu alma y tu cuerpo!—exclamaba uno.

—¿Adónde va usted, criatura?—le preguntaba otro, poniéndose delante como para atajar el paso á Angustias y su madre,—¿no repara usted que con esos ojos va matando cristianos por donde pasa?

—Señora—decía otro á la mamá—ha parido usted la niña más bonita del mundo.

—Mire usted, señora—le decía otro moscón — el que se case con su hija se suicida, porque á los cuatro días se muere... ¡cuando digo que se muere!

Angustias sonreía, una sonrisa inocente y púdica, una sonrisa de ángel, pero no bajaba los ojos hipócritamente. Alta la gallarda cabeza, peinado y recogido de la manera más sencilla el negro, espeso y finísimo cabello, sin más adorno que una rosa de vivo color, más hermosa en la cabeza de Angustias que en el arbusto donde había brotado, vestida modestamente, pero con suprema natural elegancia, seguía su camino al lado de su madre, que frecuentemente le decía:

Digitized by Google

—No corras tanto, hija mía, que mis pies no me llevan al paso que á ti los tuyos.

Angustias andaba ligera y parecía que sus pies no tocaban el suelo. Pero cuando su madre se quejaba cariñosamente, acortaba el paso y ofrecíale el brazo para que se apoyara la buena señora.

Ésta, que todavía no era vieja, había sido también hermosa, como su hija, y conservaba rasgos que lo indicaban claramente; pero el dolor había torturado sin piedad á la pobre mujer, imprimiendo en su rostro la huella del sufrimiento y la amargura. Hija de honrada familia cristiana, educada con tierna solicitud, de naturaleza delicada, dulce, inocente, tuvo la desgracia de hallar en su camino un hombre que, en lo físico, era el tipo más perfecto de la hermosura varonil, y en lo moral, el sér más abyecto de la tierra. Enamorada de este hombre, que en la apariencia era un cumplido caballero, casó con él, contra la voluntad de su madre, que siempre miró al novio con prevención, y sufrió el más terrible y doloroso desencanto. En breve espacio destrozó la fortuna de su mujer, y este crimen hubiéralo ella perdonado, que tenía alma gran-

Digitized by Google

de y generosa, pero lo que no podía perdonar era la monstruosidad del carácter de aquel hombre que contrastaba por modo singular con la dulzura y delicadeza de los sentimientos de su triste y burlada compañera. La pasión que había inspirado á su marido era el más brutal apetito, y no ella, la mujer más depravada habría sentido invencible repugnancia en compañía de un sér tan cínico, torpe y miserable. Había imaginado la pobre que en el estado matrimonial hallaría los más dulces placeres y las más puras é inacabables alegrías, y no halló otra cosa que tormentos y vergüénza. Encenagado en el vicio, bajo su forma más repugnante y odiosa, era aquel hombre un demonio en el hogar doméstico. Más que sus desvergüenzas, sus golpes y sus insultos, temía sus caricias la desventurada...

Pensó cuando nació Angustias que acaso la presencia de la inocente niña podría modificar el modo de ser de su marido, pero se engañó ; el que tanto la había hecho sufrir, aborreció á la madre y á la hija, y acabó por abandonarlas, dejándolas en la mayor estrechez, y marchando á Cuba, donde murió trágicamente en desafío, atravesado de una cer-

Digitized by Google

tera estocada su corazón podrido. Era militar indigno de vestir el honrado uniforme del ejército español, y otro militar, noble y valiente, á quien intentó deshonrar, fué el instrumento que la Providencia eligió para castigar el cinismo de hombre tan perverso.

Díjose que el capitán Vélez había muerto casualmente, echóse tierra al muerto y al asunto, y á la atribulada viuda se le concedió la pensión que le correspondía. Gracias que su marido no pudo dejarla sin ese recurso como la dejó sin su pingüe fortuna.

La viuda de Vélez, desde que empezó á disfrutar la pensión, tuvo, la pobre, mejor vida, y pudo educar á su hija, enseñándola á trabajar, con lo que la niña aprendió primorosas labores y adquirió regular instrucción que su natural talento y singular penetración hacían parecer más sólida y profunda de lo que era en realidad.

Tranquilas y conformes con su pobreza vivían madre é hija, aquella siempre melancólica y delicada, y ésta procurando con su cariño consolar la pena de los recuerdos tristes que atormentaban á la viuda tanto como los temores acerca del porvenir de Angustias. La buena señora había sufrido dema-

Digitized by Google

siado en su matrimonio, malos tratos, humillaciones, hambre... y le hacía temblar la idea de que su hija habría de casarse, porque si daba con un marido como el suyo, ¡pobre Angustias! Para su propia desgracia habíale dado Dios fortaleza y resignación, pero sería horrible su martirio si entregaba la hija de su corazón á un hombre que la hiciera desgraciada. Ella se había enamorado de aquel monstruo, que en apariencia era un hombre irreprochable. ¿No le podría suceder lo mismo á su hija?... Alguna vez pensó referir á Angustias todo cuanto ella había sufrido, para que le sirviera de aviso y ejemplo, pero rechazó la idea, porque no hallaba modo de explicar á la virgen inocente qué hombre era su padre, y no quería llenar de amargura el candoroso y tierno corazón de una hija, que tributaba el más ferviente culto á la memoria del autor de sus días. Las penas de su madre creía ella que eran una sola pena, la de haber perdido el esposo bueno y amado, y la madre la dejó demasiado tiempo en este error para atreverse á presentarle súbitamente el cuadro horrible de la realidad.

Trataban con poca gente, y ponía gran empeño la viuda de Vélez en elegir sus relacio-

Digitized by Google

nes entre personas de notoria rectitud, de sentimientos religiosos, esperando que en aquel reducido círculo acaso habría para su hija un marido, que fuese modesto, honrado y trabajador, ya que Angustias reunía también estas condiciones, que bastan para la felicidad en la pobreza. Muchos fueron los que pretendieron acercarse á Angustias, que atraía á todos con el poderoso imán de su singular belleza, pero ninguno de los que paseaban su calle, le escribían billetes ó se atrevían á procurar aproximarse á la madre y á la hija logró vencer la indiferencia de Angustias.

La viuda de Vélez tenía un hermano, de madre, un sacerdote bueno y pobre como ella, á quien amaba entrañablemente, y que también vivía en Sevilla, sin haber logrado una regular posición, no por falta de méritos, que eran muy grandes, sino por su excesiva modestia y su carácter poco sociable y comunicativo, refractario á todo lo que pudiera parecer adulación y bajeza. Así el cuitado no contaba con otra cosa que con dos pesetas de la misa (que decía todos los días en San Lorenzo en el altar del Señor del Gran Poder, devoción de los opulentos y piadosos mar-

Digitized by Google

queses de la Filigrana, á quienes oportunamente conocerá el lector), y lo que le valían las escasas asistencias á funerales y otras solemnidades en la parroquia.

El hermano de la viuda cayó enfermo, y en los primeros momentos le asistió un honrado matrimonio de la vecindad; pero viendo que la dolencia era grave, que el cura estaba pobre, y sería fácil que muriera, conferenció el caritativo matrimonio con un sobrino del cura, á quien éste dió albergue en su casa, mientras seguía la carrera en la Universidad, porque el sobrino también era pobre, y el sobrino y el matrimonio convinieron que era preciso dar aviso del estado del clérigo á su hermana la viuda de Vélez, quien podría socorrerle, cosa que el sobrino no podía hacer ni tampoco el matrimonio, además de que el marido tenía que trabajar para ganar el jornal y la mujer estaba criando, y sus obligaciones de madre y de esposa no le consentían, por grande que fuese su voluntad, pasar el día á la cabecera del enfermo, donde era preciso un médico que atajase pronto y bien el mal que comenzaba á consumir aquella flaca naturaleza. Pedro, el sobrino del enfermo, joven que con mil trabajos había cursado las

Digitized by Google

aulas, los años que podía pagar la matrícula, que no eran todos, escribiente con tres reales diarios en casa de D. Judas Escamón, escribano, con cuyos tres reales comía, vestía y calzaba, se encargó de avisar á la de Vélez, y lo hizo *in continenti*, y al propio tiempo quiso comunicar á Narciso Galán la novedad que ocurría en su casa. Narciso era el único amigo que tenía desde que una noche pasando por calle poco frecuentada vió al hijo de don Nicomedes en grave aprieto defendiéndose de un borracho que se le iba encima blandiendo en la mano una navaja enorme. Pedro sujetó al borracho, le tiró al suelo y le quitó la navaja, salvando á Narciso, que reconoció y agradeció el gran servicio que le había prestado, y ofreció á Pedro su amistad, y le tomó afición, regalándole, cuando supo su mala suerte, alguna ropa, y convidándole varios días á comer con él. También Pedro se aficionó al buen mozo, y le servía en cuanto éste le encargaba, sin poner atención en que su amigo holgábase de darse aires de protector y le trataba con cierta superioridad impertinente.

Narciso estaba en casa, y Pedro le dijo que no extrañase no hubiera ido á verle como de

Digitized by Google

costumbre, porque su tío estaba enfermo y él había tenido que acompañarle; pero que pareciéndole ya demasiado grave la enfermedad, venía de avisar á la hermana del cura y volvíase corriendo.

—¿Sabes quién es la hermana de mi tío?... —añadió.—Pues aquella señora que el otro día iba por las Delicias con una joven que te gustó mucho.

—¡Caramba si me gustó! ¿Irá con su madre á ver á tu tío?...

—No sé.

—Por si acaso, yo iré luego á tu casa. Haré una obra de misericordia, visitando á tu tío, y veré á tu prima si está allí.

Cuando volvió Pedro, el enfermo, abrasado por la calentura, deliraba en latín, acostado en su camastro, compuesto de dos banquillos, tres tablas, un jergón y una manta que el tiempo y el uso la habían pelado de suerte que más que manta parecía un pedazo de jerga de burda urdimbre.

Estimaban mucho la viuda y su hija al humilde y bondadoso sacerdote, y acudieron inmediatamente con la mejor voluntad de servirle en cuanto les fuera posible. La viuda cogió el poco dinero que tenía en casa, pues

Digitized by Google

ya sabía que era lo que menos habría en el hogar del enfermo y lo que más se necesitaría. La realidad de la miseria de éste superaba á lo que creían las dos mujeres encontrar en aquella casa. El cura no tenía ropa, no tenía mas camisa que la puesta, un guiñapo, y ninguna otra prenda de abrigo interior. Sobre una de las dos sillas que adornaban la sala había dejado muy doblados la sotana y el manteo, prendas estrenadas hacía seis años cuando cantó la primera misa; de un clavo colgaba el sombrero de teja, y sobre una mesilla de pino había un Crucifijo de ningún valor artístico, un breviario y un tintero de cuerno. La cama, como se ha dicho, estaba reducida á la más mínima expresión; tenía el cura un colchón de su propiedad, pero se lo había cedido á su sobrino, que por la noche le tendía en la sala, se tendía él encima, y dormía como un bienaventurado.

La de Vélez, viendo aquella miseria, salió, prometiendo volver en breve, y allí dejó á su hija, esperándola, acompañada del sobrino del cura, que parecía un infeliz, y era bueno, estudioso y formal. No tardó mucho en volver la viuda seguida de un mandadero que dejó en la sala un catre, dos colchones, uno de la

Digitized by Google

viuda y otro de Angustias, mantas, almohadas, sábanas y una colcha blanca. El matrimonio vecino del cura arregló la cama para éste; entre el marido y la mujer, que no se asustaba de ver á un cura ó á un seglar en paños menores, trasladaron al postrado enfermo al lecho limpio y blanco, donde estaba tan ricamente bien abrigado, como no había estado jamás el digno ministro del Señor.

Otra persona desconocida para la viuda había en la sala. Era Narciso Galán, que había acudido como prometió al sobrino del cura.

La viuda de Vélez no pudo menos de fijarse en aquel apuesto y elegante joven, de hermosos ojos negros, cuya mirada acariciadora denotaba ser expresión de un alma apasionada. Algún aire se daba al marido que siempre recordaba la viuda con espanto.

El sobrino del cura dijo á la viuda:

—Este joven es mi querido amigo, el único que tengo, don Narciso Galán, que ha venido á consolarme en esta tribulación.

—Y no vengo á eso únicamente—dijo Galán con dulce acento—sino á decirte que todos los gastos son de mi cuenta, y ahora mismo voy á buscar á mi médico para que se encargue del enfermo.

Digitized by Google

Angustias miró al joven Galán, y encontró la mirada de éste que, desde que había entrado, no cesaba en la contemplación de la peregrina hermosura de aquella virgen de veinte años.

—Dios—dijo Angustias conmovida—pagará á usted esta caridad tan grande.

—Señorita—contestó Narciso—no hay mérito alguno en lo que hago. Esto me consolará de haber gastado otras veces el dinero en cosas superfluas y de ninguna utilidad. Voy á buscar al médico y vuelvo con él.

Salió, y detrás salió también el caritativo matrimonio, satisfecho de haber asistido en los primeros momentos al enfermo, y animado con la esperanza de que los cuidados de las personas de su familia evitarían la desgracia que antes parecía segura.

Vino el médico, examinó al enfermo, se lamentó de que se hubiese perdido el tiempo, recetó y prometió hacer cuanto humanamente pudiera hacerse para salvarle. Era preciso no abandonar un instante al paciente, y seguir las indicaciones facultativas con la más escrupulosa exactitud.

La viuda de Vélez y su hija se instalaron en la miserable vivienda. El sobrino, con di-

Digitized by Google

nero que discretamente le había dado su amigo Narciso, salió á comprar muchas cosas que hacían falta, las medicinas, carbón, tazas, platos, vasos, todo lo más preciso. En tanto, la viuda observaba al enfermo, sentada, cerca de su cabecera, en una de las dos sillas que había en la casa; en la otra, en la salita, estaba Angustias, y Narciso, de pie, se apoyaba en la repisa interior de la ventana, ó paseaba por aquel reducido espacio... que era para él entonces más agradable que el más suntuoso aposento del palacio de San Telmo. La que antes era sombría habitación, sin luz, sin ambiente, habíase convertido como por encanto en clara y alegre estancia... Iluminábalo todo la fulgurante luz de los ojos de Angustias, y si allí no habían llegado nunca los purísimos reflejos de la aurora, en aquellos momentos, cerca del lecho de un hombre de bien que jamás gozó tanta tranquilidad como desde que la calentura le devoraba y su razón desvariaba, lucía la alborada del amor, la llama de la vida... Angustias sentía en su corazón virginal el fuego de esta llama, y Narciso, encantado, suspenso, en éxtasis, contemplaba la expresión más pura de la belleza en el rostro angelical de

Digitized by Google

la doncella, en su pudorosa actitud, en su sonrisa inocente y encantadora...

Narciso Galán, que no tenía nada de encogido, estaba turbado. Temía hablar, porque no quería decir alguna tontería; parecíale que aquella mujer, así como era una belleza excepcional, había de ser un prodigio de talento y penetración. Con otras mujeres él hablaba largo y tendido con el mayor desembarazo; con aquella no se atrevía á hablar, consideraba que á la diosa de la hermosura no se le podía hablar el lenguaje que oyen las mujeres vulgares.

—Podía haberme traído la labor—dijo Angustias á su madre.

—Es verdad—contestó ésta desde la alcoba — porque ya no podemos marcharnos mientras este pobre hermano mío no mejore.

—¿Van ustedes á pasar aquí la noche?—se atrevió á preguntar Narciso á la joven.

—Lo que disponga mamá.

—Pero ¿cómo han de pasar ustedes aquí la noche si no hay ni dónde sentarse?...

—Mamá y yo—repuso Angustias con gracia—ya estamos sentadas...

—No hemos venido aquí—observó la viu-

Digitized by Google

da—á buscar comodidades sino á cuidar á este desgraciado.

— Yo no puedo consentir... — murmuró Narciso — y en cuanto vuelva Pedro, iré á mandar traer de mi casa sillones y butacas...

—¡Jesús! no estamos acostumbradas á tanto lujo—dijo Angustias.

Y entró Pedro, el sobrino del cura, que traía las medicinas ordenadas por el doctor y cuanto juzgaba preciso.

La viuda salió á ponerlo todo en la ruín cocina de aquel cuartucho, convertido en palacio de hadas por la hermosura de su hija, y se dispuso á dar al enfermo el remedio que había de evitar, si era posible, el derrame seroso que el médico temía. Preparó también los sinapismos, y con el mayor cariño hizo beber al cura la medicina y le puso en las piernas los cáusticos, capaces de levantar en peso una estatua yacente.

Narciso habló aparte con su amigo Pedro, sacó una cartera, arrancó una hoja, escribió con lápiz y se la dió, con lo que Pedro volvió á irse á la calle. Cuando las vecinas de la casa inmediata vieron volver al estudiante seguido de los gallegos que traían á cuestas sillones, butacas, una mesa de comedor, si-

Digitized by Google

llas y banquetas, una cesta con loza, preguntó una á otra:

—Chica, ¿qué infante de España ó qué *misión* inglés vendrá á vivir en casa del cura?...

Entró Pedro triunfante, colocaron los hombres los muebles donde Narciso les indicó, y luego que les hubo pagado y despedido, tímidamente dijo á Angustias, que había visto con asombro el cambio de la decoración:

—Ahora, señorita, ya es otra cosa; ahora usted y su mamá podrán descansar en esas butacas, y nosotros tendremos dónde sentarnos...

La viuda salió á la puerta de la alcoba y quedó admirada. Tres sillones, dos butacas anchas y cómodas con sus blancas fundas, seis sillas de nogal, nuevecitas, y la mesa redonda en medio con su tapete encarnado, un quinqué, dos palmatorias con sus velas, una torre de platos, cuatro cubiertos... Humedeciéronse sus ojos y pensó qué sorpresa tan grande sería la de su hermano si pudiera apreciar la transformación que se había operado en su casa; pero, súbitamente, mirando á Angustias, que tenía en las mejillas vivo color y lágrimas en los ojos, una sombra nubló su frente y pensó que aquel cambio se

Digitized by Google

hacía por su hija, sólo por su hija, porque el apuesto mancebo se había enamorado de ella. La actitud del hijo de don Nicomedes era humilde; no quería que se hablara más de lo que había hecho, y parecía querer obtener perdón como si hubiera cometido una falta.

La viuda quedó suspensa... como si un grave pensamiento la preocupase profundamente.

—¡Agua!...—dijo con voz débil el enfermo, que pareció salir del sopor en que había estado largo tiempo, y su hermana volvió á su lado y le dió agua azucarada, y pudo consolarle con su mirada y con sus cariñosas frases. También se acercó Angustias al lecho de su tío.

Éste miró á las dos mujeres con sus turbios ojos, en su boca se dibujó una sonrisa, sus labios murmuraron:—«Bendita caridad», y tornó á quedar postrado.

Cuando el médico volvió á verle, halló menos alta la fiebre y puso mejor cara.

—Vamos á ver—dijo—si conseguimos tener cura.

Notó con satisfacción el cambio que se había operado en la casa, y disponiendo lo que

Digitized by Google

era preciso hacer durante la noche, se fué á seguir su visita.

—¿Y ustedes no comerán hoy?...—preguntó Pedro á la viuda.

Esta pregunta la hacía por indicación del bello Narciso.

—Ya hemos comido esta mañana—contestó la viuda.

—Pero desde esta mañana...

—No se preocupe usted de nosotras. Si tuviéramos necesidad tomaríamos tarde chocolate.

—Lo decía—añadió Pedro torpemente, como no encontrando manera de expresar lo que el amigo le había dicho que dijese—porque podían traer una cena, que ya estará hecha, y bien hecha en...

—Donde esté preparada pueden ustedes ir á tomarla, que buena falta les hará el alimento, pero yo no consentiré que á esta casa se traiga comida ni cena. Mañana, si Dios quiere, aquí pondremos comida...

Dijo esto la viuda con tal severidad, que Pedro no se atrevió á insistir, y el amigo calló como un muerto.

Después de unos momentos de silencio, Narciso, dirigiéndose á la viuda, le expuso

Digitized by Google

su deseo de quedarse á acompañarlas, pues podría ocurrir algo, necesitarse llamar al médico, si el enfermo se agravaba, y estarían mal solas con Pedro, que el pobre por haber pasado en vela toda la noche anterior, estaba rendido. Dióle gracias la viuda, y añadió:

—Nada ocurrirá si Dios nos da su amparo. Mi hermano está tranquilo.

Narciso no insistió, y á las nueve de la noche se despidió, prometiendo venir temprano á enterarse del estado del enfermo.

—Pedro, acompañe usted á su amigo—dijo la viuda al sobrino del cura—ya que tienen ustedes preparada la cena, que como nosotras no dormiremos, cuando vuelva no faltará quien le abra la puerta.

Pedro no se hizo de rogar, y salió con Narciso. Cuando estuvieron en la calle, éste se detuvo, y le dijo:

—¡Gran tunante! qué callado me lo has tenido!...

—¿Qué?—preguntó sorprendido el candoroso Pedro.

—Que conocías tú á la mujer más hermosa del universo. ¿Cómo no me lo dijiste cuando la vimos en las Delicias?... ¿Por qué no la hablaste?

Digitized by Google

—No sé, no me habían visto... y como no íbamos solos...

—¿Cómo se llama?

—Angustias.

—¡Angustias! Yo estoy loco, te lo advierto, loco por esa mujer... ¿La quieres tú?—preguntó, mirándole fijamente.

—¿Yo?... Yo no pienso mas que en mi mala suerte.

—Es que si tú la quisieras, te mataba...

—Y aunque yo la quisiera, ¿te parece que ni esa ni otra me querría?...

—Es verdad. Vamos, anda, te convido á cenar. ¡Lástima que ellas no hayan querido cenar con nosotros!... ¿Qué te parece?... ¿Me querrá Angustias?...

—Si á ti te quieren todas!

—Yo sólo quiero que me quiera ella.

Y se internaron en las callejuelas de San Francisco. Sonaban en el empedrado las firmes pisadas del buen mozo, al mismo tiempo que vibraba melancólica la campana de las Capuchinas.

Digitized by Google

III

El cura se salvó.

Estuvo muchos días en peligro, y, como decía el médico, no le salvó la ciencia sino la suerte de estar cuidado por dos ángeles, que así llamaba á la viuda y su hija.

El cura, padre Serafín, como le llamaban todos en el barrio, donde era muy popular, cuando se dió cuenta del exquisito celo con que le asistían las dos mujeres, lloró como un niño, y decía:

—No es que me aflijo, hermana mía, este llanto es consuelo, regocijo, alegría... Los afortunados en el mundo sólo lloran cuando les hiere el dolor; los pobres tenemos esta ventaja; lloramos con el dolor y con la alegría... Mi llanto es gratitud á Dios que os ha traído á mi lado para salvarme... No amo

Digitized by Google

la vida por mí, por un sentimiento egoísta, la amo por lo que viviendo puedo ser útil á los demás, á mis prójimos... El bien no lo hacen solamente los ricos, los que tienen medios materiales de hacerlo; también los pobres tenemos esa facultad... Mi vida no es una vida inútil; por eso la amo, por eso Dios me la conserva.

Angustias unas veces, y otras su madre, le atajaban en sus discursos, temerosas de un retroceso peligroso en la enfermedad, pero el cura callaba un rato, y luego volvía á entonar sus alabanzas en honor de las caritativas enfermeras ó de Narciso Galán, el insigne amigo de su sobrino Pedro. Ya sabía el cura que Narciso pagaba las visitas del médico, que no le daría menos de 10 reales por cada una, y había traído á la desmantelada casa los muebles y otras muchas cosas de que carecía el cura.

—Dios—decía—ha de premiar de una manera muy especial las virtudes de ese digno joven. Lástima que persona de sus prendas no haya abrazado el estado eclesiástico. Con esas disposiciones para el ejercicio de la caridad, con ese amor infinito al prójimo que en todos sus actos resplandece, hubiera sido

Digitized by Google

un sacerdote dignísimo, un eximio intérprete del Evangelio. También se sirve á Dios en la vida del mundo, en la sociedad, formando una familia, y dando ejemplo de moralidad y rectitud, y ese joven, estoy seguro de ello, será un gran ciudadano, un excelente padre de familia. Tiene las dos cualidades indispensables; es religioso y es caritativo; su espíritu está iluminado por la luz de los mandamientos de la ley de Dios, los cuales, según la Escritura, son una lámpara encendida en el mundo, lugar obscuro y tenebroso.

—Hermano, por amor de Dios, calla y no te calientes la cabeza, que la tienes sumamente débil después de la grave enfermedad que has pasado... ¿Estará bien que habiéndote aliviado su Divina Majestad, tú mismo ahora procures volver á enfermar?...

Volvía á callar el convaleciente, la viuda y Angustias trabajaban silenciosas, haciendo media aquella y bordando ésta primorosísimamente. Pero no duraba mucho el silencio. El cura empezaba otra vez:

—¡Caridad! ¡bendita caridad!... ¡Qué dulce es recibir los beneficios de la caridad, como los he recibido yo de vosotras y de ese excelente joven! ¡Y qué dulce y agradable es

Digitized by Google

también el ejercicio de la caridad! Yo aunque soy tan pobre, la ejerzo como puedo. Perdonadme esta inmodestia, y perdóneme Dios el pecado en que incurro. «Con la caridad se cumple todo lo que la Escritura manda, y se hacen obras dignas de la bienaventuranza,» dice San Agustín. Angustias, hija mía, derrame Dios sobre ti todas las bendiciones, y así logres un marido como le mereces por tu hermosura, y sobre todo por tus virtudes, que son la verdadera inmutable hermosura.

La viuda, oyendo hablar de marido, dejaba caer la media, se levantaba inquieta, y reprendía al enfermo con mayor severidad, con cierto enojo.

—No te enfades, hermana—decía el cura—que no digo cosa que no sea razonable. Mi cabeza está débil, pero conservo el juicio. ¿Qué ha de hacer tu hija un día ú otro? Casarse. ¿Qué has de hacer tú, amantísima y tierna madre? Casarla. El Eclesiástico lo aconseja cuando dice: *Tienes una hija que debe ser casada, cásala y dala á un hombre sensato.* ¡Oh! ya sé yo quién es el hombre sensato...

—Pues no lo digas, hermano, no lo digas, y está tranquilo y no me mortifiques...—le interrumpía con impaciencia la viuda de

Digitized by Google

Vélez, que, como la hoja en el árbol, temblaba cuando se hablaba de matrimonio, pensando que en su hija podrían reproducirse las amarguras, las penas incomparables que ella había sufrido.

Y era más honda su preocupación porque su instinto de madre, desde el primer momento en que vió en casa de su hermano al hermoso Narciso, había adivinado que allí estaba el peligro para su hija amada. Y con unos cuantos días de observación comprendió que el joven Narciso amaba á su hija, y que ésta correspondía á este amor. El amor de su hija ya sabía ella que sería puro, casto, digno... pero ¿qué amor era el de aquel hombre ?...

Calló el cura y luego comenzó á murmurar una oración tras otra, y así pasaba las horas. Angustias se acercaba al lecho, tocaba su frente empapada en sudor frío, y le decía:

—Pero por amor de Dios, padre Serafín, atienda usted ahora á recobrar su salud. Dios no quiere que usted se fatigue de esa manera en el estado en que se halla...

—¡Ay! hija mía, déjame conversar familiarmente con su Divina majestad. Mira, el Chrisóstomo dice: «Considera cuánta felicidad se

Digitized by Google

te ha concedido, cuánta gloria conversar con Dios por medio de la oración, mezclar tus coloquios con Dios, decir lo que quieras, pedir lo que deseas.» Ahora pido tu bien, tu felicidad en esta vida y luego la gloria eterna, y Dios me escuchará y te hará venturosa, tierna y dulce bienhechora mía.

Después de veinticinco días de cama se levantó el enfermo, pero tan débil, tan maçilento, tan aniquilado, que á la verdad más cuidados le eran precisos en la convalecencia que mientras duró la gravedad del mal. Despidióse el médico, disponiendo antes el régimen de alimentación á que había de atenerse el cura para recuperar las fuerzas perdidas. Lo principal era nutrirse, y para esto necesitaba alimentos sanos y escogidos, no como aquellos á que estaba acostumbrado, sino los que á todo convaleciente convienen, y no se niegan á los que, en sus dolencias, se acogen á los hospitales.

Protestó el cura que para él era por todo extremo violento regalarse con manjares propios de personas pudientes y no de pobres miserables como él. Si durante algunos días, mientras adquiría fuerzas, se habituaba á esos manjares ricos, ¿no le sería luego muy

Digitized by Google

duro volver á sus gazpachos, á su bacalao, á sus ensaladas, á sus patatas, á lo que hasta que cayó enfermo había constituído su alimentación? Dinero no tenía, y más favor no había de recibir, pues ya su hermana y Narciso habían hecho por él mucho más de lo que merecía persona tan insignificante. Si él no hubiera estado privado de conocimiento los primeros días de su enfermedad, habríase hecho llevar al santo hospital, que es donde se curan los pobres en brazos de la caridad, y sin que les quede luego el escozor de haber sido gravosos al prójimo.

La viuda había formado ya su plan. No quería abandonar en manera alguna á su pobre bendito hermano, pero tampoco quería continuar fuera de su casa. Pensó llevarse consigo al cura, con lo cual evitaba las visitas de Narciso, que en casa del enfermo á quien con tanta largueza había socorrido, no se le podía negar la entrada, y se le devolvían todos los muebles y demás efectos que había llevado para comodidad de la madre y de la hija.

Expuso al padre Serafín su pensamiento, y le costó trabajo persuadirle de que este proyecto era el más razonable y conveniente. El

Digitized by Google

cura se defendía con un argumento poderoso.

—Tú apenas tienes para vuestras necesidades más precisas y yo no tengo nada. ¿Cómo vamos á vivir?... Privándoos vosotras de todo para que yo, un sér inútil, me regale y me acostumbre á la vida ociosa y estéril.

—Pero, hermano, parece que desvarías como al principio de tu enfermedad. Tú estarás bueno dentro de pocos días; volverás á decir tu misa en el altar del Señor del Gran Poder, y entonces me pagarás... Nunca he querido otra cosa. Si fuéramos ricas es claro que nuestro gusto sería compartir contigo nuestras riquezas, pero pobres como somos, tú has de contribuir á los gastos de la casa.

—Díme, hermana, y si mis dos pesetas de la misa las gasto como un egoísta en mi manutención y en mi bienestar, ¿qué van á decir de mí los pobres?... ¿Tú sabes lo que yo hacía con mis dos pesetas?... Pues muchos días cuando volvía de decir la misa, en el camino las repartía.

—¿Y tú no comías?...

—Á veces no. Eso sí, reservaba los dos realitos que me cuesta cada día este palacio. Y además, hay otra dificultad. Pedro, mi sobrino, ¿adónde irá?

Digitized by Google

—Eso ya está arreglado. Pedro dormirá en casa de ese escribano á quien sirve de escribiente. Ya lo ha convenido con él.

—¿Con don Judas?...

—Sí, y con que me dés los dos reales que pagas por esta casa, te quedará lo demás para tus limosnas y lo que tú quieras.

—Y lo que gane por asistencia á entierros y novenas, y por algún sermón, será para devolver á don Narciso lo que ha pagado al médico, ¿no te parece bien?...

—Muy bien, es una deuda sagrada, y cuanto antes se pague será mejor. Angustias y yo trabajaremos para ayudarte á cumplir con tu bienhechor.

—Yo trabajaré también. Verdaderamente, hasta aquí he sido un holgazán, un vago. Con mis dos pesetitas seguras para los pobres y para mí, no pensaba ya que podría hacerme falta más.

Cuatro días después, el cura, bien abrigado, envuelto en las mantas y el manteo, era trasladado á la casa de la viuda en los robustos brazos de dos mandaderos, que por vivir en el mismo barrio y conocerle mucho le hicieron este servicio sin querer retribución. Pedro quedó encargado de enviar á Narciso

Digitized by Google

todo lo que había llevado á la casa, entregándole al propio tiempo una carta que el mismo Pedro escribió, dictándosela el cura, una carta ampulosa é interminable, salpicada de citas latinas, en la que le expresaba la inmensa gratitud que sentía su corazón, le ofrecía pagarle religiosamente cuanto le debía, y elevar sus preces á Dios para que le colmase de venturas.

Narciso no demostró que la traslación del cura á casa de la viuda le contrariase. Aprobó completamente lo dispuesto por la madre de Angustias, dijo que él no había enviado muebles y demás efectos para que le fueran devueltos, pero una vez que su amigo, el digno sacerdote, no los necesitaba en su nueva casa, aceptaba la restitución para conservarlos mientras viviera, pues habiendo servido á personas á quienes tanto estimaba, eran ya para él de un valor extraordinario. Narciso quería así ganar la voluntad de la madre, cuyas prevenciones contra él había adivinado.

Á los ocho días de haberse instalado el padre en casa de su hermana, pudo salir á decir su misa. Esta misa la oyeron la viuda y Angustias, y allí estaba también el bello

Digitized by Google

Narciso, á quien Pedro cándidamente había avisado. Durante la misa, la actitud del joven fué la de un ferviente devoto. Luego que hubo concluído, dirigióse á la sacristía para saludar al padre, mientras éste, ayudado por el sacristán, se despojaba de las sagradas vestiduras, y después salió con él á la iglesia donde le esperaban su hermana y Angustias para volver juntos á casa. La viuda no pudo evitar que las acompañara el interesante Narciso, que cada vez excitaba más profundamente la admiración del cura, prendado de aquel joven tan comedido, tan prudente, tan modesto y tan caritativo. Desde la iglesia hasta la casa de la viuda fueron muchos los pobres, ya conocidos del cura, que le pidieron limosna. Á todos socorrió Narciso, con lo cual subió de punto el entusiasmo del padre Serafín.

—¡Qué lástima! —pensaba—si este hombre se consagrase á la vida eclesiástica, sería un santo. Pero se casará con mi sobrina y la hará feliz, y serán dos santos, ella y él... También hubo en mejores tiempos algún matrimonio santo, como San Isidro y Santa María de la Cabeza!

Digitized by Google

IV

Angustias, tan cariñosa y expansiva siempre con su madre á quien amaba tiernamente, no le había dicho que otro amor se apoderaba imperiosamente de su corazón; no se había atrevido. Instintivamente comprendía que á su madre le contrariaba aquel amor. ¿Por qué? Esto no lo podía determinar Angustias, pero, indudablemente, á su madre no le gustaba el novio. ¿Era egoísmo de madre, que para ella sola quería todo entero el amor de su hija?... No, porque bien sabía Angustias que su madre por ella, por su felicidad, era capaz de todos los sacrificios, y hartas pruebas le había dado de abnegación. ¿Sería que codiciaba un marido de más alta posición, más acaudalado que Narciso?... No, porque ellas estaban tan pobres que su alianza con Narciso debía considerarse una

Digitized by Google

buena fortuna. ¿No era el hijo de don Nicomedes el joven más galán y apuesto de Sevilla?... ¿No decía constantemente el cura, hombre de verdad y de virtud, con experiencia de mundo y conocimiento de los hombres, que Narciso era un cumplido caballero, digno de los más altos destinos y de ser amado?... Y sin embargo, á su madre no le gustaba el novio. Mucho afligía á la apasionada hermosa doncella esta actitud reservada de su madre, que sería, estaba segura de ello, declarada hostilidad si se atrevía á confiarle el secreto de su corazón. Desde que amaba había empezado á sufrir; no era este buen presagio para su amor, pero ya no podía lanzarlo de su alma... Aquel amor, pensaba Angustias, era un tirano que no la abandonaría hasta después de hacer pedazos su corazón y agotar en ella las fuentes del llanto...

La viuda adivinaba todo lo que pensaba su hija, y sufría porque su instinto de madre le hacía temer que Angustias iba á ser desgraciada, y ella no podría evitarlo.

Discretamente adquirió informes acerca de Narciso y su familia. Supo que la pobre madre había espirado al nacer su hijo. «¡Un hijo que se ha criado sin madre! pensaba la

Digitized by Google

viuda, podrá ser insensible, indiferente, egoísta, de corazón duro, porque no ha tenido quien le enseñe el bien, quien lé conmueva con sus cariñosos halagos, con sus ejemplos de ternura y de piedad.» ¿Y el padre? El padre de Narciso, según la opinión general, era un pobre hombre, ignorante, muy alegre, muy despreocupado, que no se había cuidado de su hijo, y éste y él vivían más como dos amigos que como padre é hijo. Sus gustos y sus aficiones eran distintos; el padre, poco ilustrado y poco sociable, tenía amigos porque era desprendido y derrochador; el hijo, muy pagado de su persona, gustaba de lucir, procuraba entrar en relaciones con gentes educadas y de cierta posición, y desdeñaba la profesión del comercio. No era jugador, como lo era su padre; en esto daba señales de mejor sentido que aquél. Y en cuanto á empresas amorosas, la viuda averiguó que Narciso había tenido algunos amorcillos sin consecuencias, juego propio de jóvenes que entran en la sociedad en las ventajosas condiciones de Narciso. Nada en concreto podía exponer la viuda contra el pretendiente de su hija, y sin embargo, la pobre mujer temblaba, y en vano

Digitized by Google

quería vencer sus aprensiones y repugnancias.

Poco después de haber hecho con ellas conocimiento, perdió Narciso á su padre. El cura corrió á consolar al huérfano, creyendo encontrarle sumido en la más profunda pena, que para un buen hijo no la puede haber más aguda. Cuando el cura volvió á casa de su hermana, habló naturalmente de su visita á don Narciso, que así le llamaba el *pater*, porque le parecía demasiado familiar é irrespetuoso llamarle Narciso á secas.

—Vengo admirado—dijo.

—¿Admirado de qué?—le preguntó la viuda.

—He visto á don Narciso.

—¿Sí?...

—Y he rezado junto al cadáver de su padre y recomendado á Dios su alma. Él me ha acompañado. Es un hombre superior, lo he dicho desde el primer día. Yo no he visto serenidad como la suya, no he presenciado en caso análogo más admirable resignación. Ni una queja, ni una lágrima...

—Pero, hermano, ¿no llora por su padre?...

—Todo su dolor está concentrado en su

Digitized by Google

corazón, y, buen cristiano, se resigna; no hace como los que no tienen su fuerza de voluntad, no llora, no gime, no se rebela contra los decretos de la Providencia, no demanda vanas frases de consuelo...

—Hermano, di que no siente la muerte de su padre y estarás en lo cierto...

—Mujer, ¿puedes creer eso?...

—Eso, eso. Tú te equivocas, porque eres un bendito, que juzgas por ti mismo á los demás. Ese hombre es de mármol. Otros sentimientos los finge, pero el amor filial es de esos sentimientos que no se pueden fingir.

—¡Que eso digas!... No sé de qué nacen tus prevenciones contra mi bienhechor, contra mi amigo don Narciso. Mal le pagas el afecto que te profesa... Siempre me habla de ti con grandes encomios.

—¿De mí?...

—De ti y de Angustias.

—¡Ya! De Angustias sobre todo. ¿Oyes lo que dice mi hermano, hija?...

Y Angustias, inclinada la hermosísima cabeza sobre su labor, callaba.

—¿No has oído lo que te digo?—repetía la madre.

Digitized by Google

—Sí, madre mía, ya lo oigo—contestaba Angustias.

—¿Y nada te ocurre decir?...

—Nada.

—¡Jesús! ¡que así ha de lograr un hombre transformar el carácter de una mujer!... Tú, hija, no has sido hipócrita hasta ahora...

—¡Hipócrita!—exclamó Angustias, levantando la cabeza y fijando la límpida mirada en su madre.

—Sí, hipócrita.

—¡Madre!

—Ya no puedo callar más. Á ver, dime la verdad, ¿tú quieres á ese hombre?...

—Sí—contestó con resolución la hermosa niña, no altanera y soberbia, no, sino con el acento y la actitud digna de quien dice la verdad, y quiere protestar contra la ofensiva infundada acusación de hipocresía.—Me ha dicho usted, madre mía, que me he vuelto hipócrita y quiero demostrar que no lo soy.

—¿Y desde cuándo quieres á ese hombre?

—Desde que le conocí, madre.

—¿Y crees que él te quiere?...

—Sí.

—¿Y si miente?...

Digitized by Google

—Madre mía, por Dios, no me martirice usted.

Y las lágrimas asomaron á los ojos de la enamorada.

—¡Ah! ¡pobre hija mía!... tu madre nunca, nunca te ha hecho llorar. Ahora, otro amor se ha entrado en tu corazón, y ya te hace llorar.

—Pero, hermana—se atrevió á decir el cura—quien la hace llorar, me parece, eres tú... ¡Pobre Angustias! ella te lo ha dicho, no la martirices.

—¡Martirio el mío! ¡el mío! Criar amorosamente una hija, sufrir por ella todos los dolores, todas las desventuras, cifrar en ella toda la felicidad posible en este mundo, guardarla y no vivir por guardarla y preservarla de todos los males, de todos los peligros..., y cuando se cree que se va á lograr la recompensa de tantos afanes, de tantas penas, de tantas amarguras; que se va á gozar el amor infinito de la hija adorada, ese amor no es para ti, madre amante, que no tienes otro consuelo, ni otra esperanza, ni otro bien, ni otra vida; ese amor tiernísimo es para un hombre, desconocido ayer, que no se sabe si es bueno ó malo, si con él se irá

Digitized by Google

camino de la ventura ó del precipicio!... Y ella y tú, hermano, me decís que no la martirice... ¡Martirio el mío! el mío!...

Angustias se abrazó á su madre, acariciándola con ternura, y haciendo protestas de amor y sumisión; y después de algunos momentos, la viuda exclamó:

—¡Ah! no me prometas, no me jures... Tú me jurarás querer sólo á tu madre, despedir á ese hombre, olvidarte de él... Pero no lo cumplirás... yo tengo experiencia y sé que cuando el amor se apodera del corazón de una mujer como tú, son inútiles todas las promesas, todos los propósitos. Tú amarás á ese hombre contra todos, contra mí, contra ti misma. Tu suerte depende ya de la voluntad de ese hombre, irremediable, fatalmente...

Cien veces estuvo la viuda á punto de decir: «¿No ves que yo lo sé porque antes me sucedió lo mismo que á ti ahora?... y ¡ojalá que después no te suceda lo mismo que á mí!» Pero iba á hablar, y se contenía para que su hija no pudiera jamás sospechar que su padre había sido un malvado.

Acabó la dulcísima paz en casa de la viuda. La niña alegre, animada, encanto de su madre, apareció reflexiva, taciturna, preocupa-

Digitized by Google

da, y la madre, idólatra de su hija, no tuvo momento de reposo, perseguida constantemente por la obsesión de sus sombríos pensamientos, de sus temores de que aquel hombre le llegara á arrebatar su hija, todo el bien que tenía en el mundo la que parecía haber nacido sólo para sufrir.

El cura, que tan bien se encontraba en el cuartito que su hermana le había dispuesto en su casa, un cuartito limpio, claro, lleno de sol y de alegría, con sus tiestos de frescos claveles en la repisa de la ancha ventana, diariamente favorecida por los pajaritos que siempre encontraban allí granos de mijo y miguitas de pan, que el cura, amigo de todos los desvalidos, ponía diariamente para regalo de aquellos débiles seres, merecedores por débiles de todas sus simpatías; el cura, digo, sentía también profunda pena contemplando el estrago que el amor hacía en su amada Angustias, y la amargura que no podía disimular su hermana.

Muchas veces quiso convencer á ésta, haciendo uso de todas las armas teológicas que estaban á su alcance, de que no tenía cosa de particular que un hombre como Narciso se hubiera enamorado de Angustias, y que

Digitized by Google

ésta le correspondiera y se casaran cumpliendo la ley de Dios; pero su hermana recibía con tan poco agrado la intervención del padre en el asunto, que éste hubo al fin, haciéndose gran violencia, de proponerse no hablar de matrimonio delante de la viuda; pero tan persuadido estaba el buen hombre de que las imaginaciones de su hermana no tenían fundamento racional, y de las grandes ventajas para Angustias de continuar las relaciones con Narciso hasta su fin natural, el matrimonio, que, á pesar de su carácter sacerdotal, era el intermediario entre la doncella y el doncel, y estaba pronto á proteger sus amores de la manera más eficaz; y si la viuda se oponía, como ya había dicho, á que se casaran los novios, él era capaz de casarlos, seguro de que después, contemplando la felicidad conyugal en que vivirían, la madre habría de agradecerle grandemente que se hubiera atrevido á contrariarla, llevando á feliz término la unión de aquellos dos seres buenos y hermosos, cuyos hijos, pareciéndose á los dos, ó pareciéndose sólo á él ó á ella, serían ángeles que no les faltaría más que las alas para ser iguales á los del cielo.

Si la viuda de Vélez hubiera sido capaz de

Digitized by Google

arrepentirse de hacer un beneficio, á no dudar, habría sentido haber llevado al cura á su propia casa y hasta haberle asistido amorosamente en su grave enfermedad, puesto que tan buena y generosa acción había sido la ocasión de conocerse Narciso y Angustias, y de que ella las sufriera tan penosas, preocupada siempre con la incertidumbre de la suerte que esperaba á su hija adorada en poder de aquel hombre que, á pesar de su hermosura, de su gallardía, de su humilde actitud, de su apariencia irreprochable, decíale su vigilante y leal corazón de madre que era frío é insensible como una piedra puesta en medio de un camino donde tropieza y se lastima el descuidado viajero, sin que la piedra se mueva de su sitio...

Digitized by Google

V

Pasado algún tiempo después de la muerte de don Nicomedes, el cura resolvió hablar seriamente á su amigo y bienhechor don Narciso para inquirir qué proyectos tenía respecto de aquel pedacito de cielo que se consumía en la llama del más puro y fino amor, y que tanto padecía oyendo constantemente los tristes y sombríos pronósticos de la viuda de Vélez, cuyo maternal cariño no podía ponerse en duda, pero que á la verdad se manifestaba de una manera por todo extremo anómala y penosísima para la casta incomparable doncella.

—Mi querido don Narciso—le dijo—¿va usted consolándose de la terrible pérdida sufrida?

—Sí, señor, ¿qué he de hacer?...—contestó el joven.—Este es el mundo.

Digitized by Google

—Es verdad. La muerte nos sorprende cuando menos la esperamos, bien que debiéramos esperarla todos los días, todos los momentos. ¡Y qué misericordioso fué el Señor con su padre de usted, el excelente don Nicomedes! ¡Cuánto no habría sufrido, siendo como era tan apegado á la vida y tan dado á los goces y alegrías del mundo, si el Señor le hubiese tenido postrado en el lecho del dolor días y días, quitándole aquel humor tan jovial y regocijado y haciéndole comprender que se aproximaba su tránsito á un mundo mejor para todos, pero acaso á su señor padre le parecía mejor este donde tanto se divertía, y no le urgía conocer otro! En breve espacio pasó á mejor vida, y en esto se vió claramente el favor del cielo. Y usted, mi señor don Narciso, ¿piensa continuar la tradición comercial de su honrada familia? El comercio es decorosísima profesión cuando, como en la familia de usted, preside á todas sus operaciones la más escrupulosa buena fe. Muchos hay que logran rápida y crecida fortuna por medios no enteramente lícitos, pero luego encuentran el castigo de su codicia en la inquietud de su conciencia, exponiéndose á las penas que en la otra vida están reser-

Digitized by Google

vadas á los avarientos; mas también se hacen sólidas fortunas en el comercio á la manera que la hizo su señor padre, y mayor la hubiera conseguido si no hubiese incurrido en el exceso de la generosidad y el desprendimiento; pero á bien que su hijo no le hará cargo por estos nobles impulsos de aquel carácter noble, franco y leal, porque también el hijo goza en mostrarse liberal y generoso, haciendo en ocasiones como hizo en favor de este humilde clérigo un verdadero derroche de caridad.

—Por Dios, padre, no me vuelva usted á recordar una acción natural en toda persona bien nacida. Y contestando á lo que me pregunta, sepa usted que no pienso continuar en el comercio. No desdeño esa profesión, pero confieso á usted que no me he ocupado poco ni mucho en tales asuntos, y no los entiendo.

—Tiene usted mucha razón y apruebo su propósito de renunciar al comercio. Son muchas las pequeñeces y nimiedades en que ha de entender quien se dedica al comercio al por menor, y para caracteres elevados, inteligencias privilegiadas y alientos como los de usted, es mortificante y abrumador ese

Digitized by Google

cúmulo de cosas insignificantes que constituyen la vida mercantil, y parece como que sobre esa clase, en que, por lo demás, hay personalidades muy estimables, siempre pesa como un anatema el recuerdo de aquella escena de los mercaderes arrojados del templo por Jesucristo.

Narciso no pudo menos de sonreirse.

—Tengo mi carrera—dijo—soy abogado, y esta carrera, como usted sabe, es un buen medio para llegar á ocupar posición en el mundo, por más que sean precisas cualidades de inteligencia de que yo por desgracia carezco.

—Buena es la modestia, señor don Narciso, pero en esa virtud el exceso puede hasta ser digno de vituperio. Usted como abogado está llamado á los más altos destinos... Hombre de corazón y de entendimiento, orador enérgico y correcto, rígido en sus principios, firme en sus ideas, inspirado en el Evangelio, indulgente con el débil, altivo y severo con el fuerte, honra ha de ser usted del foro sevillano, y mucho me habré equivocado si no le veo investido del carácter de diputado á Cortes, y puede que un día me conceda Dios la satisfacción inmensa de saber que Su Ma-

Digitized by Google

jestad le ha llamado á sus consejos, confiándole el Ministerio de Gracia y Justicia. Entonces sí que yo no tendría reparo en dirigir al señor Ministro un memorial para que me diera el consuelo de no morirme sin haber sido párroco, siquier lo fuera en la más recóndita é ignorada aldea. Creería mi señor don Narciso que yo no tenía mi soberbia y mis debilidades como todo mortal, porque me ha visto siempre humilde y resignado. Pues, sí señor, bajo esta apariencia hay un ambicioso, que sueña acaso un imposible, que anhela conseguir lo que no merece; pero Dios me perdonará esta desapoderada ambición porque sabe que mi intención es buena, porque, acaso es una ilusión, creo que siendo párroco haría mucho bien... Sí, mi amigo y señor, ese es mi ideal; tener mi iglesia, dirigirla, disponer yo el culto á Dios y á los santos, sentarme en el atrio del templo rodeado de niños hermosos, inquietos, bulliciosos, adorables y enseñarles la doctrina de Jesucristo, abrir sus ojos á los encantos indefinibles de la fe cristiana, bendecir los matrimonios de mis feligreses, cuidar de mantener en ellos vivo el amor de Dios y el amor conyugal, socorrer á los pobres, asistir á los enfermos,

Digitized by Google

acompañar á los muertos hasta el lugar del eterno reposo y despedirlos de este mundo perecedero con las más fervientes oraciones de recomendación de sus almas!... Tal es mi sueño que no se realizará, y debiera renunciar á este deseo, pero no puedo, Dios no me da la fortaleza que necesito para hacerme superior á esta idea que constantemente me preocupa...

—Señor cura—dijo Narciso—yo no seré Ministro de Gracia y Justicia, pero usted será párroco, yo se lo aseguro á usted.

—¿Sí?...—preguntó el *pater*, abriendo desmesuradamente los ojos, y ruborizándose luego como una damisela.

—Yo me voy á Madrid—añadió Narciso.

—¡Á Madrid!...—repitió con asombro el clérigo, olvidando en aquel punto su codiciado curato y hasta la promesa de realizar su sueño, que le acababa de hacer el hermoso Narciso.—¡A Madrid!... ¿Y Angustias?...—preguntó.

—Angustias—contestó el joven—se quedará aquí con su madre, mi mortal enemiga.

—¿Y qué será de ella?... Señor don Narciso, ¿qué será de ella?... ¿Usted sabe cuánto le ama esa alma de Dios?...

Digitized by Google

—Sé que me ama, pero sé también que su madre me aborrece.

—No, no tanto, no hay que exagerar las cosas.

—Yo sé lo que me digo, don Serafín; la madre de Angustias me profesa un odio que no me explico, pero que es muy intenso, implacable, y no estoy dispuesto á sufrir la humillación de ser mal recibido. Hoy he escrito á Angustias, aquí tengo la carta, y deseaba pedir á usted el favor de entregársela...

—Yo no, yo no, si esa carta ha de ser como si dieran á la inocente una puñalada en medio de su corazón virginal, yo no se la llevo. Bien sabe usted que le quiero como un padre puede querer á su hijo, pero á ella, á ella la quiero más, porque ella es débil y porque sufre... ¿Se despide usted de ella?... ¿la abandona usted? ¿renuncia á su amor, que es como renunciar al cielo?... ¡Ay! Dios me perdone... Esto que digo es un sacrilegio.

—No. Renunciar, no. Yo la adoro.

—¡Oh! cuánto me satisface oir á usted decir que la adora! Ella también, ella ama á usted, me lo ha dicho, y aunque no me lo

Digitized by Google

dijera, yo lo hubiese adivinado, como lo adivinó su madre... Don Narciso, si usted, como creo, desea unirse para siempre á la elegida de su corazón, yo estoy dispuesto á ayudarle, y Dios me perdonará este gran pecado en gracia de que mi intención es labrar la felicidad de los seres que amo sobre la tierra, usted, Angustias y mi hermana, porque ésta al cabo reconocerá lo injusto de sus prevenciones...

—No vayamos tan de prisa, padre—observó Narciso.—Yo voy á Madrid á buscarme la vida... y á hacer á usted párroco—añadió jovialmente Narciso. —La ausencia es gran prueba para el verdadero amor; si Angustias me ama...

—¿Lo duda usted?...

—No lo dudo, pero es preciso que elija entre su madre y yo, es preciso que yo adquiera la certidumbre de que no hay sacrificio que no esté dispuesta á hacer por mí..., y en fin, es preciso que haga algún sacrificio por mí.

—Tiemblo por ella, mi señor don Narciso. Su amor no necesita esa prueba; el de usted sí, y mucho temo que olvide á la pobre niña en aquella confusión babilónica de la corte»

Digitized by Google

donde ha de encontrar á cada momento ocasión de lograr triunfos que acaso le halaguen más que el dulce cariño y la profunda pasión de un corazón tierno y sincero.

—No tema usted, padre. Mi ausencia contentará mucho á la madre de Angustias; ella aprovechará la ocasión de arrancar del corazón de su hija un amor que tanto contraría á esa mujer, que me ofende no sé por qué; si Angustias cede á las sugestiones de su madre, no es digna de mí; si no cede, si prefiere mi amor á todo, si por ser mía es capaz de separarse de su madre, entonces yo recompensaré como debo tanto amor.

—¡Jesús! ¡Jesús!—exclamó el cura, con asombro, santiguándose.—¡Cómo la soberbia y el amor propio ciegan los más claros entendimientos! «Honra á tu padre y á tu madre para que lo pases bien y vivas largo tiempo sobre la tierra», dijo el apóstol, y usted pretende que una hija abandone á su madre, se separe de ella, la execre y abomine; pretende usted una acción contra naturaleza que no puede esperar de Angustias. Hágala usted su mujer, pídala usted á su madre como es debido, y si la madre se la niega, entonces... ya le dije á usted antes que

Digitized by Google

yo, incurriendo en grave responsabilidad, le ayudaré, seguro de obtener luego el perdón de mi hermana; pero el sacrificio que usted quiere imponer á la que le ama, traspasa todos los límites de lo moral y de lo humano. Casada con usted, Angustias seguirá á su marido, cumpliendo el precepto divino, pero no amar á su madre, aborrecer á su madre... ¡Oh! mi señor don Narciso, bien se conoce que usted ha tenido la desgracia de criarse sin madre, de no conocerla, de no recibir sus caricias ni oir sus consejos... porque, de otra suerte, respetaría usted las aprensiones de una madre, los celos sublimes de la que no tiene otro bien en la tierra que la ventura de su hija, y teme y duda, y se apena viendo que ella no es para la hija de su alma, como su hija es para ella, toda la ventura, toda la suprema felicidad...

—Basta, amigo don Serafín, tiene usted grandes cualidades de predicador, y sus feligreses, cuando sea usted párroco, oirán muy buenas cosas, y si ellos son malos, no será por culpa de usted, pero no me predique ahora más. He formado mi resolución. Si Angustias quiere seguirme...

—¿Sin casarse?...

Digitized by Google

—Después... Casarse no me parece que sería gran sacrificio para ella.

—¡Ave María purísima!... ¡Don Narciso!

—¡Don Serafín! No soy un niño, no me conmueve esa actitud de Dolorosa que ha adoptado la madre de Angustias, y me ofende la desconfianza que manifiesta, ese rencor que siente, ó que aparenta, porque acaso podría sospecharse que es un medio de empeñarme en apresurar mi unión con su hija; acaso quiere lo mismo que simula temer, que yo le arrebate su hija...

—¡Don Narciso! no puedo oir á usted un momento más. La madre de Angustias es mi hermana, usted lo olvida, sin duda, porque sino ¿cómo se atrevería á injuriarla delante de mí?... No puede usted comprender el dolor, la pena, la angustia que siente en este momento mi corazón, no sólo porque sufro el más cruel é inesperado desengaño, sino porque estoy en deuda con usted, en deuda de gratitud y de dinero por los gastos que hizo durante mi enfermedad. Pero no crea usted que esté tan desvalido este pobre clérigo que no pueda hacer el sacrificio de saldar su cuenta; si lo consigo, como espero, entonces le diré cara á cara el concepto que

Digitized by Google

desde hoy me merece usted, señor don Narciso.

—Vamos, vamos, don Serafín, no tome usted ese tono, que no cuadra bien á su misión evangélica, y no me hable de cuentas ni de gratitud.

—Señor don Narciso, hasta la vista.

—Venga usted acá, hombre, y no sea ridículo.

—Pronto nos veremos.

—¡Qué miedo!...

Salió el cura de casa de don Narciso, y derechamente fuése á la del médico que le había asistido en su enfermedad.

—Ruego á usted—le dijo—que tenga la bondad de manifestarme cuánto le pagó don Narciso Galán por las visitas que usted me hizo en mi enfermedad.

—Con mil amores se lo diré á usted. Aquí está mi libro, que yo lo anoto diariamente todo. Vea usted, por la asistencia del padre Serafín, recibidos de don Narciso Galán cuatrocientos reales.

—Muchas gracias.

—Usted mande. Veo que se ha restablecido usted por completo. Tiene usted hoy muy buen color.

Digitized by Google

—Demasiado color tendré, porque me abrasa el rostro la vergüenza.

—¡Hombre! ¡hombre! ¿por qué?... Evite usted las emociones fuertes, que son un gran peligro. Serénese usted, tome las cosas con calma, no se incomode por nada de este mundo, no se asuste, ni se sobrecoja, no le preocupen los asuntos ajenos ni los propios, y así evitará usted una congestión cerebral.

—Muchas, muchas gracias, doctor, y páselo usted bien. ¡Veinte duros! ¡Veinte duros! —salió diciendo el hermano de la viuda.

Desde casa del médico, fué á la del escribano, en cuya oficina escribía su sobrino Pedro.

—Díme, Perico—dijo á éste—mientras yo estuve enfermo, tu amigo don Narciso lo pagó todo, ¿verdad?...

—Todo, no señor, las medicinas...

—¿Cuánto?...

—A mí me dió diez duros para medicinas.

—¿Nada más?

—Si algo más se gastó lo pagó su hermana de usted.

—Diez y veinte son treinta, ¿no es verdad?

—Sí, señor, pero ¿qué le pasa á usted?...

—Nada, hijo, nada, que voy á pagarlo todo.

Digitized by Google

—¿Usted?... ¿Jugó usted á la lotería?...

—No. Adiós, no te quiero entretener, que puede enfadarse tu principal.

—Vaya usted con Dios, tío... Pero ¿está usted malo?...

—No, no. Diez y veinte, treinta. Seiscientos reales. ¡Setenta y cinco misas!... ¡Dos meses y medio de misas!...

Así iba diciendo el bondadoso y digno sacerdote, camino de la plaza del Triunfo, donde vivía el administrador de la familia piadosa que diariamente le pagaba sus dos pesetas por la misa en el altar del Señor del Gran Poder.

El pobre cura, como si no hubiera oído el consejo del médico, se ahogaba cuando tocó la campanilla en la casa del administrador.

—¿Está don Leoncio?—preguntó.

—Sí, señor, ahora se levanta de echar la siesta.

Recibióle el administrador con suma amabilidad que animó un poco á don Serafín.

—Perdóneme usted, y deje que me siente... Parece que me voy á ahogar.

—¡Hombre! ¿qué novedad trae por aquí nuestro capellán?...

—Va usted á pensar muy mal de mí, va

Digitized by Google

usted á creer que soy un perdido, un clérigo indigno.

—¿Qué está usted diciendo?... No sé yo que es usted un bendito, un alma de Dios?

—No, señor, no; cuando sepa usted á lo que vengo, no dirá eso.

—Vamos, pues diga usted á lo que viene—dijo don Leoncio, sospechando si el cura estaría algo perturbado á consecuencia de su última enfermedad.

—Pues vengo,... nunca creí tener que pasar esta vergüenza,... vengo á empeñar la misa.

—¡Jesús, María y José! ¿qué dice usted?—preguntó con asombro el administrador, creyendo ya firmemente que el cura estaba loco de remate.

—Sí, señor, sí. Usted me paga dos pesetas diarias, y así Dios recompense esta caridad á la ilustre familia que me dispensa tan singular beneficio. Pues bien, suplico á usted que me facilite 30 duros, que es el importe de 75 misas, si es que yo no he calculado mal, porque no tengo la cabeza ahora para matemáticas.

—¿Y no es más que eso lo que desea usted?...

Digitized by Google

—Sí, señor; para reintegrar á usted este adelanto, en vez de darme dos pesetas por la misa me dará usted solo una durante ciento cincuenta días, y al cabo de ese tiempo, cinco meses, habremos quedado en paz.

—¡Hombre! en paz estaremos siempre.

—¿Y ahora piensa usted de mí que soy un bendito?...

—Sí, señor; el más bendito tiene un apuro... Voy á dar á usted los treinta duros, y me los devolverá cómo y cuándo quiera, sin necesidad de que deje de cobrar su misa por completo.

—¡Oh! no, señor, no siendo en la forma que le digo, no aceptaré el favor. Y aun así, corre usted el riesgo de no reintegrarse, porque si yo muero...

—¿Qué se ha de morir usted?... Se librará usted bien. Vamos, ahí tiene usted sus treinta duros, y cálmese y no se preocupe...

—¡Que no me preocupe!... ¡Empeñar la misa!... ¡Un sacrilegio! un sacrilegio!... Pero Dios me perdonará porque sabe por qué me veo obligado á cometer este exceso. Ahora déme usted un pliego de papel.

—¿Para qué?...

—Para escribir á lo que me obligo.

Digitized by Google

—No hay necesidad.

—¡Ah! no tomaré el dinero sin reconocer bajo mi firma deuda tan sagrada... ¡Un cura con deudas! ¡Esto es horrible!... Déme usted el papel, ó bajaré á comprar un pliego del de pobres.

—No, hombre, no; tome usted el papel, y escriba usted ahí lo que le dé gana.

El cura se sentó delante de la mesa, y en el pliego de papel, con letra muy grande escribió:

«El abajo firmado Serafín Gómez y Pardo, presbítero, vecino de Sevilla, en la calle de la Via Crucis, casa de su hermana de madre, la señora viuda de Vélez, reconoce haber recibido para sus urgencias de don Leoncio Parla, en buena moneda de oro, seiscientos reales de vellón ó sean treinta duros, y se obliga á devolver dicha cantidad á razón de una peseta cada día á contar desde el de mañana, durante ciento cincuenta días, y si en este espacio de tiempo el Señor fuere servido de llamarle á juicio, las pesetas que resten por pagar las cobrará el mencionado don Leoncio cómo pueda y de dónde pueda, pues el infrascrito no tiene bienes de fortuna, y por la ropa que lleva encima, única que po-

Digitized by Google

see, difícilmente se hallará quien dé más de dos reales por caridad. Y para que conste donde haya lugar y debido resguardo del señor don Leoncio, firmo la presente obligación en Sevilla, á etc., etc.»

Leyó el cura lo que había escrito, rióse don Leoncio, y guardó el papel.

—Perdone usted—dijo el presbítero—me he dado vergüenza de hacer constar en este documento que la peseta que le he de entregar cada día es la mitad de la limosna de la misa.

—Bien, hombre, bien. Este papel lo conservaré porque es cosa de usted, pero ninguna falta me hace.

—Dentro de ciento cincuenta días tendrá usted que devolvérmelo con el recibí, si vivo.

—Bueno, bueno. Ahora mismo podrá usted llevarse ya su papelote, y así no tendré ese cuidado.

—No, señor, no; las cosas se hacen con formalidad. Si vivo, dentro de ciento cincuenta días exigiré á usted su devolución. Y crea usted que le agradezco mucho este favor. ¡Ah! nada hemos hablado de intereses...

—¡Hombre! váyase usted y déjeme en

Digitized by Google

paz... y no sea usted ridículo... ¿Usted me cree su amigo ó un usurero?...

—El interés legal no es usura.

—Pero usted es un santo capaz de sacar de las casillas al más pacífico. Vaya usted con Dios, y lleve la satisfacción de que más me complace haberle hecho este servicio que á usted haberlo recibido.

Desde casa de don Leoncio volvió el cura á la de Narciso. Éste salía; detúvole en la calle el cura.

—Don Narciso—le dijo—usted pagó al médico por mi asistencia 20 duros y dió á Pedro, mi sobrino, diez para medicinas. Muchas gracias. Ahí tiene usted los treinta duros.

Y abrió la mano, donde llevaba empuñadas las siete monedas de cuatro duros y una de dos, y se las presentó á Narciso.

—Don Serafín, guárdese usted ese dinero —dijo el buen mozo.

—No, en mis días. Esto es de usted, legítimamente de usted. Tómelo, que á mí me abrasa la mano.

—Que no, he dicho.

—¿Que no?...

—No, y adiós que llevo prisa.

—Un momento, don Narciso. Tome usted

Digitized by Google

ese dinero, que es suyo, y yo no lo quiero.

—Ya he dicho que no.

—Pues recójalo usted del suelo, si quiere, y sino déjelo, que no quiero deber nada á un infame.

Y tirando las monedas al suelo, á los pies del gallardo Narciso, se embozó en el raído manteo, y se alejó á buen paso sin volver atrás la cabeza.

El primer impulso de Narciso fué seguir y alcanzar al cura, que le había lanzado tan grave insulto á la cara, pero se contuvo, y quedó suspenso un momento.

En tanto, un granuja que había visto al cura tirar las monedas, las recogía con pasmosa presteza. Era el único espectador de la singular escena entre el cura y Narciso.

—Señorito—preguntó á éste;—¿ le llevo el dinero al cura ?...

Y sin esperar la respuesta, echó á correr más ligero que un galgo, en la misma dirección que llevaba el cura, que ya había doblado la esquina. El pilluelo también la dobló y alcanzó al cura, y dióle tal empellón, que el bueno de don Serafín cayó sobre el empedrado lastimándose un codo, y milagro fué que no se abriera la cabeza...

Digitized by Google

—¡Muerto soy!—exclamó, mientras el granuja desaparecía por una callejuela próxima.

Desde una reja de la casa inmediata dos mujeres vieron caer al sacerdote, y salieron á socorrerle. Ayudáronle á ponerse en pie, hiciéronle entrar en la casa, diéronle agua y vinagre, y el hijo de una de ellas, que estaba dentro, en el trabajo, se ofreció á acompañarle á su domicilio. Apoyado en el joven volvió á casa el padre Serafín, con el manteo roto, la sotana rasgada, el sombrero de teja lleno de barro, y rotos los cordones que sujetaban las alas. Sentía un dolor muy intenso en todo el brazo sobre que había caído su cuerpo, pero no se quejaba. Desde el sitio en que cayó hasta su casa, su acompañante le oyó decir únicamente:

—¡Este es castigo de Dios!... ¡Por mi soberbia! ¡por mi soberbia!... ¡Lo he merecido! ¡lo he merecido!

Digitized by Google

VI

Llegó Narciso á Madrid y se dirigió á una casa de huéspedes, que ya sabía él que existía en la Carrera de San Jerónimo, como que no hacía mucho que en Sevilla recibió carta de la dueña de la citada casa, que se la ofrecía, porque—«*ya sabes*, le decía, *q.e apesar de Todo te qiere sienpre tu Tomasa.*»

Su Tomasa le recibió con visible satisfacción, y haciéndole entrar en la habitación que le destinaba y cerrando la puerta, le dijo:

—Mira, Narciso, conviene que delante de gente no nos tuteemos... porque podrían creerse... ya tú me entiendes, tunante.

Y le dió, jugando, un bofetón.

—No tenga usted cuidado, señora doña Tomasa, que no comprometeré á usted—contestó jovialmente el joven.—Podrá usted

Digitized by Google

conservar incólume su respetabilidad. Pero, díme, ¿ te va bien con esta industria de dar hospitalidad al viajero ?...

—Voy pasando, hijo, pasando nada más. Todo está muy caro ; las fondas me empiezan á hacer una competencia muy grande ; la casa me cuesta un ojo ; la contribución me parte...

—Y tú partes á los huéspedes, supongo.

—¡ Hombre ! se saca lo que se puede. Gracias que tengo buena parroquia, porque yo, tú sabes mi genio, me desvivo por complacer á las personas, y esto me vale. Y tú, ¿ á qué vienes ?

—Á buscármelas, Tomasa. Murió mi padre...

—¡ Pobre ! ¿ Alguna turca ?...

—No, no fué turca ; fué aquella *arrastrá* de Triana, que entre ella y el *lila* del marido le dieron un sofoco regular.

—Dios le haya perdonado.

—*Amén*—dijo con grosera cínica ironía el hermoso Narciso.—¿ Y qué gente es la que tienes aquí ?...

—Pues, en la sala y los dos gabinetes y las tres alcobas principales, una familia de mucho fuste, los marqueses de la Filigrana.

Digitized by Google

—Esos son de Sevilla.

—Justamente, vienen de Londres, donde han estado un año, para que se curase el señor de una enfermedad, de que parece no se ha curado...

—¿Qué enfermedad?...

—Hijo, no sé, á mí no me preguntes términos de esos que usan los médicos... es una enfermedad, que parece que el hombre echa de su cuerpo... así, algo como azúcar... ó cosa por el estilo...

—Vamos, ya sé lo que es.

—Dios nos libre, hijo, de semejantes trabajos. Son el matrimonio y su hija, una larga, *desgarbaota*, negrilla ella, bastante fea, y es lástima porque es la bondad misma. Están aquí mientras les arreglan la casa de su propiedad que tienen ahí cerca, en la calle de San Agustín... Son muy ricos. Y á él le han hecho senador para toda la vida.

—Ya lo creo que son ricos.

—Tengo también dos diputados, uno catalán y otro gallego, y un sobrino del Ministro de Gracia y Justicia, andaluz, de Écija, que está empleado en el Ministerio, y es lo más tronera... No sabes tú cómo tengo que andar con él... Un tuno que se parece mucho á

Digitized by Google

quien yo sé, añadió la patrona, dándole otro amistoso golpecito en la mejilla. ¿Con que te gusta el cuarto?

—Sí, hija, me gusta.

—A las once se almuerza y á las seis se come.

Una criada abrió la puerta buscando á la señora.

—Me conviene todo, señora—dijo Narciso levantando la voz—y si me encuentro bien en esta casa, tendrá usted huésped para tiempo.

—Yo me alegraré. De aquí nadie se va descontento, y la prueba es que los que pasan en casa una temporada, cuando vuelven á Madrid, dicen, si les solicitan para que vayan á otra parte:—«No, señor, no, yo á casa de la Sevillana.»—Aunque me esté mal el decirlo, tengo mucho crédito, y una reputación que me la he ganado por mi comportamiento. Junto á la cama tiene usted el tirador de la campanilla. Llame usted cuando se le ocurra algo. Oye tú, Rita—dijo á la criada que se marchaba—trae tohallas, sábanas limpias, arregla el cuarto de este caballero, y hay que servirle bien que es mi paisano.

¿Quién era Tomasa?...

Digitized by Google

Tomasa era una sevillana muy guapa, hija de un empleado en Correos, que sirvió en Sevilla durante largos años. Desde los veinte á los treinta años tuvo la muchacha tal serie de novios que, á no dudar, fueron algunos más que los innumerables mártires de Zaragoza. Vivía en la vecindad de don Nicomedes Galán, y Narciso fué el primero que descubrió la desarrollada hermosura de su vecinita, y quien obtuvo las primicias de su amor. Los padres de Tomasa eran ó muy descuidados ó demasiado confiados. Todo el mundo en Sevilla fué novio de la *gordita* de Correos, que así la llamaban, porque siempre fué muy metida en carnes, y carnes muy apretadas, fresca, de buen color, ojos negros, picaresca sonrisa, un lunar junto á la boca, muy bonito, anchos hombros, delgado talle, y un pecho, desde antes de cumplir los diez y seis años, que no podía menos de llamar poderosamente la atención, con gran disgusto de la madre y sobre todo del padre de Tomasa, que solía decir á su mujer:

—Pero, mujer, ¿no te parece escandaloso?... Miran algunos á la chica de una manera, que un día le suelto á uno dos bofetadas.

Cuando Tomasa anduvo cerca de los treinta

Digitized by Google

años, pensó que iba á quedarse soltera si continuaba coqueteando con todos, y que ya era hora de renunciar á las alegrías de moza para asegurar el porvenir, casándose con el primer hombre de bien que la pretendiese.

No era precisamente un hombre de bien el que, con buen fin, puso los ojos en Tomasa, enamorado de aquella figura tan abultada y tan redonda y sana como una manzana. El predestinado era un empleado en las oficinas de Hacienda con 12,000 reales de haber, que desde Madrid había sido trasladado á continuar sus buenos servicios en Sevilla. El hombre hizo amistad con el padre de la joven abultada, y enamoróse como un tonto de la gracia y el donaire que eran, en verdad, extremados en Tomasa. Ésta le trasteó con maestría, y el empleado financiero no tuvo más remedio que pedir en toda regla la mano de la señora de sus pensamientos. El padre y la madre vieron el cielo abierto, y dieron su consentimiento, sin ninguno, y á los cuatro meses de su instalación en Sevilla, el funcionario madrileño se vió dueño de tan singular hermosura.

Dos chicos tuvieron los felices esposos, los dos tan gordos, que la pobre madre se

Digitized by Google

vió y se deseó para echarlos á este mundo, enfermando gravemente después de cada parto, y negándole la Providencia la dicha de conservar sus niños, porque los dos murieron canijos á los dos meses de haber nacido tan extraordinariamente gordos, y al parecer rollizos. El médico, después del segundo fracaso, tuvo una conferencia con el amante esposo y le dijo:

—La naturaleza tiene misterios que á la ciencia no es dado penetrar, pero yo cumplo mi deber advirtiéndole que, en mi pobre opinión, el embarazo y el parto subsiguiente constituyen peligro de muerte para su estimable señora.

No quería el empleado quedar viudo, que estimaba las buenas prendas de su compañera, tan activa, tan hacendosa, tan mujer de su casa. Por entonces recibió, por conducto de su jefe inmediato, una indicación que procedía de Madrid, de la superioridad, consultándole si quería ir con ascenso á servir en la aduana de la Habana. Quedó confuso sin atreverse á contestar de pronto afirmativa ó negativamente, y pidió tres días para dar su respuesta. Su bello ideal había sido siempre la Habana, y más que la Habana la Aduana

Digitized by Google

de la Habana, porque había oído contar cosas maravillosas sobre la facilidad de hacer un capital en poco tiempo, y él tenía tantas ansias de salir de pobre y cambiar su condición de triste empleado por la de rentista ó propietario, que si le hubieran ofrecido el destino en aquella isla antes de conocer á la que fué su esposa, ésta no le habría conocido probablemente jamás.

Habló del asunto con su mujer; bosquejó con vivos colores muy agradables el porvenir de disfrutar las comodidades de una casa propia, con su jardín lleno de flores bien olientes, el encanto de una vida regalada, sin más cuidados que cobrar los intereses del dinero prestado sobre buenas hipotecas, industria de grandes rendimientos en Andalucía donde la gente es desprendida y dadivosa, y el orgullo y la vanidad llevan como de la mano á casa de quien da dinero á rédito á muchos que no necesitarían ir si se aviniesen á gastar lo que pueden buenamente gastar.

—Yo no he de ser—decía á Tomasa—más torpe ó más escrupuloso que don Fulano, que estuvo allí y en Madrid vive millonario, y que don Zutano y don Perengano.

Digitized by Google

Y no acababa de citar nombres de empleados listos que se habían redondeado—era su frase—en Cuba.

La perspectiva que le presentaba su marido agradaba mucho á Tomasa, que también soñaba vivir ancha y holgadamente, empleando en el atavío de su persona galas que le habían estado vedadas de soltera y también después de su casamiento, y que seguramente realzarían su hermosura, todavía espléndida á pesar de los dos partos. No fué nunca mucho que se diga el amor que le inspiraba el esposo, que era un sér muy vulgar en lo físico, y en lo moral poco estimable, groserote de lenguaje, de escasa instrucción, con diez años más de edad que su mujer, egoistón y huraño; y por consiguiente sin dificultad convino Tomasa en que debía aceptar el destino para la Habana, irse allá, estar unos años, y venir luego á vivir como el pez en el agua, sin necesidad de servir más al Estado.

Un mes después embarcábase el marido de Tomasa, y ésta, que ya había perdido á su padre, quedábase en Sevilla con su madre, muy satisfecha y alegre, como era antes de casada, libre, feliz, independiente, pudiendo

Digitized by Google

salir y entrar sola, siempre con la risa en la boca, haciendo visitas y recibiéndolas, coqueteando como una polluela insustancial, olvidada ya de sus laboriosos partos, y esperando las letras de la Habana que había de remitirle su marido. Éste, en efecto, cumplió como bueno, aunque no lo era, y desde que tomó posesión de su destino empezó á enviar mensualmente á su mujer algo más de lo que necesitaba ésta para vivir, con lo cual Tomasa se dió al lujo, y en Sevilla no hubo jamona más aderezada y compuesta, y como no era el buen gusto en el vestir su principal cualidad, presentó sucesivamente una serie de vestidos verdes, encarnados, azules y amarillos, que contribuyeron poderosamente al acrecentamiento de su fama. En su casa hubo reuniones de confianza, con numerosa concurrencia de gente alegre y bromista, su poquito de juego, mucha franqueza, y algo de música y baile. En aquellas reuniones, la figura más saliente, después, naturalmente, de la de Tomasa, era Narciso, el buen mozo que tanto partido tenía entre las mujeres. Algunos maliciosos llegaron hasta suponer que había algo más que amistad entre él y la mujer del empleado en Cuba.

Digitized by Google

La fortuna de Tomasa fué que no hubo entre sus conocimientos una persona mal intencionada que escribiera al marido, porque si alguien lo hubiera hecho, el marido no habría cuidado con tanta solicitud de asegurar el porvenir de su mujer en el testamento que otorgó en la Habana, porque al finalizar el primer año de su estancia en la isla, se sintió atacado de la fiebre amarilla, y después de testar y recibir los santos Sacramentos, falleció, sin lograr la realización de su sueño, lo mismo que sucede á la mayoría de los mortales, que salen de este mundo sin haber conseguido lo más ardorosamente codiciado.

Tomasa heredó de su marido, que no tenía otros parientes, 15,000 pesos que el aprovechado funcionario había podido ahorrar en un año de servicios en la aduana de la Habana y tenía en aquel Banco. Y los periódicos de la isla al dar cuenta de su fallecimiento, dijeron muy formales que había fallecido uno de los más probos funcionarios del ramo. Acabaron las reuniones en casa de la viuda, se murmuró mucho con motivo de la herencia sobre lo que se había murmurado con motivo de la intimidad de Tomasa y Narciso;

Digitized by Google

éste, preocupado con otros amores, no era ya tan asiduo en casa de aquella, quien, para consolarse y ultimar las diligencias precisas que habían de ponerla en posesión de la herencia, se vino á Madrid con su madre, hospedándose en la misma casa de pupilos de que luego fué dueña. La que lo era entonces le traspasó los muebles y los huéspedes por una cantidad no excesiva, y por este fácil modo, vino á ser Tomasa la pupilera de más rumbo de Madrid, y la que más caro hacía pagar el hospedaje. Verdad es que reformó completamente el mobiliario y el decorado y ofreció á sus favorecedores las mayores comodidades, selecta cocina y mucho agrado, con lo que la Sevillana adquirió una clientela distinguida y que pagaba sin retraso y sin mirar más que el total de la cuenta, no fijándose en los detalles.

Digitized by Google

VII

El marqués de la Filigrana era un hombre de cincuenta años, flaco, alto, enjuto, cetrino, con patillas grises á la inglesa, muy pagado de su gerarquía y de su título, correcto en todo, en el vestir, en el hablar, y en todas sus acciones. Había viajado mucho por el extranjero, y servido en la carrera diplomática, ocupando un puesto importante en Grecia, sin cobrar el sueldo, pues no era él hombre mercenario capaz de cobrar salario, cuando le sobraba renta propia, y parecíale que representaba mejor á España en una corte extranjera haciendo por su cuenta el gasto entero, que por la del Estado.

Era esta una rareza que no formó escuela, pues rarísima vez se presenta otro diplomático en nuestro país que siga tan buen ejemplo.

Digitized by Google

No carecía de ilustración el marqués, pero en lo que sobresalía era en el conocimiento del origen, vicisitudes y costumbres de los griegos, estudio á que se había dedicado con ardor en el tiempo que estuvo desempeñando su elevado cargo en Atenas. Hombre de pocas y medidas palabras, como diplomático astuto y trascendental, solamente se animaba y hacía uso de la más fluida verbosidad cuando hablaba de la Grecia antigua, y su mujer y su hija estaban ya saturadas de sus interesantes historias, pudiendo recitar de memoria la narración que cien veces le habían oído de la entrevista de Solón con el rey Creso, en que aquél dijo á éste verdades como puños. Con tal lujo de curiosos detalles contaba el marqués la entrevista del sabio y el monarca, que no parecía sino que había asistido á la conferencia y copiado la conversación. También sabía el marqués mucho de la vida de Themístocles, de quien era admirador entusiasta, y muchas veces citaba la frase célebre: «Pega, pero escucha», con que dejó suspenso y confuso á Eurybiades, en solemne ocasión, el general de los atenienses. Ni confusa ni suspensa quedaba la marquesa cuando su marido le decía la frase famosa

Digitized by Google

del griego, sino que más la enardecía y sulfuraba, y más alto le gritaba, pues aquel hombre severo, rígido, respetable, era maltratado de palabra por su mujer con lamentable frecuencia, porque no estaban acordes casi nunca. La marquesa era también de noble origen, hija segunda de los barones de Fallellell, ilustre casa catalana. Unidos por íntima amistad los padres del marqués y los de la que fué su mujer, casáronlos sin que ellos se conocieran más que por retratos, verificandose la boda por poder, hallándose la novia en Tarragona y el novio en Sevilla. No disgustó éste á la novia, ni ésta, que era muy niña, al novio cuando se vieron, pero á los pocos días de haber comenzado para ellos la luna de miel, tuvieron ya ocasión de notar que sus caracteres eran completamente distintos y no congeniaban, por consiguiente. La marquesa, doña Anita Batllell y Fallellell, se impuso a su marido don Francisco de Paula Girón Valdés Fernández de Utrera y Velasco de la Filigrana, marqués de este título. Ella habló alto, y él se achicó prudente, ó temeroso de que su cara mitad, mujer impetuosa, se dejase llevar de la ira y le sacudiese... Hubiera sido lance muy grave

Digitized by Google

que un hombre tan correcto, estirado, fino y atildado como era el marqués, se hubiese visto maltratado de obra por su propia mujer. ¿Qué habría sido de su importancia diplomática?... Sin necesidad de sacudirle, sometíale doña Anita por el más sencillo modo. Le reñía, le gritaba y le amenazaba en catalán, lenguaje que él no entendía, y en oyendo á su mujer hablar de esta guisa dábase el hombre por vencido, bajaba la cabeza, y no replicaba, con lo que ella se humanizaba; pero alguna vez que á sus enérgicos apóstrofes oponía el digno esposo una sentencia griega de tantas como sabía, entonces disparábase Anita, y soltábale tal andanada en catalán, que el marqués sentía una impresión como si su mujer le apedreara. Sólo en un punto había comunidad de ideas entre el marqués y su mujer; en lo referente á religión. Eran ambos creyentes y observantes, pagaban misas y novenas, y así cuando habitaban la casa de Sevilla como cuando vivían en su palacio de Tarragona, ambos asistían con su hija diariamente á la misa en el oratorio, y en Madrid, todos los días festivos á las diez en punto de la mañana venía el coche á llevarlos á la iglesia de las Comendadoras de

Digitized by Google

Santiago, que el marqués era caballero santiagués, y por esto prefería el templo donde residen las aristocráticas religiosas pertenecientes á la misma orden, cuya insignia ostentaba él con orgullo.

De este matrimonio había nacido una hija, á quien pusieron por nombre Aurora, con la que la naturaleza no fué pródiga de sus gracias, porque la niña era feíta, bastante feíta. Alta, delgada, huesuda, con los brazos delgados y largos, la cara larga, los ojos pequeños, las cejas formando un medio punto muy pronunciado, la boca grande... la pobre Aurora, á los veinticuatro años, era una muchacha á quien nadie se había atrevido á hablar de amor. Eso sí, tenía diez ó doce millones de dote, y con este atractivo no le faltarían pretendientes. Aurora merecía haber nacido hermosa, porque era buena. Sensible, tierna, generosa, modesta, afable, no conocía la envidia, esa pasión de las feas, y admiraba la hermosura ajena y no se rebelaba contra la Providencia porque se la había negado. Ella, cuando sus padres discutían y disputaban, mediaba de la manera más discreta para conciliarlos; hacía á su madre las más juiciosas reflexiones, y á su padre le calmaba con sus

Digitized by Google

caricias suaves y llenas de tierna dulzura que eran gran consuelo para el marqués, á quien su mujer no había acostumbrado por cierto á las gratísimas expansiones de cariño á que parecía refractaria enteramente la áspera naturaleza de la soberbia catalana. Aquella virgen fea guardaba en su corazón un tesoro de amor y de ternura, tesoro que usufructuaban sus padres, y del que tocaba buena parte á los pobres, á quienes Aurora socorría pródigamente repartiendo entre ellos á manos llenas lo que el marqués le tenía señalado para sus caprichos. No tenía caprichos; conocía que la modestia era el mejor adorno para ella, y siempre vestía traje oscuro, sencillo y elegante. En cambio, la marquesa, su madre, vestía de la manera más fastuosa y exagerada, luciendo siempre valiosas joyas que á un tiempo mismo acreditaban su riqueza y su mal gusto.

Esta noble familia poseía en Madrid un hermoso palacio antiguo, donde pensaba pasar algunos meses cada año, y en el que se estaban haciendo grandes obras de embellecimiento y comodidad. La marquesa se proponía recibir en su casa á las personas de su clase, y el marqués, nombrado senador vita-

Digitized by Google

licio, y elevado á la grandeza de España, hacía tiempo se ocupaba en escribir el discurso que había de pronunciar ante S. M. en el acto solemne de cubrirse, discurso en que intercalaría muchas frases de los griegos, que con gran asiduidad se dedicaba á recoger en archivos y bibliotecas.

Tomasa, la abultada patrona sevillana, á quien estimaba mucho el marqués, que la conoció en Sevilla, como todo el mundo, había conseguido que la encopetada familia comiese en mesa redonda con los demás huéspedes, que todos eran personas de posición. Tomasa tenía la pretensión, muy justificada, de saber disponer una comida con un primor, una distinción y una originalidad superiores, pero no había que pedirle que la sirviera parcialmente, dividida en porciones, á distintas horas y en distintas habitaciones. Había de servirse á todos los huéspedes á la hora misma, en el espléndido comedor perfectamente decorado, con sus grandes ventanas, sus macetas bien olientes y sus bulliciosos y alegres pajarillos en doradas jaulas, sus magníficas peceras, y su rica vajilla y su abundante y hermosa cristalería fina. En este punto, había que hacer justicia á la sevilla-

Digitized by Google

na; en ninguna otra casa de Madrid se daba de comer con tan exquisito gusto como en la suya.

Narciso, que salió á dar una vuelta por Madrid, después de almorzar, volvió á casa á las seis, se vistió correctamente, que para eso tenía buena ropa, y se presentó en el comedor, cuando ya todos estaban sentados, y aún no se había servido la sopa. Su entrada hizo el efecto que había previsto. Narciso era una figura muy distinguida, con su frac, su corbata blanca, su aire desembarazado y elegante. Saludó con exquisita cortesía y tomó asiento al lado del diputado gallego y enfrente de Aurora. La madre de ésta ocupaba la cabecera de la mesa, y estaba verdaderamente deslumbradora. Brillantes, diamantes, perlas, rubíes, topacios, esmeraldas, de todo tenía la buena señora, en el cuello, en el pecho, en la cabeza, en las manos, en las orejas; su marido, á la derecha de la marquesa, estaba muy entretenido en contemplar un elegante florero de porcelana, estilo griego, embellecido con una primorosa pintura que representaba á Alejandro montado gallardamente sobre Bucéfalo.

Todos los huéspedes de Tomasa miraron

Digitized by Google

al elegante, todos menos el marqués, completamente absorto en la contemplación del florero, uno de los dos que aquella misma tarde había comprado la rumbosa patrona para que hubiese un adorno más en la mesa. La marquesa le miró con curiosidad, y viendo allí cerca á Tomasa que vigilaba y dirigía á sus criados en el servicio de la mesa, hízole seña con la mano llamándola, y la habló bajito al oído, y lo mismo Narciso que todos los demás, comprendieron que le preguntaba quién era y de dónde venía el nuevo huésped. Aurora le miró también, y le miró precisamente cuando el hermoso Narciso la miraba. Bajó la fea la vista, deslumbrada como si hubiera mirado al sol naciente; miró al plato que tenía delante, y el amorcillo pintado que en medio del plato disparaba graciosamente su flecha le pareció que tenía los mismos ojos negros que la habían mirado cuando ella miró, y el sedoso negro bigote y la dulce sonrisa del desconocido personaje que se había sentado enfrente de ella.

—Marqués, ¿puedes decirme qué encuentras de extraño en esa *ampolla?*—preguntó á su marido la marquesa, que ya sabía quién era el nuevo pupilo de la Tomasa.

Digitized by Google

La marquesa siempre, delante de gente, llamaba marqués á su marido, aunque á éste no le gustaba, ó acaso por lo mismo que no le gustaba.

—Querida mía—replicó el marqués en el tono más apacible—no es *ampolla*, es un precioso florero, y le avalora una hermosa pintura que representa á Alejandro jinete sobre el indomable Bucéfalo. Plutarco refiere este episodio en la vida de Alejandro...

—¿ Qué dan esta noche en la Ópera ?—preguntó la marquesa, interrumpiendo á su marido que parecía dispuesto á contar la vida de Alejandro y la del mismo Bucéfalo.

—Señora—contestó amablemente á la marquesa el bello Narciso con su meloso acento andaluz—según reza el cartel del teatro Real, esta noche se canta *La Traviata*.

—Gracias. ¡ Jesús ! es una función indecente...

El marqués, al oir la respuesta de Narciso, cesó de mirar á Bucéfalo para mirar al joven.

—Usted no puede negar su origen—le dijo.

—Nunca le negaría, señor marqués. Somos paisanos.

—¿ De Sevilla ?... En cuanto oí á usted hablar me dije :—«Este que habla es sevillano.»

Digitized by Google

—Entretenido en admirar una obra de arte no había visto á usted entrar en el comedor.

—Yo no quise distraer al señor marqués, en ese momento, pero cuando esta mañana me dijo la dueña de la casa que los marqueses de la Filigrana se hospedaban aquí, me propuse alcanzar la honra de saludar á ustedes y ofrecerles mis respetos.

—Gracias, gracias. ¿Viene usted ahora de Sevilla?

—Sí señor, he llegado hoy.

—¿Viene usted por unos días?

—Más que unos días. Me estableceré en Madrid. Soy abogado y deseo conocer las ilustraciones del foro, los hombres políticos, los que dirigen la opinión... Soy libre, no tengo familia...

—¿Pensará usted dedicarse á la política?...

—Acaso.

—¿Y qué hay de nuevo en Sevilla?...—preguntó la marquesa al joven.

—Señora, nada. El hermoso cielo de siempre y el buen humor de costumbre.

—¡Bendita Sevilla!... Yo adoro á Sevilla—dijo el marqués.

—¿Usted no ha estado en Barcelona?—preguntó la marquesa á Narciso.

Digitized by Google

—No, señora, no conozco todavía esa gran población... y tengo vivos deseos de visitarla.

—Se habla mucho de Sevilla, pero es preciso haber estado en Barcelona para comparar...

—Señora mía, precisamente entiendo, aunque como digo, no conozco la capital de Cataluña, que no hay comparación posible entre una y otra ciudad, que tienen diverso carácter, distinto aspecto, costumbres diferentes...

—Es verdad—observó el marqués...—Tú amas sobre todas las cosas á Cataluña—continuó dirigiéndose á su mujer—y es natural, porque allí has nacido, pero...

—Y porque es mejor que toda España—replicó la marquesa, que era absoluta en sus opiniones.

Narciso, conociendo que al marqués mortificaba en gran manera el empeño de singularizarse que tenía su amada esposa, varió de conversación.

—Conozco—dijo—en Sevilla una persona que profesa á ustedes el más entrañable afecto... Muchas veces me ha hablado de ustedes, siempre con entusiasta encomio...

—¿Y quién es?...—preguntó la marquesa.

Digitized by Google

—Un hombre humilde y candoroso, digno por todos conceptos de la protección que ustedes le dispensan.

—No será nuestro apoderado, porque ese de candoroso no tiene mucho que se diga—dijo el marqués.

—No, señor; hablo de un sacerdote que todos los días pide á Dios fervorosamente la salud y la ventura de ustedes.

—¡Ah! ya sé, y dice la misa en San Lorenzo, en el altar del Señor del Gran Poder.

—Exactamente.

—¡Ah! don Serafín!—exclamaron al mismo tiempo la marquesa, el marqués y Aurora.

—Don Serafín, un alma de Dios, el más perfecto ejemplo de mansedumbre, de caridad... El pobre ha estado muy enfermo...

—Nos lo escribió nuestro apoderado—dijo el marqués—pero cuando ya estaba restablecido... ¿Es usted muy amigo suyo?...

—¡Oh! sí, señor. Es un hombre superior, un santo. Yo gozo infinitamente en la intimidad de esos caracteres angelicales como el del señor cura. Es don Serafín un pensador profundo y al mismo tiempo un inocente. No conoce la vida práctica, y un niño puede en-

Digitized by Google

gañarle... Sacerdote ejemplar, ejerce la caridad con tal fervor, que lo hace sacrificando su propio bienestar por atender á las necesidades ajenas.

Y así continuó el hermoso Narciso haciendo el más caloroso elogio del digno sacerdote, comprendiendo que de esta suerte conquistaba la simpatía de los marqueses de la Filigrana, sinceramente religiosos, y que estimaban al cura por sus notorias virtudes.

Luego que terminó la comida, el marqués invitó á Narciso á tomar el café en las habitaciones que ocupaba la aristocrática familia, y departió con él largo rato, mientras la marquesa y Aurora se disponían para ir al Teatro Real.

Presentóse la primera magníficamente ataviada, luciendo mayor número de joyas que durante la comida, y Aurora, más discreta y juiciosa que su madre, apareció sencillamente vestida con su traje oscuro. El marqués tomó su sombrero, á tiempo que desde la puerta del salón anunciaba el lacayo que esperaba el coche, y galantemente invitó á Narciso á la platea que tenían abonada. Narciso se excusó, agradeciendo mucho el favor, y ofreciendo el brazo á la fastuosa catalana la

Digitized by Google

condujo hasta el carruaje, y allí se despidió ceremoniosamente.

A la marquesa y al marqués les pareció Narciso un joven muy agradable.

Aurora, la pobre Aurora, en el coche, en frente de sus padres, cerraba los ojos, y veía en medio de un foco luminoso la agraciada y expresiva fisonomía del gallardo sevillano.

Digitized by Google

VIII

Cuando la viuda de Vélez supo que el bello Narciso había salido de Sevilla para Madrid creyó asegurada su tranquilidad y libre de todo peligro á su hija adorada. La excelente madre sentía una prevención muy arraigada contra los buenos mozos, sin duda por haber sido ella víctima de un hombre que fué de los más perfectos ejemplares de varonil belleza y gentil apostura. Suponía cándidamente la buena señora que la ausencia del galán contribuiría poderosamente á que Angustias escuchara y atendiera sus reflexiones, y al cabo llegara á persuadirse de que el hijo de don Nicomedes no era el marido que le convenía. Porque, en puridad, no pretendía la viuda que su hija no se casara, pero quería que el marido fuese persona de tales prendas y de tan probada conducta, de tan nobles

Digitized by Google

y generosos sentimientos, que entregándole el tesoro de belleza y de ternura con tanto amor y tantos sacrificios formado y conservado por ella, no hubiese el más leve temor de que la hermosa Angustias pudiera llegar á sufrir, no ya martirio parecido al que ella había sufrido, sino disgustos y pesares de esos tan frecuentes y casi inevitables en la vida conyugal... Quería la viuda un imposible; que su hija fuese feliz, siempre feliz, ya que ella siempre había sido desventurada, y entendía que esta felicidad podía hallarla Angustias en un marido, sin que este fuera Adonis, ni Creso, sino simplemente un hombre bueno, sensible, probo y honrado... La viuda, en su instinto maternal, conocía bien que un joven educado como Narciso, sin madre, sin religión, sin freno ninguno, viendo constantemente el ejemplo de los devaneos de su padre, preciado de sí mismo, osado, petulante, desordenado, podría, llevado de una fuerte pasión de los sentidos, mostrarse resuelto á casarse con Angustias, persuadido de que no hallaría otro medio de conseguirla; pero luego, satisfecha la pasión brutal, no amaría á su mujer, le parecería odioso el lazo conyugal, lo rompería al fin... y ¿qué sería

Digitized by Google

entonces de la infeliz esposa?... Este amor de los sentidos es implacable, cruel y se convierte en odio intenso, feroz. Los anales judiciales están llenos de horribles ejemplos. Un hombre, cegado por los más groseros apetitos, sorprende á su víctima, los satisface en ella bárbaramente, y luego la ahoga entre sus manos... Este crimen se ha repetido muchas veces. Pues algo cómo eso le parecía á la viuda el amor de Narciso á su hija, una pasión brutal. No la asesinaría ahogándola en sus brazos, pero la mataría cruel y lentamente, trocando sus risueñas ilusiones en dolorosos desengaños, y premiando su amor puro con el desprecio y el abandono. Recordaba la viuda con espanto la pasión insaciable de su marido, los repugnantes vicios que le igualaban á un monstruo, los torpes apetitos de que la hizo víctima, las aberraciones infames de su naturaleza...

Angustias, cuando supo que Narciso había salido para Madrid, sintió un dolor tan agudo, tan hondo en su corazón, que creyó morir. Narciso le había escrito pidiéndole una prueba evidente, incontestable de su amor: esta prueba sería una entrevista, sin testigos. Quería el buen mozo que mientras la viuda

Digitized by Google

iba como todos los meses á cobrar su escasa pensión, en lo que invertía un par de horas, Angustias, imaginando racional pretexto para no acompañar á su madre, como otras veces, le recibiera y le oyera sus protestas de amor inextinguible y sus propósitos para el porvenir. Angustias no accedió. No recelaba que su amado Narciso fuera capaz de una villanía, su inocencia no temia de él nada, pero engañar á su madre, dejarla ir sola y confiada, exponerse á que descubriera la verdad, y ya no la creyese jamás... todo esto ponía espanto en la pura y diáfana conciencia de la enamorada doncella. Insistió Narciso, con la seguridad del dominio que ejercía sobre la voluntad de su novia, pero ésta se mantuvo firme.—« Aunque me cueste la vida, escribió á Narciso, no engañaré á mi madre. Verte, hablarte, oir tus juramentos y tus promesas de felicidad es un placer inmenso, sin igual, una alegría que con ninguna otra puedo compararla, pero obtener ese placer tan grande engañando á mi madre, no, porque ya no sería placer, sino dolor y vergüenza y sobresalto. No te obstines, por Dios, en pedirme que cometa una mala acción que toda mi vida habría de sonrojarme.—Si

Digitized by Google

me amas, añadía la cuitada niña, aprobarás mi negativa, y comprenderás cuánto te amo y cuánto interesa á mi corazón conservar tu amor... porque si yo accediera á tu deseo, creo que tú mismo habías de sentir que la que amas fuera capaz de cobarde disimulo, de torpe engaño y procaz mentira, que en todo eso incurriría si abusara de la confianza de mi pobre madre, y temo que me amarías menos, y podrías suponer que habiéndome atrevido á mentir á mi madre, podria, en otra circunstancia, engañarte como á ella. No, Narciso, no; he jurado no amar á nadie más que á ti, y cumpliré este juramento de mi corazón; ser tuya será mi felicidad, mas para ser tuya, déjame, por Dios, ser digna de ti. Me amenazas con tu ausencia, si no logras la entrevista que me pides. No cumplirás tu amenaza cruel,... no; porque pienso, y no me equivoco, que tu exigencia no es más que una prueba á que me sometes. Es tanto lo que te amo, y tan alta idea la que tengo de ti, que me regocija pensar que has querido probar únicamente mi fortaleza... ¿No es verdad, Narciso mío?...»

Así terminaba la carta que Narciso leyó con rabia, incapaz como era de estimar los no-

Digitized by Google

bilísimos sentimientos que revelaban aquellas hermosas frases dictadas á la vez por el amor más puro y por el delicado instinto de la dignidad modesta y candorosa de la incomparable criatura.

Narciso cumplió su amenaza. No se proponía abandonar la conquista de Angustias, todo lo contrario; conocía que la ausencia acrecentaría poderosamente la pasión de la donosísima sevillana y haría más seguro su triunfo.

Hubiera querido Angustias no dar que sentir á su madre y disimular la profunda pena que le había causado la repentina ausencia de Narciso, pero no pudo; porque el amor que rebosaba en su corazón era más fuerte y poderoso que su voluntad. De noche, en el lecho, en larga vigilia, el llanto desbordaba de sus ojos, todo el llanto contenido con violentos esfuerzos durante el día en presencia de su madre, y ésta, al recibir por la mañana el beso filial, veía en aquellos ojos abrasados el testimonio indeleble del tormento que sufría la hija de su corazón.

—¿Tú has llorado?...—exclamaba la viuda —¿por qué?...

Preguntaba lo que sabía.

Digitized by Google

—No me contestes, hija, no es preciso; ya lo sé.

Angustias callaba y sufría, y se mostraba cada vez más cariñosa con su madre. Pero ésta quería más, quería que su hija olvidara á Narciso, quería que arrancase del corazón el funesto amor al ausente, y que volviera á ser tan animada y tan alegre como era antes, cuando la pasión no había invadido su alma inocente ni atormentaba su cerebro la obsesión de una idea fija, invariable, enloquecedora.

Era penosísima la existencia de las dos mujeres. La madre, viendo que su inmenso amor no bastaba á la felicidad de su hija, observando con espanto cómo se quebrantaba la salud de la que era sangre de su sangre y su único amor en la tierra, y celosa del ausente, cuyo recuerdo era más poderoso que todos sus cuidados maternales, que todo su cariño inacabable y desinteresado, que toda su abnegación y todos sus sacrificios. Miraba á su hija, y en la ternura de ésta veía una reconvención, una acusación terrible contra ella. «Mi hija, se decía, pensará que por mí ha perdido su felicidad. Mi hija va á aborrecerme.»

Digitized by Google

La hija, sintiendo tanto más intenso el dolor cuanto más procuraba encerrarlo en su corazón, culpándose, sin piedad de sí misma, de ser causa de los sufrimientos de su madre, haciendo los más penosos y vanos esfuerzos para aparentar una tranquilidad que no sentía más que cuando sola allá en las horas de la noche silenciosa dejaba correr el llanto libremente y desahogaba su corazón de la pesadumbre acumulada en doce horas de forzado é inútil disimulo, vivía una vida imposible y se maravillaba de no sucumbir en aquella tremenda lucha.

Y el bueno del cura, don Serafín, que seguía viviendo en compañía de las dos mujeres, contemplaba alelado el estrago que en su hermana y en su sobrina producían las tristezas y amarguras que padecían, y de tal suerte se preocupaba pensando cómo podría hallar remedio para una y otra, que hasta en medio de sus rezos de cada día, solía caérsele de las manos el breviario, y exclamaba:

—¡Válgame Dios! estas dos pobres se van á volver locas, si no se mueren antes. ¿Y yo seré, Dios mío, un ente tan inútil é incapaz, tan corto de alcances que no encuentre modo

Digitized by Google

de que mis bienhechoras recobren la calma y la salud?... Y sueño con ser párroco, y tener bajo mi custodia doscientas almas ó más! ¡Vanidad de vanidades! ¡Buena cuenta darían de ellas mi ignorancia supina y mi torpeza! ¡Valiente cura soy yo! Mejor me estaría cavar la tierra desde la aurora hasta la puesta del sol ganando el pan con el sudor de mi frente y de todo mi cuerpo, y no engañar miserablemente al mundo que me cree un hombre de ciencia y virtud, porque me ve con esta sotana, que soy indigno de vestir. Reconozco y confieso, continuaba el clérigo en su soliloquio, que no supe lo que hice cuando con tan estúpida soberbia traté al galán don Narciso. Hubiera sido yo humilde como corresponde á mi estado, y habría ablandado su corazón, y á estas horas acaso esa paloma sin hiel estaría ya unida en matrimonio á su amado, y sentiría agitarse en sus entrañas maternales el angelito de Dios que había de alegrar esta casa, que es hoy mansión de la tristeza y la amargura. Herí su amor propio, desconocí el beneficio que me había dispensado en mi enfermedad, le arrojé á la cara aquel dinero con que tan hidalga y generosamente me había favorecido,

Digitized by Google

y destruí por este modo brutal todo el edificio de la felicidad conyugal del propio galán y de mi sobrina sin ventura. De esta suerte una acción violenta, arrebatada, es causa de los más amargos sinsabores, y si como ahora sucede, no puede enmendarse el mal que se ha hecho, el que le hizo, en un momento de ceguedad, para toda su vida tiene inconsolable pena y remordimientos que le consumen y aniquilan.

Todo esto y mucho más se decía el padre Serafín, martirizándose con estos pensamientos más duramente que si se hubiera dado fuertes azotes, que muy fuertes habrían sido si él, con el odio que se tenía, se los hubiera aplicado. Ya no se atrevía á decir frases de consuelo á su hermana ni á su sobrina, porque estaba persuadido de que no les diría más que vulgaridades y lugares comunes que ellas oirían con desagrado; evitaba encontrarse á solas con una ó con otra, y cuando volvía de celebrar su misa cotidiana en el altar del Santísimo Cristo del Gran Poder, encerrábase en su cuarto, cogía el libro de rezo, y en vez de rezar empezaba á hacer las reflexiones de todos los días, compadeciendo con toda su alma el infortunio de las que

Digitized by Google

constituían toda su familia, y aborreciéndose cada vez con más inquina por su desacertada conducta con el novio de la chica, y por su notoria impotencia para procurar el reposo, el bienestar y el contento de aquellas dos mujeres á quienes tanto cariño y favor debía.

En aquella casa ninguno de sus tres moradores, con ser tan buenos como eran, dormía tranquilo, y quien hubiera podido penetrar en las altas horas de la noche en las pequeñas habitaciones que ocupaban, bajo el mismo techo, habría visto en una la demacrada figura de la viuda de Vélez sentada sobre la cama, con los ojos muy abiertos, atenta á todo ruido exterior, como si temiera que un malvado viniera á arrebatarle la hija de su alma, ó que ésta huyera del amor santo de la madre para arrojarse en los brazos lascivos del amante; habría visto en otra, metido en la cama al cura, con su gorro negro de punto, inquieto, agitado, revolviéndose, suspirando ruidosamente, incorporándose súbitamente, quitándose el gorro y estrujándole, y dándose alguna manotada en la frente como si quisiera castigar la cortedad de su entendimiento, que no acertaba á encontrar

Digitized by Google

la solución salvadora en la triste situación en que se hallaban la viuda, la hermosa Angustias y él mismo; habría visto, en fin, en el reducido espacio en que tenía su lecho de virgen la hija de la viuda, á la triste, sentada en una silla baja, llorando silenciosamente para que no la oyera su madre, cruzadas las manos sobre su pecho, y en la respiración anhelosa y en el movimiento de las manos habría podido adivinar los violentos latidos de aquel corazón apasionado en que rebosaba el tesoro de los más dulces y tiernos afectos.

Ya habían pasado cuarenta días desde el de la partida de Narciso para Madrid. Volvía de la iglesia don Serafín, después de haber celebrado su misa, como todos los días, y entraba en la casa de su hermana, atravesando presuroso el patio para meterse en su cuarto, como avergonzado, pero detúvose oyendo la voz de la viuda que le dijo:

—Hermano, una carta.

Y acercóse á dársela.

—¿Quién se acordará de mí en el mundo? —preguntó el cura tomando la carta, mientras la viuda íbase dentro, como para demostrar que no tenía ninguna curiosidad por

Digitized by Google

saber de quién procedía la misiva. Procedía de Madrid y la había escrito Narciso. Decía así:

«Mi respetable y respetado padre Serafín: Sin duda usted me cree lleno de enojos y rencores por el incidente del último día que nos vimos en Sevilla. No crea usted, por Dios, cosa semejante, y entienda que aquel arranque propio de la rectitud y la nobleza de usted no excitó en mí otro sentimiento que el de la admiración, y no ira, vergüenza me produjo haciéndome reconocer lo justo de su indignación y sentir lo inconveniente de las palabras mías que hirieron á usted en sus más vivos afectos.

»Ofrecí á usted antes de aquel incidente procurar que obtuviese adelantos y ventajas en su carrera, y tengo una verdadera satisfacción en comunicarle la buena nueva de haber conseguido mi deseo. Usted vendrá á Madrid, y saldrá de la obscuridad y penuria en que vive, y esto más útil que á usted será á la religión, que tiene en usted un verdadero apóstol. El administrador de los marqueses de la Filigrana visitará á usted y le dará explicaciones.

»No quiero hablar á usted de mí, del esta-

Digitized by Google

do de mi espíritu desde que salí de Sevilla. Solamente le diré que reconozco mi error, y que si hubiera atendido las sensatas y paternales reflexiones de usted, ya estaría en posesión de la felicidad que ahora dudo poder hallarla en el mundo.

»Siempre soy su respetuoso y devotísimo amigo q. b. s. m.—*Narciso Galán.*»

Leyó esta carta el cura retratándose en su semblante el asombro que le causaba, y cuando la hubo terminado, volvió á leerla, porque las confusiones que asaltaron su cerebro le impidieron enterarse bien de su contenido. Y por tercera vez la estaba leyendo, cuando su hermana llegó á la puerta de la habitación, y le preguntó:

—¿No vienes á tomar algo, Serafín?... Los huevos pasados por agua se van á poner duros como piedras.

—Sí, hermana, voy, voy... Los huevos se ponen duros... No importa, no importa... Te digo que voy ahora mismo. No sabía yo que se ponían duros.

Y siguió leyendo la carta.

Digitized by Google

IX

El cura tomaba en el comedor los huevos fríos y duros, y tenía que beber agua para que pasaran, exponiéndose á una indigestión, porque el hombre no estaba en aquel momento en la mejor disposición para comer. Tenía un nudo en la garganta, la cabeza le ardía y no sabía lo que le pasaba.

Angustias, sentada cerca de la ventana, bordaba primorosamente delicadas florecitas en un velo blanco para desposada, obra que había encargado á la viuda de Vélez un acaudalado comerciante de novedades, y que era el complemento del traje de novia que pocos días después luciría en sus felices bodas una señorita de aristocrática y opulenta familia.

La viuda, sentada en el sofá, detrás de su hermano, hacía un cuadro de *crochet*, que era uno de los infinitos con que había de formar

Digitized by Google

una colcha primorosa, la quinta ó sexta que hacía, y que vendería después de terminada, como había vendido las otras.

El cura se atragantaba.

La hermosísima muchacha pensaba en lo que pensaba siempre, y pensaba además que era muy vivo su deseo de saber de quién era la carta recibida por su madre y dirigida á su tío.

La viuda quería saber que aquella carta no era de quien ella temía que era.

Los tres callaban.

Oyóse la campanilla de la cancela, y una voz que decía:

—¿Está el padre Serafín?...

—Por ti preguntan—dijo la viuda al presbítero.

—¿Por mí?—preguntó éste, sobresaltado como si temiese visita de acreedores.

—¡Adelante!—dijo la viuda.

Oyéronse pasos reposados en el patio, y á poco apareció en la puerta del comedor la franca, risueña y obesa figura de don Leoncio Parra, el apoderado y administrador de los marqueses de la Filigrana en Sevilla.

—No se moleste usted ni haga cumplidos —dijo don Leoncio, viendo que el cura se le-

Digitized by Google

vantaba—que no es ningún secreto lo que tengo que decirle, y aquí mismo podemos hablar, si no estorbo á estas señoras.

—De ningún modo—se apresuró á decir la viuda.—Deje usted el sombrero y tome asiento. Esa silla es muy baja... en el sillón estará usted mejor, ó aquí en el sofá... quitaré el cesto de la labor.

—Por Dios, que no venga yo á incomodar, ustedes sigan en sus labores... ¿Y cómo está la niña?... Hace mucho que no veo á ustedes pasar por casa como antes.

—Salimos poco.

—Vamos, padre Serafín, siéntese usted también... ¿Va usted á estar en pie y yo sentado?...

El aturdido padre volvió la silla y se sentó en frente de don Leoncio.

Angustias, que había levantado la cabeza y saludado con una triste y forzada sonrisa á don Leoncio cuando éste habló de ella, volvió á inclinarla sobre su bordado, y la viuda continuó sus combinaciones de *crochet*, labor en que era maestra y que hacía con notable presteza.

—Amigo mío—dijo don Leoncio—he recibido una carta de Madrid, de mi principal,

Digitized by Google

el señor Marqués de la Filigrana, en que me habla de usted.

—¿De mí?... El marqués... ¿Habla de mí?...

—Sí, señor, me habla en términos que honran á usted sobremanera y demuestran el sincero afecto que le profesa.

—Yo agradezco mucho las bondades del señor marqués; pero dígame usted, don Leoncio, ¿qué he hecho yo, pobre de mí, clérigo ignorante é indigno para merecerlas?...

—¡Hombre! no se tire usted por los suelos. Buena es la modestia, pero no hay que exagerarla como usted lo hace. Pues como digo, el marqués me encarga que ponga á disposición de usted doce mil reales, y me he apresurado á venir para decir á usted que cuando guste los puede recoger, si no quiere usted que yo mismo se los traiga.

—¿Doce mil reales?... ¿No serán doce reales?... ¿Está usted seguro de que no hay equivocación?...

—No, señor, está bien claro, aquí tengo la carta, no escribe en cifra la cantidad, sino con todas sus letras, como puede usted ver. Y añade lo siguiente.

Y don Leoncio leyó en la carta que había sacado del bolsillo:

Digitized by Google

—«Los doce mil reales son corta remuneración por los servicios que nos ha prestado ese digno sacerdote, á quien deseo mejorar en su carrera, sabiendo cuán grande es su saber y cuántas sus virtudes, y espero venga á Madrid á la mayor brevedad donde ocupará más ventajosa posición. Avístese usted con el padre Serafín, en cuanto reciba esta carta, y póngase de acuerdo con él, así para la entrega de la suma referida como para todo aquello en que le pueda servir y complacer en nuestro nombre, y dígale que no se preocupe acerca de su instalación en esta Corte, pues en nuestra antigua casa de la calle de San Agustín, cuyas obras de reparación han terminado y á ella nos trasladamos mañana mismo, le reservamos unas alegres habitaciones completamente independientes, donde podrá vivir solo, ó con su familia, si no ha de separarse de ella, sin otra obligación, respecto de nosotros, que celebrar diariamente el santo sacrificio en nuestra capilla particular, que mañana será solemnemente bendecida por mi pariente el obispo de Barcelona, que se halla temporalmente en Madrid.»

Hasta aquí leyó de la carta del marqués el

Digitized by Google

digno apoderado de S. E. en Sevilla, y quedó luego mirando de hito en hito al clérigo. Éste, sin duda, quiso decir algo, pero no dijo nada; lo que hizo fué llevar sus manos á las sienes, como si en aquel punto sintiera que su cabeza iba á estallar lo mismo que una bomba bien rellena de metralla. No era una tempestad en el cráneo, como dijo el maestro insigne Víctor Hugo, la que tronaba en el del padre Serafín; era aquella cabeza un volcán de hirviente lava en horrible ebullición, y ya le salía el fuego por los ojos y por las orejas; en estas hubiera podido encenderse un fósforo rozándole ligeramente. Éra-le imposible coordinar las ideas en aquel momento, y en vano se entreabrían sus labios que sólo daban salida á sonidos extraños que no eran palabras, ni gritos, ni sollozos... Alarmóse la viuda, que, oyendo la carta del marqués, habíase puesto pálida como la muerte, al fijar la mirada en el semblante encendido de su hermano, y levantóse presurosa á ofrecerle en un vaso un sorbo de agua fresca y cristalina, con lo que pareció que se calmaba el incendio que interiormente le devoraba.

Don Leoncio estaba atónito.

Digitized by Google

Angustias había oído la carta del marqués y ni una mirada, ni un movimiento, nada se notó en ella que pudiera revelar que no le era indiferente cuanto oía. No levantó la vista del primoroso bordado en que parecía haber concentrado toda su atención, porque, sin mirar, veía que su madre tenía fijos en ella los ojos escrutadores y vigilantes, acostumbrados á leer en la tersa frente de la doncella los más recónditos pensamientos, y no quería que pudiera aquella adivinar los que en aquel instante iluminaban con el vagoroso resplandor de lejana esperanza las sombras de sus tristezas. Su tío, pensaba, iría á Madrid, correspondiendo á la invitación de los marqueses... ¡En Madrid estaba Narciso!— ¿Iría solo el cura?... Creía ella que preferiría ir acompañado de su hermana y su sobrina. El marqués le ofrecía casa para él solo, ó para él y su familia, si no quería separarse de esta, y no querría, porque el pobre no tenía la mejor salud, y no le sería fácil renunciar á la compañía de las únicas personas que sabían cuidarle, conociendo sus gustos, su naturaleza, sus necesidades... ¡Oh! estaba segura de que su tío haría los mayores esfuerzos para lograr que ellas le acompaña-

Digitized by Google

ran, y en último extremo, si su hermana se negaba á salir de Sevilla, la amenazaría con renunciar á las ventajas que se le ofrecían, y quedarse donde se hallaba, sumido en la obscuridad y en la miseria. A esta amenaza cedería la resistencia de su madre, y las dos acompañarían á Madrid al padre Serafín... ¡y en Madrid estaba Narciso! Todo esto lo pensó instantáneamente la enamorada, haciendo firme propósito de conservar la actitud indiferente y evitar que la perspicacia maternal sorprendiera en ella acción, palabra ó pensamiento, porque aquella madre sorprendía los pensamientos de su hija como si ésta los llevara escritos sobre la frente, por donde pudiera conocer que todo el anhelo de su corazón era ir á Madrid, porque si la celosísima y recelosa madre lo conocía, entonces sí que se quedaría en Sevilla, aunque el cura perdiera su carrera, que esta para ella sería menor desgracia que perder á su hija, y estaba persuadida de que la perdería si encontraban en su camino otra vez al gallardo mancebo, imagen viva de aquel marido infame que ella tuvo, por quien sufrió los más agudos dolores, las más vergonzosas humillaciones y el más horrible de los desengaños...

Digitized by Google

—Con que, amigo don Serafín—dijo don Leoncio, suponiendo que ya podría hablar el clérigo—¿qué me dice usted?¿qué contesto á Su Excelencia?...

—Yo... no sé... quisiera...

—¡Hombre! no sea usted mandria, y usted perdone, serénese, que no le sucede ninguna desgracia, me parece, sino todo lo contrario, y dígame si está conforme con lo que le propone el marqués, mi señor, y basta esto, porque todo lo demás relativamente al efecto que le ha causado á usted su proposición y al profundo agradecimiento que siente por las bondades y mercedes con que le favorece y honra, ya se lo pondré yo bien puesto, que harto sabe, amigo don Serafín, cuanto por usted y por estas señoras me intereso, y como si fuera propio, me regocija todo beneficio que usted logre, que siempre me han gustado los curas humildes y virtuosos, tanto como abomino á otros, que los hay, en quienes todo es soberbia é hipocresía...

—Pues, señor don Leoncio—repuso el clérigo, más sereno, aunque no mucho—por Dios y por la Virgen, déjeme usted pensar, déjeme que á solas, con mi conciencia de pe-

Digitized by Google

cador, discurra, reflexione y medite sobre este inesperado acontecimiento... Escriba usted á ese señor excelentísimo, dígale que estoy anonadado...

—Pero, don Serafín...

—Sí, señor, sí, esa es la frase que mejor explica el estado de mi ánimo en este momento, anonadado, confundido, sin acertar á darme cuenta de por qué la Divina Providencia me somete á esta prueba..., dígale usted que las bondades que me dispensa Su Excelencia son tales, son tan extraordinarias y tan inmerecidas, que temblando estoy que van á hacerme odioso á sus ojos, porque me tornarán de humilde en soberbio, de modesto en vano y altivo, de tímido en insolente, cegando por completo mi ya harto obscura inteligencia con el desvanecimiento de la vanidad.

—Acabará usted por irritarme, amigo don Serafín. ¡Se ha visto hombre más pusilánime é infeliz! Diga usted cuanto quiera, hoy escribiré al señor marqués que acepta reconocido lo que le ofrece...

—No, por Dios, de rodillas rogaré á usted si es preciso, que me deje antes pensar... Mañana ó pasado, tendré formada mi reso-

Digitized by Google

lución, y yo mismo daré á usted una carta para Su Excelencia.

—A ver si echa usted á perder el asunto, y se queda de clérigo saltatumbas y miserable para toda su vida. Esta vez se presenta á usted la ocasión de hacer su suerte y asegurar el porvenir propio y el de las personas que le son queridas..... Vamos á ver si es usted tan mentecato, y perdone la fuerza de la expresión, que deja escapar una ocasión, que ya no volverá á presentarse.

—Meditaré, ya he dicho que meditaré, pero déjeme usted serenarme, tranquilizarme, discurrir friamente, medir mis fuerzas y pedir á Dios que ilumine mi entendimiento y mi conciencia.

—Bueno, pues mañana...

—Sí, mañana, ó pasado..., ó el otro.

—No señor, mañana ha de ser, antes de la hora de salir el correo.

—Eso es ponerme un arma al pecho.

—Esto es querer el bien de usted. Ea, don Serafín, déjese usted de pamplinas y sea usted hombre.

—¿Y mis pobres?...

—¿Qué pobres?...

Digitized by Google

—Los que yo socorro con lo poquito que tengo.

—Hombre, ya quedará aquí alguien que los socorra, el sucesor de usted en la misa del altar de San Lorenzo... Usted le puede mandar el dinero para que lo reparta.

—¿Y mi sobrino, Pedro, el pobre Pedro, que no tiene más amparo que yo en el mundo?

—Valiente amparo tendrá si usted no gana una peseta. Mejor le podrá amparar en su nueva posición.

—Eso es verdad, pero...

—¿Pero qué, hombre de Dios?...—le interrumpió don Leoncio, asustándole.

—Ya había olvidado... ¿no lo decía yo?... ya la soberbia me domina..., ya había olvidado que aún le debo á usted buena parte de aquella cantidad que, con vergüenza lo digo, le pedí prestada y usted me facilitó sin el menor interés, graciosa y generosamente.

—Mire usted, me voy, por no decir una desvergüenza y por respeto á estas señoras: ¿pues no le tengo yo que dar de orden de Su Excelencia doce mil realazos como doce mil soles?...

—¡Ah! ¡cierto! pero eso es mucho dinero.

Digitized by Google

—No, señor, son seiscientos duros.

—¿Qué ha dicho usted?... ¿Seiscientos duros?... ¿Para mí seiscientos duros?... ¡Dios mío! ¡qué remordimiento! ¡sería como robarlos!... Si en lo que me resta de vida no puedo yo ganar tanto dinero...

—¡Vaya! usted no tiene remedio, y será preciso meterle en la casa de orates.

—Perdóneme usted, don Leoncio, y tráteme con caridad.

—Bien, hombre, bien; ya sé que es usted un bendito, un alma de Dios, pero en el mundo, siendo bueno, es preciso no ser cándido, y usted ya tiene edad para acomodarse á la vida práctica, aunque sea un santo varón. Vaya, hasta mañana, que vendré por aquí á esta misma hora, si usted no parece antes por mi casa, donde siempre se le ve con gusto. Usted, señora mía, y tú, hermosa —añadió el administrador—convénzanle de lo que le conviene, y no le permitan hacer el desatino á que le veo inclinado. Él y ustedes tienen ocasión de salir de esta penuria en que viven, y ¿quién sabe si allí Angustias hallará su felicidad en un marido tan bueno y honrado como ella merece por sus hermosas prendas morales y físicas?...

Digitized by Google

Los ojos de la madre estaban fijos en el rostro de su hija.

—A decidirse, amigos míos, y prometo á ustedes ser su compañero de viaje, que yo también voy á Madrid, después de veinte años que no parezco por allí, á llevar á Su Excelencia documentos de interés que le pertenecen. Adiós, *pater*, hasta mañana. Señoras mías, consérvense en buena salud y decidan á este hombre.

—Que usted lo pase bien, don Leoncio; memorias á la señora.

—Gracias.

—Vaya usted con Dios.

—Adiós, hermosa, honra de Sevilla y gloria de Andalucía!

—¡Jesús! no tanto, don Leoncio, usted la mira con muy buenos ojos—dijo la viuda de Vélez, acompañando hasta la cancela al administrador de los marqueses de la Filigrana.

Y volvió quedito al comedor donde habían quedado el cura y Angustias, miró y vió que los dos se hallaban en la misma actitud, él, ensimismado, mirando al suelo, y ella inclinada sobre el bastidor en que bordaba el blanco velo de desposada.

Digitized by Google

X

Aún estuvo largo rato don Serafín en la misma actitud. Luego, mirando á su hermana, que había vuelto al *crochet*, le preguntó

—¿Qué me dices de esta novedad?...

—Que es una buena fortuna para ti.

—Si lo es, no lo será para mí solo, digo yo; me parece que si tengo un beneficio, tú y tu hija merecéis disfrutarlo más que yo.

—¿Nosotras?... ¿Por qué?...

—¿Ó es que tú quieres abandonarme?

—No hay abandono... Si tú vas á Madrid irás porque debes ir, y nosotras nos quedaremos aquí lo mismo que estábamos cuando tú vivías en tu casa, antes de tu enfermedad.

—Es que yo no podría ya vivir solo.

—También nosotras sentiríamos tu ausencia, porque nos privaría de vivir contigo, pero este sentimiento se compensaría con la

Digitized by Google

satisfacción de saber que adelantas en tu carrera y se hace justicia á tus muchos méritos.

—Pues, hermana, oye bien lo que te digo; como he dicho á don Leoncio, he de meditar si puedo y debo en conciencia aceptar la brillante proposición que me hace el marqués; pero si me resuelvo á aceptarla, entiende que es con la condición precisa de que no hemos de separarnos. Si tú estás decidida á quedarte en Sevilla con tu hija, entonces no tengo para qué meditar nada, yo también me quedo.

—Mira, hermano, si piensas obligarme así te equivocas.

—No te enojes por Dios. No quiero obligarte, quiero persuadirte de que en medio de todas las grandezas del mundo, si me las ofreciera la Divina Providencia, no podría vivir en calma privado de la presencia de los dos ángeles que fueron á disputar y á arrancar á la muerte mi pobre vida, y que me han hecho conocer los más dulces, tiernos y desinteresados afectos. Ser yo rico ó casi rico, disfrutar comodidades y holgura, mientras vosotras os consumís aquí en la pobreza, trabajando sin cesar, eso no puede ser, sería un

Digitized by Google

peso grave para mi conciencia, y tú no puedes querer que viva con tanta amargura.

—Pero si nosotras estamos bien aquí, tranquilas, conformes con nuestra honrada pobreza...

—Bien, tienes razón, aquí nos quedaremos. Mañana escribiré al marqués una carta expresándole mi gratitud y renunciando una honra de que no me creo digno. ¿Quién sabe los peligros á que me expondría si la maldita vanidad me llevase á ocupar un puesto para el que en absoluto careceré de condiciones? Preferible es la obscuridad en que vivo, en medio de la indiferencia del mundo, que la vergüenza de publicar mi ineptitud y sufrir el desdén, el sarcasmo, la burla de mis bienhechores, cuando éstos, muy pronto, reconocieran que habían concedido su protección á un cuitado, ignorante y mísero, desvanecido por la soberbia y usurpador de favores y mercedes de que otros son infinitamente más dignos.

—Te equivocas en eso, hermano. Tu modestia, como dice don Leoncio, es excesiva. No tendrán motivo de arrepentirse los que procuran tus adelantos y ventajas, porque seguramente corresponderás á lo que de ti

Digitized by Google

esperan. Tu puesto está en Madrid, y la Providencia es, sin duda, la que allí te lleva, y tú, espíritu cristiano, sacerdote ejemplar, no puedes menos de obedecer lo que es voluntad de Dios. Dispón tu viaje, vé á Madrid, y tiempo habrá de que nosotras vayamos después... ¿no digo bien, Angustias?...

—Sí, señora—contestó la joven, sin levantar la vista.

—Más conveniente es, creo yo—continuó la viuda, hablando con su hermano—que te presentes tú solo al señor marqués... Es una opinión mía, entiendo que es más prudente... Nosotras, ya iremos, ya iremos, y, si lo que Dios no quiera, perdieras la salud, entonces ni un momento vacilaría, y en cuanto recibiera noticia de esa desgracia, allá irían tus enfermeras á cuidarte con la mejor voluntad.

—Pues ya sé el medio infalible de llevaros á mi lado—dijo el cura sonriendo.

—Sí, te lo prometo; ya sé yo que tú no me engañarías, que tu aviso no sería una superchería, porque ¿cómo he de creerte capaz de mentir?...

—Es verdad, y te agradezco el buen concepto que tienes de mí. No insisto más en mi

Digitized by Google

ruego, hermana. Tú sabes cuál es mi deseo. Ahora voy á salir...

—¿A estas horas?... ¿Con el calor que hace por esas calles?...

—Voy á la iglesia. Allí parece que se habla con Dios más cerca de Él. Voy á pedirle que ilumine mi razón para que sea acertada mi resolución.

—Adiós, hermano.

—Hasta después, padre—murmuró Angustias, que siempre le daba este dulcísimo nombre.

Fuése el cura á su cuarto, descolgó de la torcida percha el deslucido manteo que, como la sotana, era á trechos negro todavía, y á trechos estaba desteñido y pelado, y tenía un matiz verduzco muy feo, y el sombrero de teja grasiento por dentro y por fuera, y luego que se puso ambas prendas, pregón de su pobreza, salió al patio, abrió la cancela y á buen paso se encaminó á su querida iglesia, aquella misma iglesia de San Lorenzo, en que tanto tiempo hacía, todas las mañanas, celebraba el santo sacrificio de la misa en el altar del Santísimo Cristo crucificado. Delante de aquel altar se arrodilló y oró fervorosamente como oraba siempre aquel hom-

Digitized by Google

bre que, á no dudar, era el prototipo de la humildad en la tierra.

Poco después de haber salido el cura de casa de la viuda, ésta y Angustias oyeron una voz infantil que decía:

—¡Señorita Angustias!...

Era una voz muy conocida de madre é hija. Angustias separó el bastidor, se levantó, sacó del cajón de la mesa que servía de aparador unos pedazos de pan, y un plato que contenía algo de comer, y salió presurosa al patio.

Todos los días guardaba una parte de su frugal comida para una mendiga huerfanita que venía á recoger este socorro. Dió el pan y lo demás á la niña, que se sentó á la entrada del patio á regalarse con aquel sencillo alimento, que gloria le parecía, y Angustias esperaba la devolución del plato cuando vió en el suelo un papel, un sobre con su carta dentro, que era la recibida por don Serafín, y que éste había mal guardado, y creyendo ponerla en el bolsillo interior de la sotana, la había puesto fuera del bolsillo, de suerte que se le había caído al suelo, sin advertirlo. Angustias se bajó, cogió la carta, miró el sobre y no pudo reprimir una exclamación de sorpresa, al reconocer la letra de su amante Nar-

Digitized by Google

ciso. La hermosa joven oyó mover algún mueble en el comedor y comprendió que su madre se había levantado del sofá, y acaso venía al patio, y con maravillosa presteza dobló la carta y la guardó en el seno. Si hubiese tardado un instante no más, su madre la habría sorprendido con la carta en la mano. No la sorprendió, pero la vió encendida, emocionada, convulsa, y se alarmó, no acertando el motivo de la súbita alteración que advertía en su hija. Allí seguramente no había entrado nadie, nadie más que la inocente niña que, sentadita en el suelo, tranquila, sonriente, feliz, saboreaba con delicia el pedazo de carne, las doradas patatas fritas y el pan que su bienhechora le acababa de entregar.

—¿Qué tienes, hija?—preguntó la viuda—¿qué te ha pasado? ¿qué has visto?...

—Nada, madre mía, no es nada—contestó Angustias—me dió un mareo; como no me he levantado del bastidor desde la madrugada...

Angustias encontró una explicación oportunísima que su madre creyó exacta.

—Ya te he dicho que trabajas demasiado, y eso no puede ser... y luego como no comes, y como creo que no duermes... tienes algo

Digitized by Google

de fiebre; bien harías en acostarte... Puede que ahora descanses.

—No, no, en lo que resta de día he de acabar esa labor que hemos ofrecido entregar mañana.

—Tu salud es antes que todo.

—No estoy mal; ha sido un vahído y pasó. Tomaré agua con azahar.

No sabía Angustias cómo alejar á su madre que no se separaba de ella. Quería estar sola para pensar, para poner orden en las ideas que se agitaban confusamente en su cerebro, desde que había visto la letra de Narciso en el sobre de la carta.

—Lo que siento es que ya no hay azahar en casa—dijo con la mayor naturalidad, creyendo que su madre iba á salir incontinenti á comprarlo. Y seguramente hubiera salido á no hallarse allí la niña mendiga, que, terminado su banquete, devolvía el plato con una tierna mirada de sus grandes ojos azules de ángel.

—Niñita—díjole la viuda—vas á ir ahí al lado, á la droguería, á pedir un frasquito de azahar. ¿Sabes dónde, niña mía?

—Sí, señora, sí, donde me dan un *chavo* todos los sábados

Digitized by Google

—Toma el dinero, y vienes volando.

—Volando—repitió el ángel, que parecía iba á desplegar las transparentes alas y á levantar el vuelo.

Angustias, contrariada, volvió á su labor, seguida de la viuda que insistía en llevarla al lecho.

Sentóse y siguió su bordado.

Volvió la niña, trajo el azahar, preparó la viuda el vaso de agua cristalina, en que puso unas gotas, y se le sirvió á Angustias.

—Hasta mañana. Dios les pague la caridad, señoritas—dijo la niña, y salió endulzando su boca con un terrón de azúcar que la viuda le dió como paga por el mandado.

—¿Te has tranquilizado ya?—preguntó la viuda á su hija.

—Sí, madre; si no ha sido nada...

—Sin embargo, estás muy encendida de calor.

—Es la excitación que me produce esta labor, la impaciencia que tengo por concluirla. Vendrán mañana á recoger el velo terminado.

—Dios haga feliz á la que va á engalanarse con ese velo. ¡Cuántas ilusiones ahora! y acaso ¡cuántos desengaños luego!—murmuró

Digitized by Google

la viuda, como si hablara consigo misma.—Pero, ¿estás bien, hija, estás bien de veras?...

—Sí, madre; déjeme usted acabar esto.

Y movía rápida, febrilmente los dedos de hada sobre la tela tirante en el bastidor.

«Esta carta, pensaba Angustias, es para mi tío, no hay duda, su nombre está escrito en el sobre... Luego mi tío está en correspondencia con Narciso, y esto quiere decir que Narciso se acuerda de mí, porque ¿para qué, sino, había de escribir á mi tío? ¿Será la carta para mí?... ¿La habrá dejado adrede mi tío donde la he encontrado para que yo la lea?... Porque es claro que para dármela él mismo no encontraría ocasión; mi madre está siempre conmigo... Yo no puedo leer la carta sin consentimiento de mi tío... ¿Cómo le diré que la tengo?... Por supuesto esta carta es la que hoy trajo el cartero y recibió mi madre. Por suerte no conoce la letra de Narciso. ¡Jesús! si la hubiera conocido... ¿Por qué odiará á Narciso? ¿por qué temerá tanto de él?... Luego, cuando venga mi tío, le miraré, á ver si me dice algo con sus ojos. Pero el pobre no sabe; para decir algo necesita hablar, y lo que es delante de madre no dirá él nada de la carta de Narciso. Pero yo

Digitized by Google

tengo que decirle que está en mi poder... ¿Y cómo se lo digo?...»

Volvió el bueno de don Serafín, después de su consulta al Señor del Gran Poder, y volvió más tranquilo, más sereno, como si hubiera tomado su resolución definitiva en el grave asunto que tanto le preocupaba. Fué á su habitación, colgó, como siempre, el manteo y la teja, y en sotana, que era el único traje con que podía estar en casa, no por otra cosa sino porque no tenía otro, se dirigió al comedor donde estaban su hermana y su sobrina.

—Angustias—le dijo la viuda—se me ha puesto algo mala.

—¿Sí?... ¿qué tienes, hija?

—Nada ya, padre; fué un vahído...

—Me asusté.

—¿Y has resuelto ya lo que vas á hacer?—le preguntó la viuda.

—Sí, te diré, verdaderamente no sé...

—¿Vas á Madrid?...

—No, es decir, todavía no sé...

—Pues entonces, ¿qué has resuelto?

—Pues escribir yo mismo al marqués. Yo le haré mis reflexiones, le diré mis circunstancias, mis temores y mis dudas, seré sin-

Digitized by Google

cero, franco, le expondré mi carácter, mis ideas, mis propósitos...

—¡Jesús! ¡Jesús!

—¡Qué! ¿te parece mal?

—¿Pero no has oído á don Leoncio?... Quiere el marqués una respuesta breve, categórica...

—Déjame á mí. Yo no trato así los asuntos formales y trascendentales. Ahora me voy á encerrar en mi cuarto, y á escribir, aunque no me acueste esta noche, una memoria para que la lea detenidamente el marqués, y luego resuelva.

—Pero, hombre de Dios, ¡ahora quieres que el marqués sea quien resuelva!... Si ya ha resuelto que vayas á Madrid.

—Pero sin meditarlo bastante.

—Es decir que tú pretendes dar una lección de prudencia y previsión á tu favorecedor? Creo que haces mal.

—Siento no ser de tu opinión.

—¿Y tú no dices nada, hija?...—preguntó á Angustias su madre.

—Yo no entiendo... el padre sabrá lo que le conviene, ¿no es verdad?...

Y le miró fijamente.

—Eso—dijo el cura sentenciosamente—

Digitized by Google

sólo Dios lo sabe, lo mismo respecto de mí que de todas sus criaturas.

—Pues yo sé también una cosa que le conviene á usted.

—¿Qué cosa, hijita mía?...—preguntó el cura cariñosamente á su sobrina.

—Pues una muy sencilla, coser bien esos dos botones que se le están cayendo en la sotana. Quien le vea á usted, dirá que si no hay en su casa una hebra de seda, una aguja y unas manos que pongan en su sitio esos botones.

La viuda sonrió, contenta de haber oído á su hija expresarse en tono jovial.

—Tienes razón, que tengo que coserme los botones en cuanto pueda—añadió el cura.

—Venga usted acá, que yo misma, sin que se quite la sotana, haré esa obra en menos que lo digo.

—Yo se los coseré, mujer—dijo la viuda.

—No, quiero tener ese gusto.

—Pero si no es preciso que os molestéis. ¿Ó es que me consideráis incapaz hasta de coserme unos botones? Muchas veces lo he hecho, y estos zapatos que llevo de paño también son en parte obra mía. Un maestro me regaló la suela, y todo lo demás yo lo he cor-

Digitized by Google

tado y cosido, y si no está curioso, lo que es fuerte lo está, y tengo zapatos para mucho tiempo.

La viuda había abierto ya su almohadilla y enhebrado la aguja.

—Sigue tu bordado, que yo le coseré esos botones. Ven acá, hombre, acércate—dijo la viuda.

—No me quite usted este gusto—contestó resuelta la muchacha, levantándose y pidiendo la aguja y el dedal á su madre.

—Sea como tú quieras, hija.

—Venga usted acá, padre—añadió Angustias llevando de la mano al cura hacia la ventana, donde había más luz y los dos se hallaban á mayor distancia de la viuda.

Angustias arrancó uno de los botones colgantes, el primero, cerca del alzacuello, y se dispuso á coserlo.

—No se mueva usted que le podré pinchar, y no quisiera.

—¿Qué has de pinchar si tienes unos dedos de ángel, y todo en ti, hija mía, es primor y delicadeza?

—Es un descuido imperdonable llevar así los botones.

Ligeramente dió la joven las necesarias

Digitized by Google

puntadas para dejar firme y seguro el primer botón, y luego acercó la boca al pecho del cura para cortar con los dientes la hebra, y en este momento, rápidamente dijo al *pater* muy bajito:

—Padre, yo encontré la carta: ¿la leo?...

—¿Qué carta?—contestó el seráfico don Serafín en su tono natural, con la mayor sencillez.

—¿Qué carta?—repitió la viuda, oyendo la pregunta de su hermano.

—No me ha entendido usted, padre—dijo Angustias más muerta que viva.—Le decía á usted que no escriba la carta que ha dicho iba á escribir esta noche al marqués. Mi madre dice bien.

—Pues no te entendí... Hablaste tan bajito...

—Como tenía cogida la hebra con los dientes...

—Pues sí que la escribiré y mañana os la leeré—repuso el cura tercamente.

Y Angustias hizo con el segundo botón lo mismo que con el primero.

La viuda callaba, pero no estaba convencida de que su hija había preguntado á su hermano acerca de la carta que éste se proponía

Digitized by Google

escribir. Debía referirse á otra carta lo que Angustias le había dicho en voz baja, y la rápida contestación del cura, que preguntó: «¿Qué carta?» no era la que correspondía á la observación de Angustias sobre un asunto de que precisamente se había hablado un momento antes. La suspicacia maternal de la viuda le decía que había misterio; misterio en la súbita observación que Angustias había hecho de que dos botones se caían de la sotana de don Serafín; misterio en el empeño de ser ella misma quien los asegurase; misterio en haber llevado al cura cerca de la ventana; misterio en la repentina alteración que sorprendió en su hija, á poco de haber salido ésta á dar el plato de comida sobrante á la niña pobre... y discurriendo así la amante madre, ansiosa de coger todos los cabos sueltos de la maraña que le importaba deshacer, vino á su memoria el primer incidente de aquel día, que casi había olvidado, preocupada del suceso que dió ocasión á la visita del administrador del marqués, y recordó la carta recibida por el correo para su hermano, y que ella misma le había entregado.

Toda esta labor en el pensamiento de la viuda fué cosa de una centésima parte de

Digitized by Google

segundo. Ya sabía ella cómo descubriría la verdad ; su hermano ignoraba completamente lo que era el disimulo, y jamás mancharía sus labios con una mentira. A él le preguntaría.

—Vamos, ya tienes firmes los botones de la sotana.

—Sí, hija, gracias á esta pobre que se ha dado un pinchazo regular.

—¿Te clavaste la aguja, hija ?

—No fué nada—contestó Angustias—no ha salido sangre.

Y se puso á separar del bastidor el velo cuyo bordado ya estaba concluído.

—Oye, hermano—dijo la viuda—no me has dicho nada de la carta que te trajo hoy el correo. ¿Era del marqués ?

—¡ Ah ! la carta de esta mañana... no, no era del marqués.

—Creo que es la primera vez que ha venido á casa el cartero. Como no tenemos correspondencia con nadie... A ti te sorprendió mucho, y á mí también.

—Sí, cuando uno no tiene costumbre de recibir cartas y recibe una, le parece que le trae alguna mala nueva, pero no ha sido así esta vez, gracias á Dios.

Digitized by Google

—¿Es también satisfactoria para ti esa carta?—preguntó la viuda.

—Sí, también.

El cura llevó con aire indiferente la mano al lado del pecho donde tenía el bolsillo interior la sotana, y conoció que allí no estaba la carta.

—Muy reservada ha de ser esa carta, hermano, cuando nada me has dicho de ella, tú que no tienes secretos para mí...

—No, lo que es reservada, no... Porque no tiene importancia no te la enseñé.

—¿A qué tampoco me la enseñas ahora?

El cura sudaba, y Angustias, que ya había agotado todos sus candorosos recursos para aparentar indiferencia, viendo la turbación de su tío, se turbaba más.

—Esa carta—continuó la viuda—tú y mi hija tenéis interés en que yo no me entere de ella.

—¿Tu hija y yo?

—Sí. Esa carta es para Angustias, y si no es á ella á quien la escribe el que te la ha dirigido, algo para ella te dirá.

—No—dijo con más firmeza el cura.

—Dios me perdone, iba á decirte una injuria—repuso la viuda.

Digitized by Google

—¿Vas á decirme que miento?... Pues no miento, hermana; en esa carta ni se nombra á tu hija, ni se me encarga que le diga cosa alguna. ¿Lo dudas?...

Calló la viuda y Angustias interpretó exactamente el silencio de su madre, y oprimiósele el corazón viendo en el rostro de su tío los colores de la vergüenza. Levantóse grave la hermosa joven, se acercó á su madre, y sacando del pecho la carta que había encontrado en el patio, dijo:

—Esta es la carta, yo no la he leído. En el patio la encontré y la guardaba para entregarla á su dueño. Padre—añadió dirigiéndose al cura—si, como cree mi madre querida, esa carta es para mí ó dice algo de mí, ruego á usted que la lea sin que yo la oiga.

Y fué á salir del comedor.

—La leeré—dijo el cura—pero tú la has de oir.

Angustias se detuvo.

Leyó don Serafín la carta, luego la entregó á su hermana, y salió, en actitud humilde pero digna.

Había tomado su resolución.

No volvió á salir de su habitación hasta primera hora de la mañana siguiente. Des-

Digitized by Google

pués de celebrar su misa, fué á casa del administrador del marqués y le manifestó que aceptaba la proposición que se le había hecho, y estaba dispuesto á emprender el viaje.

—Entregaré á usted la cantidad que mi principal me ordena—le dijo don Leoncio.

—De esa cantidad me entregará usted lo preciso para llegar á Madrid. Lo demás consérvelo en su poder.

La misma tarde, el padre Serafín anunció á la viuda su partida.

—¿Te vas enojado conmigo, hermano?...—le preguntó ésta.

—Enojado no—contestó con un dejo de profunda amargura—me voy con la pena de que hayas dudado de mí, y con el sentimiento de que ni tú ni tu hija podéis ser felices.

—Perdóname, hermano.

Angustias se afligió mucho. Arrodillóse delante del cura, besó sus manos y le pidió la bendición.

Y un momento después, el cura, con lágrimas en los ojos, con su sotana y su manteo deslucidos, y su libro de rezo en la mano, salía de aquella casa, y en la puerta la viuda y Angustias le despedían, sin poder contener el llanto.

Digitized by Google

La enamorada quedaba sola con su madre y comprendía que su vida iba á ser mucho más penosa que antes.

«¡Dios mío!—pensaba;—¿porqué no puedo arrancar de mi corazón este amor?

Digitized by Google

XI

A poco de llegar Narciso á Madrid pudo penetrar en el gran mundo, gracias á la feliz circunstancia que le hizo conocer á los marqueses de la Filigrana, para quienes fué grandemente simpático el gallardo joven. El marqués, que no daba fácilmente con quien oyera con paciencia sus disquisiciones sobre la Grecia antigua, encontró en Narciso un oyente atento, asiduo y entusiasta que, además de oirle con visible complacencia y aplaudir todas sus ideas y encarecer la importancia de sus estudios, le estimulaba con gran empeño á proseguirlos y á publicarlos, asegurándole que las corporaciones sabias le habían de llamar á su seno, pues lo mismo en la Academia española que en la de la Historia, en la de Bellas Artes y en la de Ciencias, notábase la falta de persona poseedora de tan inmenso

Digitized by Google

caudal de conocimientos como él había reunido. Narciso le decía:

—Oir á usted, señor Marqués, es oir á Plutarco más docto.

Y el marqués se esponjaba y enorgullecía, y sentía una grata y profunda satisfacción pensando que acaso, como aseguraba aquel joven tan juicioso é inteligente, llegaría á ingresar en las Academias, que esta era de largo tiempo su aspiración. El joven había sorprendido su más secreto pensamiento.

La mujer del marqués estaba encantada también. Narciso la adulaba con frases que hasta entonces ella no había oído, celebraba su buen gusto y su distinción, le hablaba de Cataluña, y sobre todo de Tarragona, con grandes encomios, y por esta sencilla manera ganaba su voluntad. Reíase mucho con los rasgos de ingenio del sevillano, y cedía en la prevención que siempre tuvo contra los andaluces, acaso únicamente porque lo era su marido. Pero ¡qué diferencia entre el andaluz estirado, serio, grave, tieso, severo, regañón, intratable y el andaluz amable, galán, decidor, obsequioso y servicial! ¡entre el marido que la trataba ceremoniosamente, y la consideraba una respetabilísima gran se-

Digitized by Google

ñora ignorante, y el amigo cortés, delicado, solícito, atento siempre á complacerla, halagando su olímpica vanidad!...

Y el marqués veía con gusto que su mujer se mostraba contenta de que Narciso frecuentase la casa. Habían terminado ya las disensiones en el matrimonio. La marquesa no contrariaba á su marido, ni siquiera le importaba que siguiera entregado á sus estudios helénicos, y el marqués advertía con satisfacción que empezaban á dulcificarse las asperezas del caracter de su mujer, y hasta se modificaba su manera de hablar y prescindía de los modismos y herejías gramaticales con que tanto le había mortificado, siendo él, como era, tan correcto, pulido y atildado en su lenguaje.

Era el caso que la marquesa se hallaba muy á su gusto con la amistad del andaluz, y el marqués bendecía la suerte que le deparó un amigo que, además de participar de sus entusiasmos griegos, le entretenía habilísimamente á la marquesa, de cuyas impertinencias é inoportunidades estaba harto, con sobrada razón.

Aurora, la hija de los marqueses, completaba el cuadro de esta familia feliz. Habíase

Digitized by Google

dado á soñar y sólo era venturosa cuando soñaba; porque luego, despierta, considerábase la más desdichada criatura de la tierra, como que la felicidad de sus sueños creía que nunca lograría alcanzarla. Era una situación penosa, en verdad, la de la pobre Aurora. En sueños amor infinito, delicias incomparables, ventura superior á todo lo que hubiera podido imaginar, hermosura, alegría, luz, horizontes sin fin, y en la realidad amargura, desaliento, tristeza, sombras, angustia en el corazón... En sueños, velase en brazos del hombre idolatrado, gozando el deleite de un amor inacabable; aquel hombre correspondía á su pasión con amor infinito, se extasiaba en la contemplación de su belleza, cubría sus manos, sus labios, sus hombros de ardientes besos, y le prometía eterna fidelidad y todas las venturas de la tierra.

Y aquel hombre, de quien estaba locamente enamorada, que con su presencia había trocado el tranquilo y apacible misticismo de su corazón de mujer profundamente religiosa en frenética pasión carnal, aquel hombre amable, franco, expansivo con la madre, era con ella correctamente respetuoso, y parecía como que la fea le imponía; y así evitaba con

Digitized by Google

singular empeño toda conversación con ella, limitándose á los saludos y cumplimientos de costumbre entre personas bien educadas. Pero no dejaba de contrariar al hermoso Narciso la insistencia con que Aurora procuraba hacía días acompañar á su madre cuando el andaluz la visitaba. Allí se estaba la hija de los marqueses, haciendo alguna labor dedicada á los establecimientos benéficos que todos los meses recibían de la caritativa joven pañales y camisitas para los niños, chambrillas, pañuelos para las ancianas, vendas é hilas para los mal humorados y los heridos, calcetas de abrigo para los viejecitos, todo confeccionado por sus hábiles y ligeras manos. Bien que desde que Aurora cayó en aquel enamoramiento fatal no eran tan copiosos los donativos que hacía á los asilos de caridad, porque trabajaba menos... como que á veces solía estarse horas enteras con la tela en una mano y en otra la aguja enhebrada, y sin dar puntada, absorta en sus imaginaciones y delirios, sufriendo la pesadumbre de una obsesión en que por extraño modo mezclábanse el placer más vivo y el dolor más intenso.

Su madre, la espléndida y fastuosa marquesa, no advertía cambio alguno en su hija;

Digitized by Google

siempre había sido ésta, aunque cariñosa con sus padres, seria, reflexiva, de pocas palabras, y dada á la meditación religiosa, como que la madre creía que un día ú otro su hija declararía formalmente su propósito de ser comendadora de Santiago, prefiriendo esta vida de perfección á los engaños del mundo que para ella parecía no tener atractivos. De esto habían hablado algunas veces el marqués y la marquesa, quienes no podían menos de convenir en que la naturaleza había tratado harto duramente á Aurora, y si bien tenían por seguro, segurísimo, que tal como era su hija, no le faltaría pretendiente, eran muchas las probabilidades de que el pretendiente apreciara en ella, más que las cualidades morales, la gran fortuna que sus padres podrían darle, y siendo así corría la joven inminente riesgo de ser más desventurada que feliz en el matrimonio...

El marqués, al restaurar su antiguo palacio de Madrid, convirtiéndolo en magnífica y cómoda residencia, había cuidado con especial cariño el salón dedicado á capilla, que era, en verdad, un primor de las artes reunidas bajo habilísima dirección de persona muy competente. Los frescos de las paredes, los cua-

Digitized by Google

dros de los dos altares, las imágenes de talla, el preciosísimo órgano eran obra de los más conspicuos y notables artistas españoles. Y los sagrados objetos del culto, los ornamentos, los reclinatorios, todo lo preciso en aquella iglesia en miniatura era de una riqueza y un gusto notables, que acreditaban la opulencia y la religiosidad de los dueños de la casa. Terminadas las obras, el marqués pensó en nombrar capellán que celebrase todos los días el Santo Sacrificio, y esta oportunidad aprovechó hábilmente el hermoso Narciso para presentar la candidatura del padre Serafín, quien tenía ya la ventaja de pertenecer á la casa, puesto que, pagado por la piadosa familia, decía en Sevilla la misa, años hacía, en el altar del Señor del Gran Poder. Y como el marqués tenía del buen sacerdote las más favorables noticias, y Narciso encarecía con grandes encomios su virtud y sabiduría, y para el marqués desde que había creído hallar aficiones helénicas superiores en el apuesto andaluz, la opinión de éste en todo asunto era de gran autoridad, no vaciló un punto, y escribió, como ya sabe el lector, á su administrador en Sevilla, que propusiera al capellán el cambio de residencia,

Digitized by Google

nombrando al propio tiempo otro que le reemplazara en la celebración de la misa en el altar del Cristo tan amado de los sevillanos.

El lector comprende la intención de Narciso. Habíase propuesto poseer la hermosura de Angustias, á despecho de la madre de ésta. Su soberbia necesitaba venganza y la obtendría cumplida haciéndose dueño de la casta y tierna doncella que estaba enamorada perdidamente de quien era indigno de ella. Angustias, en la lucha entre su amor al hombre que era dueño de su albedrío y el amor filial que la unía estrechamente á la más amante de las madres, había logrado una gran victoria sobre sí misma, y la había logrado porque en tan tremenda batalla la ampararon con incontrastable fuerza la fe religiosa y los nobles sentimientos de pudor y de rectitud que había infundido en su alma la madre previsora y vigilante, la viuda de Vélez, aleccionada por la propia experiencia de la vida y guiada siempre del sublime amor maternal, único amor verdadero en este mundo.

Angustias no había querido seguir al amante, pero éste creía haber hallado un medio de que la doncella viniera conducida por su

Digitized by Google

madre misma, á quien Narciso odiaba, y este medio era hacer venir al cura á Madrid. La viuda y su hija le acompañarían, porque ambas amaban al clérigo tiernamente, y el clérigo, por su parte, no aceptaría el beneficio tan considerable que se le ofrecía sin compartir el provecho con sus bienhechoras. Y si Narciso lograba que Angustias viviera en Madrid, ocasión y medios hallaría de satisfacer sus dos pasiones, la de la posesión de tan peregrina hermosura y la de la venganza contra la madre que adivinaba su perversidad con poderoso y certero instinto.

El cura sabría cuánto se había interesado para que le fuera ofrecida plaza tan buena y codiciada como la de capellán de los marqueses, y no podría menos de admirar el proceder de quien debía estar altamente ofendido desde aquel día que en una calle de Sevilla, desconociendo el pobre clérigo su estado eclesiástico que le obligaba á la humildad y á la mansedumbre, y poseído del demonio de la soberbia, le arrojó aquellas monedas, despreciando airado el bien que le había dispensado en los días luctuosos en que estuvo postrado en pobrísimo lecho, entre la vida y la muerte. Conocía Narciso al cura, y con ra-

Digitized by Google

zón esperaba que el tiempo y la reflexión, y sobre todo el agradecimiento, habrían obrado en su ánimo de tal suerte que, volviéndole á encontrar, le hallaría afectuoso y servicial como antes del rompimiento y deseando ocasión en qué demostrarle otra vez igual amistad que cuando le estimulaba á persistir en el amoroso empeño con la hermosa hija de la viuda.

Y no se equivocaba Narciso en otra cosa que en creer que el cura vendría á Madrid con su hermana y su sobrina. En lo demás acertaba completamente. El excelente don Serafín había modificado otra vez su juicio respecto del pretendiente de Angustias, y traía muy favorables disposiciones de concordia, y esta impresión era, ciertamente, para nuestro cándido sacerdote una verdadera compensación de la amargura en que le sumió la fiera actitud de su amada hermana la viuda de Vélez que, ni más ni menos, le había supuesto, creía él, empeñado en indecorosa tercería en la cuestión de amores entre su hija y el buen mozo. El cura lo exageraba todo, cualidad propia de los caracteres tímidos y débiles como el suyo.

Llegó el cura á Madrid, y apenas puso el

Digitized by Google

pie en tierra vió acercársele un caballero bien portado que le saludó cortésmente, sombrero en mano, y le preguntó:

—¿Tengo la honra de hablar con el reverendo padre Serafín?...

—Toda la honra es mía—contestó el clérigo, quitándose con cierto azoramiento el vetusto sombrero de teja, y haciendo repetidas cortesías al cumplido caballero que con tan buenos modos se le había acercado.

—Vengo—dijo éste—en nombre del excelentísimo señor Marqués de la Filigrana, á recibir á usted y acompañarle á la casa-palacio de mi señor, donde tiene usted preparada su habitación. ¿Viene usted solo? ¿Trae usted equipaje?

—Vengo solo, sí señor, bien á mi pesar; y en cuanto á equipaje *omnia mea mecum porto*.

El cura no había reparado que á respetuosa distancia se hallaba un gigante, fijo, inmóvil, descubierta la cabeza, envuelto en una levita larga blanca, y teniendo en la mano el sombrero, un flamante sombrero adornado de una airosa escarapela en la parte superior, en la que había combinados varios vistosos colores. Era el lacayo, uno de los lacayos de la noble casa de los marqueses.

Digitized by Google

—Estoy á las órdenes de usted—dijo el clérigo, levantando los hombros como tenía por costumbre cuando el manteo se le iba hacia atrás y amenazaba caer en el suelo y dejarle en sotana simplemente, lo que deseaba evitar el bueno del cura, porque, aunque él nada tenía de presumido, la sotana por detrás presentaba un aspecto verdaderamente extraño, por unas partes rota y por otras remendada, así como por delante no tenía más falta que el estrago hecho en el paño por el tiempo, pues á trechos se conservaba negro y por otros pardeaba, pero en fin, todavía no se había abierto ningún agujero y la trama del tejido conservábase todo lo compacta que podía apetecerse.

Echaron á andar el mayordomo del marqués y el cura, dando aquél á éste la derecha, y precedidos del gigante de la gran levita blanca, que corrió á abrir la portezuela de un magnífico *landau*, vestido de seda azul, tirado por dos magníficas yeguas primorosamente limpias y relucientes, un coche, en fin, que no lo tenía igual Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Sevilla.

El cochero, grave, serio, sentado en el pescante, con el sombrero en la una mano y en

Digitized by Google

otra la fusta, el lacayo sosteniendo la portezuela, rígido como una gran figura de cera, y el mayordomo invitando ceremoniosamente al maltratado y aturdido clérigo, que no sabía lo que le pasaba, presentaban un cuadro verdaderamente original y digno de haber sido trasladado al lienzo por un buen pintor de género.

—Yo iré á pie—murmuró tímidamente el *pater;*—no sienta bien á mi estado esta magnificencia digna de un monarca.

—¡Oh! no lo consentiré—observó el mayordomo;—mi señor el marqués ha mandado que se le condujera á usted en uno de los coches.

—Pero con este traje... Vengo lleno de polvo, sucio...

—No importa.

Había gente curiosa en derredor, presenciando el espectáculo y haciendo comentarios apropiados á la escena, en que desempeñaba el principal papel el estropeado clérigo.

—Vamos, señor cura, no tenga escrúpulos, y arriba, que mi señor espera.

Y obligó al padre Serafín á entrar en el *landau*, bien que murmurando:

—¡Dios mío! ya lo ves, no es soberbia y

Digitized by Google

vanidad mías, sino obediencia debidas á mi superior.

Entró detrás en el carruaje el mayordomo, cerró el lacayo la portezuela, pusiéronse el cochero y él los sombreros, subió el segundo ligeramente al pescante, y el coche partió deteniéndose á los pocos minutos delante de la puerta del palacio de los marqueses de la Filigrana. Volvieron á descubrirse cochero y lacayo, descubrióse también otro gigante de levita larga azul, que no era sino el portero de la casa, y el mayordomo condujo al cura al piso 2.º, y en una galería muy hermosa, llena de tiestos y jaulas habitadas por alegres y vocingleros pájaros, abrió una gran puerta diciendo:

—Pase usted, señor cura; estas son las habitaciones que mis señores le han destinado.

Alfombras en los suelos, grandes cuadros místicos en las paredes, lámparas colgadas, muebles de tapicería, armarios, mesas, librería, una alcoba ancha y hermosa con gran ventana al jardín, una cama nuevecita de hermoso roble, un lavabo de mármol, con sus grifos de plata... todo esto contemplaba el cura con admiración creyendo que lo soñaba, y que lo soñaba por primera vez en

Digitized by Google

su vida, pues nunca soñó él grandezas semejantes, y la mayor felicidad que había soñado desde que cantó la primera misa fué la de habérsele aparecido San Luís Gonzaga de quien era devotísimo, ofreciéndole una sotana usada, bien que en mejor uso que la que él vestía.

—Ahora—le dijo el mayordomo—descanse usted, que bien lo necesitará, y al mediodía ya recibirá aviso de mi señor, si no es que él mismo viene á dar á usted la bienvenida, que en el señor, á pesar de ser quien es, encontrará usted una persona muy llana y sencilla...

—¡Oh!—exclamó el clérigo—antes de todo he de celebrar el santo sacrificio. El día que llego á Madrid no puedo quedarme sin decir la misa.

—Puede usted satisfacer su deseo. La capilla de la casa está siempre abierta, pero los señores oyen misa á las doce diariamente, y supongo que habrán contado ya con que usted celebrará hoy á esa hora.

—¡Ah! en ese caso esperaré.

El mayordomo tiró del cordón de una campanilla y apareció un muchacho de unos quince años, de buen aspecto, correctamente

Digitized by Google

vestido con su chaqueta y pantalón de fino paño, de aire vivo y franco.

—Buenos días, señor capellán—dijo.

—Buenos te los dé Dios, hombre—contestó afablemente don Serafín.

—Este joven es criado al servicio de usted exclusivamente—dijo el mayordomo.

—¿Criado para mí?...—preguntó con asombro el padre.—¿Y para qué necesito yo criado?...

—Así lo ha mandado mi señor el marqués.

—Su Excelencia me confunde.

—En el recibimiento estará Juan para lo que usted quiera mandarle.

—Que lo haré—añadió el muchacho—con mucho gusto y fina voluntad.

—Gracias, hombre.

—Tendré que limpiarle la ropa... la sotana, el manteo...

—No, no, gracias por todo, hijo, pero esta ropa, ¿sabes?... sólo yo puedo limpiarla, sólo yo. Ya estamos acostumbrados ella y yo á no separarnos, á que no haya entre nosotros intervención de manos ajenas. No te desairo, hijo, no, antes bien te agradezco el favor...

—Es obligación.

—Bien, lo que tú quieras, pero déjame que

Digitized by Google

yo me limpie la ropa, con lo que no caeré en el vicio de la ociosidad...

Salieron el mayordomo y el chico, y quedó el cura solo.

Cayó de hinojos ante un gran cuadro antiguo que ocupaba el testero del salón y representaba á Cristo crucificado, y allí, postrado, cruzadas las manos sobre el pecho, estuvo más de una hora, rezando fervorosamente, y cuando se levantó del suelo había lágrimas en sus ojos, lágrimas de agradecimiento y de pena. Estos sentimientos embargaban su alma buena y candorosa, el agradecimiento por las mercedes con que la divina providencia le favorecía, sin merecerlo él, y la pena, porque recordaba la injusticia de su hermana, y no podía acostumbrarse á la idea de que, viniendo él á gozar tales ventajas y tantos beneficios, su triste hermana, pobre, enferma, cansada de los trabajos de la vida, y su sobrina, la angelical criatura, continuaran viviendo estrecha y penosamente en Sevilla, solas, abandonadas...

—¡Oh!—exclamaba—si no consigo que ellas participen de los bienes que se me ofrecen, no los quiero, no los quiero!...

Sentóse en una silla de paja, no atreviéndose

Digitized by Google

dose á dar á su cansado cuerpo la comodidad de uno de aquellos sillones blandos y anchos que convidaban al reposo, aunque harto lo necesitaba el clérigo, después de una noche entera de viaje, en que no había podido conciliar el sueño, y rendido estaba dormitando en incomodísima postura cuando el propio marqués de la Filigrana entró á saludarle, en testimonio de respeto al sagrado carácter de su huésped.

Digitized by Google

XII

—Bien venido, padre Serafín—dijo el marqués entrando; y el cura abrió los ojos, se tambaleó en la silla, se puso encarnado y tembló como una doncella sorprendida en su sueño, se levantó torpemente dejando el manteo caído de los hombros sobre la silla y arrastrando en el suelo, y apareció en sotana á los ojos del gran aristócrata. ¡Y qué sotana!...

Por suerte, advirtió que se le había huído el manteo, y con un rápido movimiento le cogió y le volvió á colocar en los hombros, con lo que el pobre se sintió menos cohibido en presencia del magnífico y poderoso señor.

La visita del marqués fué breve. Siempre discreto, no hizo otra cosa que darle la bienvenida, y prevenirle que á las doce oirían él,

Digitized by Google

su señora y su hija, la misa que D. Serafín celebraría en la capilla del palacio.

—Ya hablaremos—dijo el marqués.—Ahora dejo á usted para que se lave y se vista.

Lavarse no era difícil, y en verdad debe decirse que el clérigo tenía costumbre de lavarse todos los días. Vestirse..... ya estaba vestido; no podía vestirse con otra ropa. Se lavó, se afeitó, sacudió el manteo, cepilló con mimo la parte delantera de la sotana, limpió también de la misma guisa la teja, volvió á lavarse las manos, no echando en saco roto la recomendación del marqués, y esperó que, como éste le había anunciado, le avisara el ayuda de cámara, aprovechando este intervalo en rezar lo de costumbre como preparación para la ceremonia augusta de la misa.

Avisáronle y le acompañaron á la capilla, donde rezó puesto de rodillas ante el altar, y luego entró en la pieza destinada á sacristía; esperábale allí una sorpresa, el apuesto Narciso que, en viéndole, abrazóle con la mayor efusión, y antes de que pudiera desprenderse de sus brazos, le dijo al oído:

—¿Y Angustias?...

—Buena, hijo, buena digo, buena precisa-

Digitized by Google

mente, no está muy buena.... Triste, amigo mío, triste, pero siempre una paloma sin hiel....

—Tenemos mucho que hablar. Ahora voy á ayudar á usted la misa.

—¿Usted, don Narciso?... preguntó el cura con asombro.

—Sí, yo; he querido acompañar á usted en la primera misa que celebre en la capilla de esta noble y adorable familia que nos honra con su amistad.

Jamás había visto don Serafín ornamentos tan ricos á no ser en alguna función solemnísima en la Catedral de Sevilla. Él nunca los había usado, nunca había puesto sobre su raída sotana ropas sagradas como aquellas, nunca había tomado en sus manos un cáliz de oro guarnecido de brillantes, primorosísimamente labrado como el que vió en aquel punto sacar de un rico estuche de terciopelo forrado de raso blanco.

El lector comprende sin que yo la encarezca la emoción con que el humilde y apocado clérigo puso sobre su cuerpo las magníficas vestiduras que le daban apariencia de príncipe de la Iglesia. Luego que estuvo revestido, involuntariamente se vió en el soberbio es-

Digitized by Google

pejo del armario en que se guardaban los ornamentos sagrados, y se desconoció, y se avergonzó el alma de Dios como si hubiese cometido un pecado, como si fuera reo de usurpación de estado civil, eclesiástico mejor dicho, como si con engaño y felonía se hubiera introducido en aquel palacio y en aquel templo, y no exagero si digo que echó de menos la sacristía de la iglesia de San Lorenzo de Sevilla, las casullas de seda deslucida con galones rozados y á trechos rotos y el venerando altar del Señor del Gran Poder, donde parecíale como que estaba en su propia casa, y aquellos monagos con los zapatos rotos, las canillas desnudas, la sotanilla corta, salpicada de manchones de cera, estrechas y mal remendadas las mangas de la chaqueta y la carilla alegre, raída, chata y picaresca.

El ayuda de cámara anunció que ya estaban los señores esperando en la tribuna. El padre, azorado, tomó el cáliz en sus manos, y con una turbación nunca experimentada, salió de la sacristía, y no viendo el escalón de la puerta le faltó poco para caer.... Sostúvose, por suerte, se dirigió al altar y celebró su misa que le ayudó correctamente el gallardo pretendiente de Angustias. Y esto no dejó de

Digitized by Google

contrariarle porque la presencia del hermoso Narciso en aquellos momentos solemnes de comunicación con la Divinidad le distraía, á pesar suyo, y hacía volar su pensamiento á la casa donde había dejado en Sevilla á su airada hermana y á su dulce y encantadora sobrina.

. . . . . .

Terminado el santo sacrificio, don Narciso se despidió del cura, porque le esperaba el marqués, y cuando don Serafín despojado ya de sus hermosas vestiduras había requerido el manteo y salía de la sacristía, acercósele una linda persona coquetamente vestida, que parecía una señorita, y era sólo camarera de la señora marquesa, y le dijo con graciosa sonrisa:

—Padre, mi señora espera á usted.... Le quiere recibir antes de almorzar....

—¿A mí?.... ¡Yo!....—contestó tartamudeando el cura.

—Sí, padre, á usted—insistió la donosa camarera, mirando al cura con sus ojos retozones, y teniendo que hacer un esfuerzo para no reirse viendo la cara del cura sevillano, que cerraba los ojos para no ver la picaresca mirada y la burlona sonrisa del adorable

Digitized by Google

demonio tentador que le había salido al encuentro.

—Venga usted conmigo, padre—añadió la joven, cogiéndole de la mano y dirigiéndose á una inmediata puertecita disimulada en el muro de la sala donde estaba la de la sacristía. Por aquella puertecita se entraba en una escalera de caracol semi-obscura, con un pasamano de terciopelo, y cuyos escalones estaban cubiertos de blanda alfombra.

La camarera pensó bien que el cura necesitaba guía en aquella escalerilla desconocida para él, y por eso le cogió de la mano, y él al contacto de aquellos dedos en la semi-obscuridad, acordóse incontinenti de San Antonio Abad, de veneranda memoria, á quien de tantas maneras tentaron en vano los demonios más resueltos, traviesos y experimentados y de más poderosa inventiva para imaginar artificios con qué apoderarse de las almas.

Cuando acabaron de subir la escalerilla, el cura sudaba y la camarera se mordía el labio para no reirse. Soltó la mano del padre, se dirigió presurosa á una mampara de rico damasco, la abrió, y dijo:

—Señora marquesa, el padre capellán.

Digitized by Google

Y á éste empujándole suavemente:

—Pase, padre, pase—le dijo—que la señora espera.

Y le metió dentro, y quedándose ella fuera cerró la mampara.

El *pater* caminaba de sorpresa en sorpresa. Aquella habitación donde había entrado era una maravilla de lujo, de que él no tenía la más remota idea. Por entre los cortinajes anchos y magníficos de los dos balcones penetraban los rayos del sol de mediodía, y en las arañas, en los espejos, en los mármoles se descomponían en los más vivos y brillantes colores... Parecía aquello cosa de magia á los deslumbrados ojos del clérigo acostumbrado á las desnudeces y á las sombras de la pobreza en las viviendas de los seres infelices, los únicos á quienes había visitado en Sevilla, para darles la escasa limosna con que podía favorecerlos, él, tan pobre como ellos, ó para ayudarlos á bien morir, presentándoles las venturas inacabables de la vida eterna á que Dios los llamaba compadecido de sus largos sufrimientos en este bajo mundo.

Quedóse el cura inmóvil, deslumbrado, en medio de tanta magnificencia, y allí habríase estado, si no hubiese oído una voz de mujer,

Digitized by Google

firme, fuerte, imperiosa, la voz que dijo desde la habitación inmediata ó sea el gabinete de la muy ilustre señora marquesa de la Filigrana:

—Entre usted, señor cura, entre usted.

Don Serafín tuvo un arranque de resolución, y atravesando la sala suntuosa llegó á la puerta del gabinete donde le esperaban la marquesa y Aurora.

Hizo una reverencia hasta el suelo, no menos respetuosa y humilde que si hubiera llegado á presencia del Nuncio de S. S. y hasta que otra vez oyó la misma voz que le había invitado á entrar, estuvo con los ojos fijos en la bocaza abierta de un soberbio león bordado ó estampado en la magnífica alfombra.

—Siéntese usted, señor cura—le dijo la marquesa—siéntese usted. Estará usted muy cansado del viaje.

—¡Oh! no, señora excelentísima, no me he cansado.

—¿Viene usted contento á Madrid?...

—Señora, donde Nuestro Señor disponga que le sirva, allí estoy contento...

—¿Ha traído usted familia?...

—¡Ay!—suspiró el cura—no señora, tengo

Digitized by Google

una hermana de madre, viuda de un militar, y una sobrina, hija de esa hermana, que no han querido acompañarme.

—¿Viven bien en Sevilla?

—Señora, tiene mi hermana escasísima pensión, y algo trabajan ella y su hija.

—De usted nos ha hablado con mucho elogio el joven don Narciso...

—Es muy indulgente conmigo su amistad.

—¿No ha estado usted en Cataluña?...

—No, señora.

—¡Ah! le gustaría á usted mucho, más que Madrid, más que Andalucía, más que todo. Ocasión habrá de que venga usted conmigo á Tarragona.

El cura calló. No sabía qué decir. Aquella señora, alta, gruesa, guapa, de voz dura, le imponía. Le parecía una reina; le recordaba una actriz que vió, por supuesto antes de ser sacerdote, representar en el teatro de Utrera el papel de Isabel la Católica en el drama de este nombre.

A tan embarazosa situación puso término un gigante que desde la puerta anunció á Su Excelencia que el almuerzo estaba servido.

—Vamos—dijo la marquesa, y ella y Aurora se levantaron y la primera dijo al cura:

Digitized by Google

—Venga usted y almorzará con nosotros.

—¡Señora excelentísima!.... —murmuró don Serafín; pero ya la marquesa y su hija salían del gabinete por una puerta pequeña que se abría sobre hermosa galería llena de cuadros, adornada de monumentales antiguas consolas doradas y magníficos espejos, y sobre pedestales de mármol alzábanse bizarras armaduras de grande antigüedad y singular mérito, con relucientes cascos, calada la visera, que á don Serafín le recordaron aquellos guerreros de la incomparable Semana Santa de la capital andaluza.

Hubiera preferido quedarse sin almorzar, aunque ya hacía muchas horas que su estómago no recibía alimento, porque el buen hombre no sabía, en puridad, cómo se comía delante de personas tan principales, y entendía que estando él habituado únicamente á las sopas de ajo, las patatas guisadas, con su pimentón y todo, y por extraordinario, el bacalao frito, había de verse en gran apuro para comer con la pulcritud, elegancia y distinción propias de una casa como la de los marqueses, los manjares delicados y hasta exóticos que seguramente se le servirían.

Siguió, bajó esta nueva obsesión, á las se-

Digitized by Google

ñoras y entró en el comedor, preciosa habitación vestida de roble, techo, suelo y paredes, en las que vió estupefacto cabezas de venados, de toros y alguna de jabalí que por un efecto de óptica le pareció que se movían inclinándose para saludarle. Los armarios, repletos de artísticas vajillas, de primorosa cristalería, de plata maciza, los grandes aparadores, la soberbia mesa central, los sillones en cuyos respaldos se ostentaban diestramente esculpidos los blasones de los dueños, todo lo que había en su derredor contribuía grandemente á extremar la turbación del pobrísimo sacerdote, produciéndole un verdadero malestar. En una cárcel, inocente en medio de criminales, en un hospital de apestados, en una cueva habitada por fieras, no habría acaso perdido la serenidad, no habría temblado como temblaba en el suntuoso palacio de los marqueses.

Allí estaban el marqués, alto, tieso, rígido, severo, y el bello Narciso, también invitado al almuerzo. Don Serafín hizo una profunda reverencia al marqués, una reverencia de tal guisa que no parecía sino que la había aprendido de ver interpretar al famoso bajo cantante Selva el don Basilio del *Barbero de Se-*

Digitized by Google

villa. Honróle el marqués con una sonrisa, y éste, su señora y su hija sentáronse á la mesa, invitando el primero al cura á ocupar su derecha. La presencia de Narciso había calmado un poco la agitación del pobre hombre, que se veía en tan tremendo trance, y obedeciendo á la indicación del marqués se dirigió á sentarse llevando el sombrero en la mano, porque no sabía dónde ponerle, y el manteo sobre los hombros; pero á una señal del dueño de la casa un criado que estaba inmóvil cuadrado como un recluta detrás de la blasonada silla donde iba á sentarse el cura, le cogió de la mano el sombrero y le quitó de los hombros el manteo, antes de que pudiera evitarlo.

En medio de sus emociones, sorpresas y sobresaltos había olvidado el cura el estado lastimoso de la sotana. Lo recordó al sentir que el criado se la dejaba al descubierto, y como si le hubieran dado un golpe en la cabeza, dobló las rodillas y cayó sentado en el sillón, cuyo respaldo era bastante alto y le cubría completamente los desperfectos más visibles de la sotana. Pero otra vez tuvo que levantarse defiriendo al deseo de los marqueses que se habían puesto en pie esperando la

Digitized by Google

bendición del ministro del Señor. Comió poco, comió apenas el bueno del cura, y por suerte nadie le excitó á comer más, y Narciso que vió su turbación acudió en su auxilio, hablando de cosas de Sevilla, de la enfermedad tan grave que sufrió don Serafín, y de la viuda de Vélez de quien hizo los mayores encomios con lo que logró conmover al excelente hombre tan amante de su hermana.

Años de su vida hubiera dado porque pudiera oir la viuda de Vélez al pretendiente de Angustias. Oyéndole, habría cedido en sus prevenciones confesando el error y la injusticia en que había incurrido, y seguramente hubiérale parecido que su hija no se exponía á peligro alguno casándose con un joven que tan prudente, discreto y juicioso se mostraba. Tal era el candor del padre Serafín; no podía ni remotamente sospechar que el lindo Narciso se había propuesto y empezado á realizar un plan que imaginaba había de producir el resultado de traer á sus brazos la incomparable hermosura de la hija de la viuda.

Terminado el almuerzo, continuó todavía buen espacio la conversación. El cura, más sereno, habló con ternura de su hermana,

Digitized by Google

agradeciendo los elogios que de ella hacía Narciso, ponderó su cariño á Sevilla, y su gratitud á los marqueses, y se mostró tan humilde, tan modesto, tan sencillo, tan profundamente cristiano y bueno que el marqués le miró con verdadera simpatía, y la pobre Aurora fijó un momento en él sus ojos con una indefinible expresión de angustia y de esperanza.

La marquesa se interesó menos en la conversación; no le pareció mal, ciertamente, el nuevo capellán, pero toda su atención la monopolizaba el apuesto Narciso... La marquesa no miraba ni oía á nadie más que al andaluz. Imaginaba que los demás no lo advertían pero se equivocaba, porque Aurora leía con espanto en el pensamiento y en los ojos de su madre con la misma facilidad que en un libro abierto.

Y pensaba:

—¡Está loca!

Digitized by Google

XIII

Un mes llevaba en Madrid el excelente don Serafín, y ya era otro, mejor dicho parecía otro, parecía, á pesar suyo, un cura bien acomodado, porque él de buenísima gana habría seguido con la misma apariencia de clérigo miserable á que tan habituado estaba, pero no era tan terco y vanidoso que no transigiese con las conveniencias sociales. Observóle el marqués, apoyado por Narciso, que no estaba bien presentarse ataviado con el remendado balandrán que le servía de sotana y el deslucido manteo y el sombrero, entre raído y mugriento, y hubo de rendirse á la sensatez del consejo, cambiando aquellas prendas beneméritas por una sotana y un manteo de finísimo paño, un alzacuello de preciosa seda, un sombrero de última moda eclesiástica, elegante, cortito, de una forma muy distinta de

Digitized by Google

la de larga tubería que le daba semejanza con el ya citado *don Basilio*. Es decir, que el marqués le vistió de arriba abajo, por dentro y por fuera, de clérigo y de seglar, mostrándose como siempre espléndido y fastuoso, y él no halló manera de sustraerse á esta prueba de afecto que le daba persona á quien tanto debía, desde que obtuvo el beneficio de la misa diaria en San Lorenzo, en Sevilla.

Probábale Madrid á maravilla, y había recobrado el buen color y el aspecto de salud que perdió en la capital andaluza por efecto principalmente de la escasa y poco nutritiva alimentación. De suerte que el Padre Serafín era lo que se llama un cura guapo, y casi no le habrían conocido su hermana y su sobrina viéndole con su nuevo traje, y observando que ya había perdido el aire de ensimismamiento, y cambiado la actitud reservada, torpe y encogida por noble y digna apostura y superior distinción.... Y era que el bueno de don Serafín siempre fué un buen mozo, pero en el medio en que había vivido, en aquella pobreza que extremaba repartiendo lo poquísimo suyo entre los que consideraba más pobres, con aquellos hábitos tan traídos,

Digitized by Google

sucios, remendados por unas partes y por otras rotos, con el crónico descuido y abandono de sí propio, no era posible lucir la gentil gallardía del cuerpo ni siquiera la corrección de los rasgos de la fisonomía, ni sus ojos tenían la animación, la vida que tuvieron después de un mes en casa de los marqueses, ni sus mejillas pálidas y flojas podían ostentar el buen color y la tersura de una cara propia de persona bien mantenida.

La transformación material había sido completa. En lo moral, el padre Serafín era el mismo de siempre. Humilde, dulce, generoso, caritativo, y esta cualidad pronto se la habían descubierto los infinitos seres que en Madrid viven de la mendicidad, en todo país civilizado perseguida como un vicio, y en este hermosísimo nuestro tolerada como hay que tolerar una plaga que no se puede ó no se sabe destruir. A la puerta esperábanle ya en gran número cojos, ciegos, tullidos, leprosos, y cuando aparecía levantabase un clamoreo de todo punto desagradable en demanda de socorro. Él repartía lo suyo, y hubo necesidad de que el marqués pidiera protección á la autoridad para el cura y para su casa, porque fué de tal suerte creciendo el número de

Digitized by Google

pobres, que era materialmente imposible socorrerlos á todos y salir vivo de entre sus manos, si los pobres se amotinaban contra el cura, que nuestros mendigos son así, y los no socorridos se considerarían engañados, burlados y defraudados en sus intereses.

Un día don Serafín, pasando por una calle, vió una vieja epiléptica que en medio de un corro se retorcía en violenta convulsión con gran peligro de romperse el cráneo sobre las piedras; abrióse paso, se arrodilló junto á la enferma, le cogió la cabeza, la sostuvo, y cuando le pasó el acceso, el cura llamó á un cochero, metió á la mujer en el coche, y él entró también y la acompañó á su domicilio, allá en un barrio bajo.

Otro día pasaba por una plazuela y llamó su atención otro corro y en medio dos hombres que reñían, el uno desarmado pero agilísimo de manos y de piernas, y el otro amenazando á aquél con una navaja; súbitamente el que amenazaba con el arma innoble se sintió abrazado por el cura, y este ejemplo de valor, de abnegación, de caridad, estimuló á los hombres que presenciaban la desigual lucha á arrojarse sobre el que, sin la interven-

Digitized by Google

ción del sacerdote, habría cometido un homicidio, sujetándole fuertemente y logrando arrancarle la navaja.

Llegaron tarde los dependientes de la autoridad, y el bueno de don Serafín se vió precisado á declarar su nombre y su domicilio. Los periódicos refirieron el suceso, y así comenzó la notoriedad del capellán de los marqueses de la Filigrana.

No había olvidado á su hermana. El mismo día que llegó á Madrid le escribió una cariñosa carta á la que contestó brevemente la viuda de Vélez, y ocho días después volvió á escribir á ésta, y le refirió con gran lujo de pormenores sus impresiones en la nueva situación que Dios le había deparado, y no pudo contenerse, le habló de Narciso y le habló de Angustias. Narciso merecía, á su juicio, el amor de Angustias. Era un hombre noble y digno, y en Madrid le encontraba mucho más juicioso, prudente y discreto que en Sevilla; ella le había juzgado mal, lo que no tenía nada de particular, porque él mismo en Sevilla dudó que fuera Narciso tan honrado como debía ser para merecer el amor de la incomparable Angustias, pero ya no dudaba. Había hablado largamente con él, y

Digitized by Google

ni una queja le había oído por la oposición de la madre á sus amores con la hija; por el contrario, Narciso había hecho cumplida justicia á los sentimientos y á los temores maternales y á las nobilísimas prendas de la viuda, haciendo el más entusiasta elogio de sus virtudes en presencia de los marqueses de la Filigrana, que dispensaban la mas decidida y franca protección á Narciso. «Tú pensarás, hermana mía, lo que te dicte tu razón y harás lo que creas más acertado, pero mi conciencia de hombre de verdad y rectitud me obliga á decirte que para la felicidad de tu hija nunca se habrá presentado ni podrá presentarse en lo sucesivo ocasión más propicia, y que es una gran responsabilidad para ti impedir que tu hija sea venturosa. Medita, hermana, lo que te digo y Dios te ilumine. Los marqueses desean conocerte, y te ofrecen las habitaciones en que yo me hallo instalado, y que me sobran, porque, para mí solo, bien poco espacio necesito. ¡Qué ventura para mí si te resolvieras a venir á mi lado!»—Así concluía la carta el buen hombre, persuadido de que Narciso era el prototipo de la perfección en lo moral como en lo físico, y creyendo candoroso que la recelosa madre,

Digitized by Google

avara del bien para su hija, acabaría por participar de su optimismo.

Recibió la viuda de Vélez la carta, y en la cara le conoció Angustias que la había recibido. Las dos mujeres, con el ansia de adivinarse los pensamientos habían adquirido esta singularísima facultad, y no podían engañarse.

—Madre mía—dijo Angustias, humilde como siempre;—¿ha escrito el tío Serafín?...

La viuda la miró y dudó un momento.

—Sí—contestó al fin con decisión—ha escrito, y si quieres leer lo que escribe, toma la carta.

Y la sacó del pecho.

—Yo—observó Angustias—sólo deseo saber si tiene buena salud.

—Sí, está bueno, pero lee la carta, leéla, que después hemos de hablar.

Angustias obedeció; leyó la carta haciendo un doloroso esfuerzo para que no se reflejase en su semblante la emoción que sentía, y después, tranquila, con la cabeza alta, la mirada serena y la mano firme aunque en su pecho se agitaba con violencia el corazón, devolvió el papel á su madre, diciendo:

—Ya la he leído.

Digitized by Google

—¿Y qué dices?

—Nada.

—¿Nada?...

—Nada—repitió Angustias.

—Pues es preciso, hija mía—repuso la madre—que tú misma decidas de tu suerte. Mi hermano, en esa carta que acabas de leer, me habla de la gran responsabilidad en que incurro impidiendo que seas venturosa. Es una advertencia y una amenaza. Cedo, pues, y no te impido ser feliz... ó ser desgraciada. Tú elige entre tu madre y el hombre á quien amas.

—¡Madre mía!

—Esta situación en que nos hallamos no puede prolongarse más. Me acusa mi hermano de ser obstáculo á tu felicidad y yo no podría vivir bajo el peso de esa acusación que me dirige un santo, porque mi hermano lo es, si puede haber santos en la tierra. ¿Quieres ir á Madrid? No me opongo. ¿Quieres casarte con ese hombre á quien amas? Sea lo que tú quieras, ya cedo, ya me rindo, ya no me niego al sacrificio de entregar mi único bien en el mundo... y quedarme sola con mis amarguras.

—¡Madre!—exclamó Angustias, viendo el

Digitized by Google

llanto en los ojos de la viuda, abrazándola estrechamente.

Y madre é hija estuvieron abrazadas unos momentos, confundiendo las lágrimas y los suspiros.

—Madre—repitió Angustias—usted no puede dominar su temor de que yo me case, porque cree que voy á ser desgraciada, y es indudable que tendrá usted muy poderosas y grandes razones para creerlo. Yo he pensado mucho en esto, y no alcanzo cuáles pueden ser esas razones... ¿Quiere usted decírmelas?... Convénzame usted, persuádame de que hay un gran peligro para mí en el matrimonio, ayúdeme usted con su experiencia y su consejo á iluminar esta obscuridad de mi entendimiento, arranque usted de una vez esta venda que cubre mis ojos, y acaso así dará usted paz á mi espíritu, calma á mi corazón...

—¡Oh! si pudiera...

—¿Y no puede usted?... ¿Por qué no puede usted decirme la verdad?... Porque ya sé yo que todo lo que usted me diga es la verdad...

—La verdad, hija mía, te produciría un dolor profundo, eterno, un cruelísimo desengaño...

Digitized by Google

—No importa. ¿Qué mayor dolor que el que padezco ahora?... Madre, no me deje usted en esta incertidumbre. Dígamelo usted todo, todo...

—Hija mía—dijo la viuda—hay mujeres que se casan y son venturosas, muy venturosas, porque es indudable que la mayor suma de felicidad que puede disfrutarse en este mundo, en la santidad del matrimonio es donde se encuentra; mas, para otras menos afortunadas, el matrimonio es un infierno de tormentos que no pueden imaginarse, que superan á cuantos pudiera inventar la crueldad más implacable, tormentos que sólo quien los ha sufrido puede comprenderlos y puede definirlos.

—¡Ah! ¡madre, usted, usted los ha sufrido!...—exclamó Angustias, cogiendo las manos de la viuda y besándolas, arrodillada ante la infeliz mujer, que, levantando los ojos al cielo, parecía en aquel momento una imagen de la Dolorosa.

—No he dicho eso.

—Sí, porque sólo quien ha sufrido esos tormentos puede comprenderlos y puede definirlos, usted lo ha dicho.

—Hija mía, de los amantísimos brazos de

Digitized by Google

sus padres pasa la mujer que ha de ser desventurada á los del hombre á quien ama y que le ha prometido un oasis de misteriosas incomparables felicidades. La ternura de los autores de su existencia, el dulcísimo sosiego, la holgura y los encantos del hogar paterno, todos los goces de hija de familia honrada, todas las delicadezas y cuidados exquisitos que la han rodeado desde niña, todo lo abandona en un momento para unir su suerte á la del hombre que su corazón ha elegido, y que, cuando le ha elegido entre todos, es, sin duda, porque le considera el mejor, el más digno de todos. Ha visto el ejemplo de la felicidad de sus padres, cree que á ella le está reservada igual felicidad, y entra confiada, sonriéndole la esperanza, en la nueva vida, orgullosa de su elección y segura de su porvenir... ¡Todo ilusión! El hombre amado como un sér superior es un miserable sér vulgar. Aquella delicadeza de sentimientos, aquella cultura y discreción, aquella ingeniosa galantería, aquel amor tierno, puro, inmenso, ¡todo es mentira!... El hombre, en posesión ya de su víctima, aparece tal cual es, grosero, brutal, cruel. El amor tierno y puro que mentía es innoble y asqueroso

Digitized by Google

apetito carnal; la ingeniosa galantería se trueca en burla grotesca y lenguaje desvergonzado; la cultura y la discreción son una apariencia que conserva para vivir en sociedad, pero de la que se despoja ante su mujer con el mismo desembarazo con que se queda en mangas de camisa... La delicadeza de sentimientos era una máscara; no los tiene.

—¡Qué horrible pintura, madre!

—No tan horrible como la realidad. Sació su pasión el hombre, que ya no disimula vicios que la infeliz mujer no podía imaginar cuando le veía á su lado sumiso, amante, delicado y respetuoso. La esposa, educada en los principios religiosos, en el seno de una familia toda amor y dulzura, experimenta una sorpresa dolorosísima, y se ve hundida en un abismo de cieno, á merced de un hombre que no es el compañero amante, el amigo prudente, el protector decidido, el guía valeroso y abnegado que ella soñaba, sino el marido brutal, el amo déspota, el tirano cruel que la ofende, la humilla y la maltrata. Si la mujer tiene fe, si Dios le conserva este bien, quiere emprender la conquista del esposo á quien está indisolublemente unida, pero es vano empeño. Si el hombre es malo, si no

Digitized by Google

tiene corazón, si vive esclavo de sus vicios, nada consigue la mujer con todos sus esfuerzos, con toda su abnegación, con todos sus sacrificios; y ó ha de rebelarse y huir del monstruo, si halla modo, ó ha de resignarse á sufrir hasta que no pueda más y caiga muerta. Si se rebela, y no huye rompiendo violentamente el duro lazo, se produce entre los dos una situación imposible; el amo se irrita, se revuelve airado, se enfurece y golpea á la víctima si no la aplasta de una vez. La mujer halla amparo, eso sí, puede acudir á los tribunales, pero acaso allí, ella, la ofendida, la que tiene toda la razón, acaso se ve acusada por el ofensor, que dirá de ella... ¿quién sabe?... dirá hasta que no es mujer honrada, y la que llegó al tribunal confiada en la justicia de su causa tendrá que salir cubriéndose el rostro avergonzada, bajo el peso de una acusación infame, y en medio de las burlonas sonrisas de la gente curialesca.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuró Angustias.

—Tú has querido que te lo diga todo.

—Sí, madre mía, todo.

—En medio de sus amarguras, de sus su-

Digitized by Google

frimientos, aun la mujer casada tiene una suprema esperanza... Siente que algo palpita dentro de su sér, y parece como que desde el fondo de sus entrañas se eleva hasta su corazón hecho pedazos, una vocecita tierna, débil, misteriosa, que le dice: «¡Madre, valor, ten valor por mí, sufre por mí!» Y esta vibración que produce en su corazón el sér misterioso que se mueve en sus entrañas, da á la esposa una fortaleza incontrastable para el sufrimiento, y de tal suerte influye en ella, que acaso mira ya al autor de sus penas y de sus dolores con bondadosa indulgencia, propicia á perdonarle la iniquidad, la injusticia, la crueldad con que la ha tratado. Todavía espera que el sentimiento de la paternidad ha de ablandar la fría dureza del marido, y hombres crueles hay que, en efecto, ceden á ese dulcísimo sentimiento, y por amor al hijo tienen conmiseración de la madre. Pero, ¡desventurada madre si esta última esperanza se trueca en el más triste y amargo de los desengaños, si envilecido el hombre en los vicios, encenagado en funestas amistades y vergonzosos lazos, se muestra indiferente á todo lo bueno y lo honrado... entonces, ya no hay en lo humano remedio para

Digitized by Google

la mujer, ni consuelo para la madre! Acaso nace el hijo sin que su padre le reciba en los brazos, acaso no tiene la madre pobres vestiduras con qué abrigar al recién nacido, acaso la que aportó cuantiosa fortuna al matrimonio, y confió la conservación y aumento de su caudal al esposo indigno, se ve para alimentar al sér desprendido de sus entrañas en la terrible alternativa de prostituirse vendiendo su cuerpo á vil precio, ó de mendigar una limosna en las sombras de la noche, sola, abandonada de todo el mundo, y obligada imperiosamente á vivir, á defender su angustiosa vida para cumplir el deber de madre, para conservar la frágil existencia del angel que con los escuálidos bracitos se agarra á su cuello con la poderosa fuerza de la inocencia...

La viuda de Vélez no podía más, los sollozos la ahogaban y le impedían hablar... Angustias hizo lo que hacía cuando era tierna niña inocente, rodeó con sus brazos el cuello de la madre, y largo espacio la tuvo en ellos dulcemente aprisionada.

Y luego con acento de amor infinito, de profunda gratitud, dijo á la viuda:

—Madre, madre de mi alma, usted, usted

Digitized by Google

es quien ha sufrido ese horrible martirio, usted quien ha sido tan desventurada esposa y tan buena madre. ¡Oh! después de oir esta tremenda revelación, yo también, madre, yo también tengo, como usted, *miedo al hombre*.

Digitized by Google

XIV

No había sido llamado todavía el egregio marqués de la Filigrana á las Academias sabias, es decir, que no se había hecho justicia á sus vastos conocimientos en historia griega; pero lo que es sabio, ilustre, distinguido, espléndido, eminente prócer, se lo llamaban los periodistas en letras de molde y en las columnas de todos los papeles públicos de la corte. Porque el marqués había dado en rumboso y celebraba en su palacio fiestas brillantísimas á las que invitaba á la sociedad de buen tono, á todo lo más notable de Madrid, á las aristocracias de la sangre, el dinero y el talento, y el Madrid vulgarote é insignificante que no asistía á estas grandes fiestas, se deleitaba luego, leyendo en los periódicos la descripción de las maravillas existentes en el palacio de los marqueses, la

Digitized by Google

pintoresca narración de lo visto, lo bailado, lo tocado, lo cantado, lo comido y lo bebido en la *soirée,* y en fin, la lista de los concurrentes, con hiperbólicos encomios de la hermosura y del atavío de las principales damas.

La dueña de la casa, la marquesa, era, al decir de los cronistas, el tipo de la gran señora, soberanamente bella, arrogante, prodigio de talento y discreción, de austera virtud, de suprema distinción... Así debían ser, á juicio de uno de los cronistas más ilustrados, las castellanas de la Edad media. No agradó mucho á la marquesa que se la igualase á las *castellanas* de ninguna edad, porque ella consideraba raza inferior á las gentes de tierra de Castilla, pero cuando se le explicó por Narciso que no había en esto agravio para su decoro, puesto que las *castellanas* de la Edad media lo mismo podían ser castellanas que aragonesas, catalanas que gallegas, quedó persuadida la buena señora de que el cronista no había incurrido en falta, y le volvió á su gracia. A la pobre Aurora no podían llamarla hermosa los periodistas porque hubiera parecido una burla, pero la llamaban *simpática,* y así salían del paso.

Digitized by Google

¿Quién había metido en estos trotes al marqués? Su mujer y Narciso. Diplomático, senador, grande de España, sabio, opulento, no podía menos de ocupar en la alta sociedad el lugar más preminente, y para esto era conveniente y preciso que hiciera fijar en él la atención pública, y ninguna manera mejor que abrir su casa, y hacer gallardo alarde con esplendidez regia de sus grandes riquezas, de su buen gusto, medio infalible de que parecieran mas relevantes sus cualidades personales.

La gran escalera de honor convertida en artístico jardín, largas filas de lacayos vestidos de oro y azul, todas las habitaciones abiertas, la orquesta del teatro Real, las anchas mesas cubiertas de manjares exquisitos, los tabacos habanos á millares, los ricos vinos, los prodigios de la *patisserie*, la inmensa vajilla blasonada, la cristalería de finísima muselina, torrentes de luz por todas partes, grutas y cascadas artificiales, estancias copiadas de la Alhambra, de Atenas y de Tarragona... toda esta magnificencia deslumbraba á Madrid entero, y daba al marqués de la Filigrana una importancia que no habría adquirido nunca de otra suerte. A sus

Digitized by Google

reuniones asistían los ministros de la Corona, senadores, diputados, banqueros, y algún que otro poeta *comm' il faut*, de esos bien vestidos que se dedican á decir en verso lisonjas y tonterías á las damas, y que llenan de ripios y alambicados conceptos todo álbum que cae en sus manos; que en cuanto se muere una duquesa parece que se vuelven locos á juzgar por los dislates que escriben en honor de la difunta, y en cuanto pare una baronesa le disparan, sin consideración á su estado, una tirada de versos con que por milagro de Dios no matan á la madre y á la criatura, y cuando se va á casar la hija de un duque con el primogénito de un conde, sueltan á los novios tal aluvión de endecasílabos sin medir, quintillas y seguidillas alevosas, que no sé cómo no quitan las ganas de casarse á toda persona visible para no verse en semejantes trabajos.

Allí se *hacía política*, así como se hacen buñuelos, se *hacía* música, se hacían comedias y cuadros vivos, se hacía el amor, por lo fino y por lo basto, se hacían reputaciones, se hacían negocios, se hacían bodas, se hacían amistades, se hacía el oso y el paso, y, en fin, se hacían comentarios curiosísimos acerca de

Digitized by Google

la intimidad del apuesto Narciso Galán con los marqueses de la Filigrana.

Narciso, sin ser nada, porque de abogado no tenía más que el título, era ya un personaje relacionado con lo mejor de Madrid, y á quien sólo faltaba un acta de diputado por cualquier parte; lo mismo le daba representar á gallegos que á catalanes, á castellanos que á aragoneses. Igual interés le inspiraban los de una que los de otra región de España. Tenía dinero; había comprendido el teje maneje de la Bolsa, y hacía sus negocios con rapidez y limpieza, trasladando á su bolsillo lo de los demás con singular maestría y corrección.

Vivía en casa de su antigua amiga Tomasa, que había vuelto á prendarse de él, siendo en esta nueva etapa más viva y ardiente la pasión de la ardiente andaluza. Como llegaría pronto á la edad en que la mujer ha de renunciar á las expansiones amorosas, y poner el afecto en un gato gracioso ó una perrita coquetilla é inteligente, quería apurar los últimos encantos de la pasión, y darse, lo diremos vulgarmente, un hartazgo de amor. Narciso tenía en casa de Tomasa su gabinete, cada vez más cuidado y engalanado por la

Digitized by Google

rumbosa patrona, pero comía siempre fuera, correspondiendo á las invitaciones con que le honraban distinguidas personas. Tomasa le había entregado su dinero, sus ahorros, para que los interesara en sus operaciones bursátiles, y empezaba á aflojar un poco en el cuidado de la casa, preocupada en pensar en Narciso que, sin duda, imaginaba ella, debía tener otros amores, y cualquier día sería capaz de abandonarla. La madre de Tomasa había muerto, con lo que ésta perdió una celosa y vigilante defensora de sus intereses industriales, un testigo constante de cuanto hacían las criadas, que no soltaba las llaves de la despensa y los armarios donde se guardaba la plata y la vajilla, y que daba cierto carácter de respetabilidad y distinción con sus setenta años y su aspecto de señora decente á la casa de su hija. Todos aquellos detalles de economía y orden doméstico en que tenía fija su atención la anciana, los desconocía Tomasa, y las criadas se holgaron mucho de quedar en libertad de gastar más de lo preciso y disponer á su antojo de cuanto había, sin la enojosa intervención que antes las contrariaba en gran manera, porque impedía las filtraciones, sisas y despilfarros

Digitized by Google

que podían proporcionarles un considerable aumento de haber. Tomasa, pues, sin advertirlo, había entrado en el camino de la ruina.

Tuvo el capricho de ver una noche el gran salón de baile de los marqueses de la Filigrana, á quienes, como sabe el lector, hospedó en su casa, mientras se restauraba y decoraba el palacio, y que, por cierto, habían quedado muy contentos de su excelente patrona. Y realizó el capricho. Fué á visitar á Aurora que siempre la recibía con agrado, porque le era muy simpática la andaluza, y le expuso su deseo.

—Nada más fácil—le dijo Aurora.—Viene usted mañana á las once de la noche; mi doncella la recibirá y la acompañará á una habitación, donde rara vez entran nuestros convidados, y desde la puerta, por entre los cortinajes, podrá usted verlo todo. El salón presenta bello y suntuoso aspecto, y verá usted mujeres muy hermosas y admirablemente vestidas con un lujo deslumbrador.

—Muchas gracias, señorita. Me gustará mucho ver fiesta tan hermosa.

—A mí me hastía—dijo Aurora gravemente.

Digitized by Google

—¿Es posible?

—Sí, Tomasa, me hastía.

—Pues usted, la hija de la casa, por todos será festejada y agasajada.

—En efecto, las mujeres que mañana verá usted aquí, todas vienen á acariciarme con las manifestaciones más expresivas de afecto para enseñarme su espléndida hermosura, sus hombros desnudos, sus ojos encantadores, sus incomparables hechizos. Las pobres quieren que las envidie, que yo reconozca que soy fea... Y los hombres... ¡oh! de los hombres oigo más galanterías que ellas, siendo ellas hermosas y yo fea.

—¡Qué empeño! ¡no es usted fea, señorita!

—Si no hubiera espejos, creería lo que usted me dice, buena Tomasa. Pero crea usted que fea y todo tengo muchos pretendientes. Diré á usted algunos que me han declarado su atrevido pensamiento. El viudo de la pobre vizcondesita de la Chispa...

—¡Ah! sí, le conozco, le tuve en casa dos semanas antes de casarse... Es un buen mozo, demasiado grueso; la vizcondesa tenía un caudal enorme...

—Sí, pero como ha muerto sin sucesión, y el padre es un avaro empedernido, el pobre

Digitized by Google

viudo se ha quedado con el hábito adquirido del lujo y de la ostentación y sin una peseta... Vea usted por lo que se ha enamorado de mí y he tenido la satisfacción de darle calabazas...

—¡Bien hecho!

—Otro hay loco por mí. Este no es viudo ni buen mozo como el de la pobre vizcondesa. Es hombre maduro, bastante maduro, solterón, conde de nueva creación, bolsista, empresario que ha sido de teatros, que en la Bolsa y en manos de cantantes de opereta, bailarinas y figurantas, se ha dejado el dinero propio y el ajeno... Sin duda querrá volver á sus jugadas y á sus empresas, y creía encontrar en mí una útil colaboradora; yo pondría el capital y él su práctica y experiencia en esos asuntos. También le he dado calabazas.

Tomasa se reía, oyendo con deleite á la discreta Aurora.

—También un teniente de caballería, más feo que yo, hijo póstumo de un general viejo casado con una generala joven, aspiraba á mi mano.

—¡Calabazas también!...

—En fin, Tomasa, no puedo quejarme de

Digitized by Google

no tener pretendientes. Cada noche de *soirée* oigo dos ó tres declaraciones, en tanto que á otras muchachas de peregrina hermosura nadie les dice nada...

—Señorita, ¿piensa usted no casarse nunca?

—Nunca.

—¡Jesús! el mejor día entra el amor en ese corazón, y entonces...

—Entonces será como ahora, no me casaré.

—¿Y cuánto no sufriría usted amando á un hombre y viéndole unido á otra?...

—No tanto como sufriría unida á un hombre amado que no me amase. Créalo usted, Tomasa, lo mejor es lo que yo he pensado, no casarme nunca. Tengo miedo al hombre.

—Si sus padres mueren, Dios no lo permita, ¿qué haría usted!...

—Que Dios me conserve largos años á mis padres, pero si me privara de ellos, no estaría sola. Tengo hermanos.

—¿Hermanos? No lo sabía.

—Los pobres son mis hermanos, y á ellos dedicaría toda mi actividad y todo mi tiempo, y aseguro á usted que no estaría ociosa.

—Señorita, es usted un ángel.

—No tanto, no tanto. Soy sencillamente una mujer que se conoce. Adiós, Tomasa,

Digitized by Google

mucho me complace que venga usted á verme. Mañana no falte usted; á las once de la noche estarán ya en los salones casi todos nuestros convidados, todos engalanados con la apariencia de la felicidad... Verá usted maravillas que no habrá visto nunca. Mi madre estrenará un precioso vestido que en el *express* de hoy le ha traído de París el más famoso modisto en persona.

—Y usted, señorita, ¿qué traje lucirá mañana?

—Yo luciré, como usted dice, mi vestido obscuro cerrado hasta el cuello.

—¿Cerrado?... ¡Ave María! Estará usted sofocada...

—Más sofocada estaría enseñando los huesos, Tomasa—respondió sonriendo Aurora. —Basta con que enseñe la cara.

A las once de la noche del día siguiente ya estaba Tomasa en el palacio de los marqueses. La doncella de Aurora, prevenida por ésta, la esperaba y la condujo á una habitación inmediata al salón central. Era una pieza cuadrada escasamente alumbrada por preciosísima lámpara japonesa auténtica, que pendía muy alta del elevado techo. Las paredes estaban vestidas de tafilete obscuro, lo mismo

Digitized by Google

que los divanes y los sillones. En medio había un magnífico velador antiguo con hermosísima piedra de mármol negro de Macael. Esta habitación tenía otras dos puertas pequeñas, una por la que había entrado Tomasa, después de recorrer un largo y estrecho corredor, y otra disimulada en el muro por la que se iba á las habitaciones particulares de la marquesa.

La doncella colocó á Tomasa entre los dobles cortinajes que cubrían la puerta por uno y otro lado, los del salón de riquísimo damasco amarillo y los de la habitación obscura de terciopelo del mismo color que las paredes. Allí le puso una silla, entre una y otra cortina, y le dijo:

—Cuando quiera usted salir, por la misma puerta por donde hemos entrado. Siguiendo el pasillo adelante, me encontrará usted.

Desde allí Tomasa miró y vió lo que realmente no había visto ni soñado. Aquellas paredes cubiertas de damasco, aquellos espejos enormes, en que se copiaban las gallardas figuras de tantas hermosas, las mil luces de las soberbias arañas, el deslumbrador reflejo de los brillantes con que se engalanaban las grandes señoras, todo esto que parecía fan-

Digitized by Google

tástico sueño de encantos superiores á los descritos en las *Mil y una noches*, desvanecía á la buena Tomasa, y pasaron quince minutos antes de que pudiera darse cuenta de lo que veía; como quien no puede resistir los rayos solares, así cerraba los ojos y sentía fuego en el cerebro y le zumbaban los oídos... Poco á poco pasó la impresión de asombro y sorpresa que le había producido el magnífico espectáculo, y pudo fijarse en las personas que veía en el gran salón... La marquesa estaba verdaderamente deslumbradora. Llevaba encima valor de dos ó tres millones en joyas antiguas y modernas, y el traje que le había traído el modisto de París le daba un aire de deidad mitológica, dispuesta á salir á escena en *Varietés* ó el *Châtelet*. Ostentaba desnudos el pecho, los hombros, la espalda, los brazos, y la misma Tomasa, que allá en sus reuniones de confianza en Sevilla, abusó del escote, casi se escandalizó contemplando las apretadas carnes de la gran señora expuestas á las miradas lúbricas de los hombres que la rodeaban felicitándola por su exquisito gusto y celebrando su soberbia hermosura. La orquesta colocada en una terraza que daba sobre el jardín marcó los primeros compases

Digitized by Google

de una tanda de rigodones, y allí cerca de la puerta desde donde Tomasa presenciaba la fiesta colocáronse la marquesa y su caballero, que era el mismísimo Narciso. La dadivosa y espléndida patrona no tuvo ya ojos más que para mirar á su huésped de quien, como se ha dicho, estaba locamente prendada, y tenía la vana pretensión de que Narciso correspondiera á su pasión con la misma intensidad, que de esta suerte pierden las mujeres el juicio precisamente en la edad en que parece debieran tenerlo más firme y sereno... Vió Tomasa cómo la marquesa miraba á Narciso, observó cómo le abandonaba la mano cuando lo exigían los pasos del rigodón, y sintió en su corazón clavado profundamente el aguijón de los celos... ¡los celos de una jamona! y permítaseme lo vulgar de la expresión. En un momento vínose abajo el edificio de la ventura que Tomasa había levantado en su imaginación; súbitamente comprendió que nada debía esperar de su huésped más que el abandono y el desprecio. Ella había soñado hasta casarse con él, ó por lo menos tenerle sujeto por la cadena de la gratitud, por la fuerza de la costumbre; no sospechó que el hijo del comerciante de quincalla picaría tan alto que

Digitized by Google

había de introducirse con tanta presteza en la alta sociedad y emprender adúlteros amores nada menos que con una de las estrellas de primera magnitud del gran mundo. Porque para ella era indudable que se entendían Narciso y la marquesa, lo mismo que sospechaban casi todos los concurrentes á la fiesta, todos menos el marido que derecho, rígido, con la cabeza alta y la actitud de persona superior en todos conceptos, en un ángulo del salón, donde no se podía estorbar á los que bailaban, conversaba con el ministro de Estado y otros personajes de cuenta.

Acabó el rigodón, y los caballeros llevaron del brazo á las señoras, y Narciso y la marquesa dijéronse algunas palabras y luego se separaron. El rigodón habíanlo bailado señoras casadas, es decir, las señoras que habían contraído la obligación de ser formales, y llegaba la vez á las jóvenes, á las muchachas encantadoras para quienes el rigodón tiene menos atractivos que el rápido movimiento del wals. La orquesta dió comienzo á la introducción de una preciosa tanda del alemán Strauss.

La marquesa habíase entrado en otro salón y Narciso no bailaba. De pronto vióle Toma-

Digitized by Google

sa venir por entre las parejas que bailaban, evitando con singular destreza que le tropezaran, y dirigirse á la puerta donde ella estaba oculta. Llegó á la puerta, levantó el cortinaje y sin que Tomasa pudiera evitarlo tropezó con ella, que sólo había tenido tiempo de ponerse en pie. El choque fué tan violento que Tomasa retrocedió, la silla que tenía detrás cayó, y Narciso exclamó, sin conocer de pronto á su amante patrona:

—¡Ah! perdone usted...

Pero, conociendo á Tomasa, que le miraba con ira, le preguntó furioso, bajando la voz:

—¿Qué haces aquí?... ¡Vive Dios! ¿á qué has venido?...

—A ver esto, y he visto más de lo que imaginaba ver—contestó la andaluza con un dejo de amargura que revelaba el despecho de la pobre mujer.

—Pues véte, véte pronto—le mandó imperiosamente el huésped.

—Pareces el amo de esta casa.

—Véte, ¡voto al demonio! y no repliques.

—¿A quién vienes á buscar aquí?

—A ti no. ¡Véte!

Y la agarró brutalmente del brazo para lle-

Digitized by Google

varla á la puerta por donde se salía al corredor.

—¡Suelta, que me lastimas!...

—¡Véte!

Y la arrastraba hacia la puerta.

Y habría llegado en su violencia al mayor exceso, si en aquel punto no se hubiese abierto la puertecilla disimulada en el muro y aparecido la marquesa de la Filigrana en persona, que, sin pasar de la puerta, dijo bajito, pero no tan bajito que no lo oyera Tomasa:

—¡Narciso!...

—¡Bruto!—exclamó Tomasa, haciendo un violento esfuerzo, desprendiéndose de la mano de su huésped, que la sujetaba y abrasaba como una tenaza, y abriendo la puerta del corredor.

La gran señora oyó la exclamación de la patrona, dió un paso atrás y cerró la puertecilla. . . . . .

También Narciso cerró al salir Tomasa la del corredor, y fué luego á la de las habitaciones de la marquesa. Ésta había cerrado por dentro.

Un momento después, Narciso, sonriente, volvía á presentarse en el salón, y con la apa-

Digitized by Google

riencia más tranquila se acercaba al grupo en que departían el marqués y otros altos personajes de la corte.

Tampoco la marquesa tardó en aparecer, arrogante, soberbia, algo más encendido el rostro, pero serena, y disimulando la sorpreso y la emoción de aquel incidente que no había comprendido.

Había visto en la penumbra á Narciso forcejeando con una mujer, pero no distinguió á ésta ni podía explicarse lo sucedido. Su hija no le dijo que había autorizado á Tomasa para que desde aquella habitación viera el salón de baile. Sólo así, ignorando ella que habría una persona extraña en la habitación donde pensaba reunirse con Narciso, pudo concertar con éste una secreta entrevista, en tanto que el marqués hablaba con los ministros y Aurora estaba entretenida recibiendo contrariada los mentidos halagos de las mujeres y oyendo las galanterías de los hombres, que admiraban en ella la heredera única de una gran fortuna, poderoso excitante de la codicia. La fea, en cuanto podía, procuraba sustraerse á la abrumadora avalancha de hipócritas caricias, enojosos elogios y lisonjas importunas, y precisamente cuando

Digitized by Google

Narciso entraba en la habitación donde encontró á Tomasa, Aurora salía por la puerta grande del salón, y atravesaba salas y galerías para ir á dar la vuelta por el corredor por donde había entrado la patrona. Quería ver á ésta y preguntarle qué le parecían tantas maravillas juntas. Prefería la sencillez y franqueza de Tomasa, que le hablaba con el corazón en la mano, á la enfadosa, insustancial y afectada palabrería de los cortesanos de la fortuna, á quienes la fea despreciaba profundamente, repugnando á la hidalguía de sus sentimientos la vergonzosa mentira y la baja y ruin adulación.

Al entrar en el corredor encontró á Tomasa que salía demudada, convulsa, llorando de rabia y de vergüenza.

Aurora la detuvo.

—¿Qué es esto?... ¿A dónde va usted?...

—¡Ah! mi amada señorita, me voy, me voy, ojalá no hubiera venido!... ¡Ay! señorita de mi alma!—dijo la andaluza, pero de pronto, notando el asombro y la inquietud con que la miraba Aurora, calló y procuró serenarse, comprendiendo que no podía decir á la hija de la marquesa el secreto que acababa de sorprender.

Digitized by Google

—Pero cálmese usted, y dígame qué le ha pasado...

—¿A mí?... Nada, señorita, nada!...

—Pero, mujer, si tiene usted las lágrimas en los ojos! No creo que le haya producido esa aflicción ver á nuestros convidados bailando... A usted le ha pasado algo muy desagradable, no tengo duda... Vamos, venga usted, Tomasa, venga usted á mi habitación y cuéntemelo todo. ¿A quién ha visto usted?...

—¡Ay! señorita... si no es nada... el calor, las luces... nada más... Estaba sofocada allí entre los cortinajes... temblando que me vieran.

—No le creo lo que me dice.

—¡Jesús! por la gloria de mi madre!...

—Nada, no lo creo...

—Pues, señorita, yo no puedo decir otra cosa... Digo la verdad, mire usted, señorita, esta sí que es la verdad, me aflijo recordando mi juventud... cuando vivían mis padres, que también teníamos reuniones, en Sevilla, no con este lujo, no, señorita, ni mucho menos, pero entonces era yo feliz... y ahora se me representaba aquella felicidad, al mismo tiempo que me veo sola, sin pa-

Digitized by Google

dres, sin marido, sin nadie, señorita, sin nadie que me quiera...

La andaluza había dado casi inconscientemente con una explicación verosímil.

Aurora no insistió.

—Vaya, señorita—continuó Tomasa—ya me voy, es muy tarde... Ya he visto bastante. Nunca hubiera imaginado ver lo que he visto.

—Acompañará á usted un criado.

—No, no, señorita.

—¿Quiere usted tomar algo, dulces, un refresco?...

—No, no, nada, no podría. Me he sofocado mucho, y lo que necesito es salir al aire libre. Gracias, señorita, gracias. Es usted muy buena. Si todos en el mundo fueran como usted, el mundo sería un cielo.

Y cogiendo las manos de Aurora las besó con efusión la pobre mujer.

Aurora encargó á una doncella que hiciera acompañar por uno de los lacayos á la andaluza.

Ésta, en viéndose en la calle, dió libertad á las lágrimas que con doloroso esfuerzo había detenido al borde de los párpados, y corrió, seguida del lacayo, que con dificultad pudo correr como ella.

Digitized by Google

Oía el lacayo así como sollozos y suspiros, y pensaba:

—¡Canario! á esta señora, ¿qué le habrán hecho en el baile?...

Llegó á su casa, despidió al acompañante, subió, metióse en su alcoba, cayó de bruces sobre la cama, y allí estuvo llorando largo espacio, llorando sus ilusiones muertas a mano airada.

Aurora, cuando despidió á Tomasa, se internó en el corredor para volver á entrar en el salón principal de la fiesta por la habitación donde estuvo oculta la andaluza, pero no pudo entrar porque la puerta estaba cerrada por dentro. Narciso, al salir Tomasa, había corrido el pasador...

Quedó suspensa la hija de los marqueses.

—¿Cómo está cerrada esta puerta por dentro?—se preguntó.—Por aquí salió Tomasa. Alguien ha cerrado luego, pero ¿quién?... ¿Qué será esto?...

Retrocedió, volvió por las galerías que antes había recorrido para ir á encontrar á la andaluza, y cuando se halló otra vez en el salón central, atravesó presurosa por entre los grupos de convidados y entró en la habitación obscura donde estuvo Tomasa. La silla

Digitized by Google

que ésta había ocupado estaba caída en el suelo.

—No me equivocaba—pensó;—á esa mujer le ha sucedido algo aquí esta noche... y no quiere que yo lo sepa... ¡Oh! pues lo he de saber! . . . . . .

. . . . . .

Duró la fiesta hasta cerca de la madrugada. Ya se habían apagado las luces de los salones y el marqués y la marquesa habíanse retirado á sus habitaciones respectivas. En el gran comedor los criados recogían los restos de la magnífica cena con que se habían regalado los concurrentes, hacían pirámides de platos, alineaban en el suelo las botellas vacías de vinos ricos, y comentaban groseramente la glotonería de los grandes señores, de los pulcros señoritos y de las delicadas y vaporosas señoritas, y recordaban quién bebió diez ó doce copas de champagne, y la rubia angelical que se había metido entre pecho y espalda como cosa de una libra de jamón y dos ponches, y el personaje político que á puñados cogía los tabacos, llenándose los bolsillo del pecho y de los faldones del frac, y la jamona que la mayor parte de la noche había estado en el comedor, comiendo de

Digitized by Google

todo hasta que no pudo más, se sintió mala y hubo que desabrocharle el vestido y aflojarle el corsé, y llevarla en coche á su casa... Cuando ya el sol se levantaba esplendoroso en el horizonte, Aurora, que no se había acostado, salía de su habitación envuelta en un abrigo, y sin ser vista subía presurosa al piso superior, y llegaba á la puerta de las habitaciones del padre Serafín. Detúvose un momento y luego tiró suavemente del cordón de la campanilla.

No tardó en abrirse la puerta y aparecer la juvenil figura de Juan, el criadito puesto al servicio del capellán.

—¡Ah! ¡la señorita!—exclamó el jovenzuelo con acento de cariño y de respeto.

—Buenos días, Juan—díjole Aurora afectuosamente, y entró.

El cura paseaba, con su breviario en la mano, y al ver entrar en la sala á la hija de los marqueses, la saludó diciendo:

—Bien venido sea el ángel de la casa.

—Buenos días, padre. Tenemos que hablar. ¿Está usted ocupado?... Esperaré.

—No, no, cuando usted me viene á honrar con su visita, grave será el asunto de que ha de hablarme.

Digitized by Google

XV

Seis meses hacía que el padre Serafín había escrito á su hermana la carta en que le hablaba de Narciso. Supuso el bueno del cura que aquella carta decidiría á la viuda á ceder en la oposición á los amores de su hija con el buen mozo, y esperaba que el mejor día, día que sería para él de suprema felicidad, vería llegar á su hermana y su sobrina... pero seis meses después todavía no habían venido á Madrid.

A la carta referida había contestado la viuda: «Tu carta, amadísimo hermano, la ha leído la hija de mi alma, y no de mí, de ella sola depende su ventura ó su desgracia, porque yo no me opongo á que vayamos á Madrid y á que se case con ese hombre cuyos méritos son tan grandes, en tu opinión.»

Otras cartas escribió el hermano á la her-

Digitized by Google

mana, expresando siempre su deseo de verlas en su compañía disfrutando los bienes que eran para él ocasión más de amargura que de regocijo, puesto que de ellos no participaban las dos personas que amaba sobre todas las cosas del mundo.

Pero ya hacía cuatro meses que el cura, siempre cariñoso y siempre suspirando por verlas, no hablaba de Narciso en sus cartas, lo que tranquilizaba mucho á la viuda, y traía sumamente intrigada á Angustias.

Esta, hija sumisa, alma buena, desde que adquirió la evidencia de que su madre había sido mucho más desventurada de lo que ella, en su inexperiencia del mundo, hubiera podido nunca imaginar, la amaba con mayor efusión, con mayor adoración la veneraba, como queriendo con su cariño y su respeto compensar tantas amarguras, tantos dolores sufridos por la esposa maltratada, robada y escarnecida; y por la madre abandonada... Parecía que la exaltación del santo sentimiento del amor filial había logrado sobreponerse en su corazón al amor mundano, y madre é hija gozaron, en medio de su pobreza, las dulces y consoladoras expansiones de los más puros afectos.

Digitized by Google

La viuda y Angustias interpretaron de igual manera el silencio del cura respecto de Narciso. Sin duda éste había encontrado en Madrid alguna otra mujer á quien amar, y el cura lo sabía. Pero esta idea, que á la madre le complacía singularmente, despertó en la hija el sentimiento no extinguido de su amor á Narciso, y experimentó una emoción nunca sentida, la de los celos, y este dolor agudo producido por la pasión nueva y desconocida que invadía su alma, le hizo comprender que ni el ejemplo de la desventura de su madre, ni su propósito firme de consagrarse exclusivamente á su deber filial, ni el *miedo al hombre* eran bastante poderosos á lanzar de su pecho aquel amor funesto que, escondido en el fondo de su corazón, se había apoderado de ella en absoluto.

Angustias temía á Narciso; temía que Narciso fuera para ella un verdugo como había sido su padre para la madre desvalida; habría dado parte de su vida por no amarle; pero le amaba, y cuando pensaba que él podía consagrar á otra su amor, la infeliz mujer se rebelaba contra este cruel tormento para ella más horrible que todas las desventuras juntas.

. . . . . .

Digitized by Google

Pedro, el sobrino del padre Serafín, que, después de salir éste de Sevilla, y por encargo suyo, había empezado á visitar frecuentemente á las dos mujeres, que le recibían con mucho agrado, porque era bueno, comedido, modesto y juicioso, llegó una tarde más animado que de costumbre, demostrando en su semblante la satisfacción que experimentaba.

—Señora—dijo á la viuda—¿no sabe usted que estoy de norabuena?...

—No lo sabía, pero usted me dirá por qué.

—He heredado.

—¿Usted?...—preguntaron á un tiempo la viuda y Angustias, sabiendo que el pobre joven no tenía otro pariente á quien heredar que el padre Serafín, y éste no podría dejarle maldita la cosa.

—Sí señoras, una manda, una manda. Dios me recompensa por la mansedumbre con que he sufrido la pobreza.

—¡Ah! ¿una manda?...

—Sí, un gran beneficio.

—¿Y quién ha sido el alma de Dios que se ha acordado de usted?...

—Pues mi principal, el escribano D. Judas Escamón, á quien he servido de escribiente seis años á tres reales diarios. Ya saben us-

Digitized by Google

tedes que murió hace nueve días. Yo seguía en su casa, porque sus hijos necesitaban mis servicios, como yo sé dónde están todos sus papeles y los documentos importantes... Hoy se ha abierto su testamento cerrado, que en el sobre prevenía no se abriera hasta nueve días después de su muerte, y el hijo mayor me ha dado la buena noticia de que su padre, á quien todos tenían por avaro sin corazón, mandaba se me pagase mi título de licenciado en derecho civil y canónico, y se me diesen además ciento cincuenta duros para que pueda empezar á manejarme, «y en recompensa, dice el testamento, de la humildad y fidelidad con que ese pobre me ha servido y sufrido mis malos modos é impertinencias por el corto interés de tres reales al día durante seis años, sin faltar nunca á su obligación y demostrando una conformidad con su mala suerte que acredita la bondad de su condición.»

—Jesús, ¡cuánto me alegro!—dijo la viuda.

—Y yo también. Dios tocó en el corazón de ese hombre—observó Angustias.

—Él fué un arrastrado—añadió la madre—según dicen los que saben sus picardías, pero por esta buena acción Dios le habrá perdo-

Digitized by Google

nado. De manera que ya es usted abogado...

—Sí, señora, gracias á mi bienhechor. Sacaré mi título, y podré empezar á trabajar, y si Dios me quiere ayudar, saldré del estado de miseria en que hasta hoy he vivido.

—Sí querrá, que usted lo merece—dijo Angustias, continuando la labor en que se ocupaba.

La viuda miraba al joven y vió su rostro radiante, iluminado por resplandores de felicidad, y vió también que tenía fijos los ojos en Angustias mirándola con inefable expresión de ternura y de gratitud.

—Ahora—dijo á Pedro—se nos irá usted á Madrid.

—¿A Madrid?... ¡Oh! no señora, no puedo, no me atrevo á salir de Sevilla.

—¿Por qué?... En Madrid hallará usted más ancho campo en qué poder utilizar su talento... ¿Ó es que tiene usted en Sevilla alguna obligación?—le preguntó la viuda.—¡A que salimos con la novedad de que está usted enamorado!—añadió jovialmente.

Y Pedro se puso como la grana.

—¿He acertado?...—insistió la viuda.

—No, señora, no; á mí nadie me quiere... ¿Quién ha de quererme?...

Digitized by Google

—No le pregunto si álguien le quiere, sino si usted quiere á álguien.

—¡Ah! ¿yo?... Señora, quien ha vivido como yo, si ha experimentado la emoción del amor, si ha encontrado en su camino la mujer á quien habría querido consagrar su vida entera y todos los afectos de su alma, ha tenido que dominar sus sentimientos, ocultarlos, ahogarlos cruelmente, persuadido de que no habían de ser correspondidos, y de que acaso obtendrían únicamente indiferencia ó desprecio.

—Ahora—repuso la viuda, como si no hubiera entendido el verdadero significado de las frases de Pedro—ahora que ya tiene usted su carrera, y que seguramente se abrirá camino por su honradez y su inteligencia, podrá sin temores declarar sus sentimientos y aspirar á la justa correspondencia de la mujer querida.

—No lo espero, señora.

—¿Por qué?

—Porque puede amar á otro aquella á quien yo ame. Y perdone usted, pero no quiero hablar de esto. ¿Han tenido ustedes carta de mi tío?

—Hace días.

Digitized by Google

—Hoy le escribo dándole noticia de mi buena fortuna.

—Se alegrará mucho—dijo Angustias—y verá usted cómo se empeña en que vaya usted á Madrid. El padre Serafín le quiere á usted mucho, y puede que esté en posición de hacer algo por usted.

—Sí que haría si pudiera, que en hacer el bien goza el bueno de mi tío.

—Me parece—observó la viuda—que allí nos veremos todos.

—¿Dónde?—preguntaron á un tiempo Angustias y Pedro.

—Pues en Madrid. Mi hermano debe estar enojado porque no hemos ido, aunque tanto nos lo ha suplicado; ya no me repite este deseo en sus cartas. Y yo quiero desenojarle... Además, tengo muchos deseos de verle... Se negaría usted á acompañarnos?...

—¡Oh! si ustedes me lo mandan, ¿qué he de hacer mas que obedecer?...

—No es eso, hombre de Dios... No es que se lo mande á usted; es que yo, por mi parte, y á mi hija le pasará lo mismo, tendría gusto en que, si vamos á Madrid, que todavía no sé si iremos, fuéramos juntos, y celebraría que fuera usted, no sólo porque nos acompa-

Digitized by Google

ñaría, sino por lo que este viaje podría valerle para los adelantos en su carrera. ¿No digo bien, Angustias?...

—Sí, señora.

—Pues si ustedes van—replicó el joven—está dicho, yo las acompaño.

—Mi bendito hermano me envió hace más de seis meses el dinero para el viaje, suponiendo con razón que nosotros no podríamos tenerlo, y no quiero que pueda creer que lo hemos gastado en otra cosa. Estoy casi decidida á que vayamos.

—Yo también—añadió el joven con visible satisfacción.

Y se despidió de las dos mujeres el excelente Pedro, saliendo de aquella casa con el legítimo orgullo que sienten los humildes cuando se les hace justicia.

—¡Pobre Pedro!—exclamó la viuda—¡qué contento va, y qué digno es de que Dios le proteja! Mucho me alegro de haber visto una vez premiada y enaltecida la humildad. Tú no puedes imaginar, hija mía, lo que ha sufrido, y con qué resignación ejemplar. Su único favorecedor ha sido mi hermano, cuando éste no contaba con recursos para favorecer á nadie, y Pedro trabajando, sirviendo

Digitized by Google

de mandadero, de escribiente, ha seguido la carrera, viviendo casi sin comer, pero luchando por la existencia con una fe y con una voluntad de que no habrá muchos ejemplos. Ese escribano, que tan oportunamente se ha acordado de él en su testamento, le trataba de la manera más cruel y desapiadada. Hombre egoísta, duro, avaro y grosero, le apostrofaba soezmente, le hacía trabajar horas y horas sin levantar la cabeza, y sin embargo, el pobre Pedro todo lo soportaba con ejemplar fortaleza, como si una voz secreta le dijera que su trabajo y su virtud lograrían al fin la justa recompensa...

Mientras la viuda hacía tan merecido elogio de las cualidades de Pedro, Angustias pensaba en otra cosa, que le preocupaba hondamente; el viaje á Madrid á que su madre estaba resuelta.

La viuda continuó:

—Ese sí que será un marido digno de ser adorado, y venturosa como pocas la mujer que una su suerte á la de un hombre que ha probado en la desgracia el temple de su alma, y atesora en su corazón los más nobles y generosos sentimientos. La pobreza con él será preferible á la mayor riqueza con un hombre

Digitized by Google

sin conciencia y sin corazón. Recorrer el camino de la vida apoyada en un compañero amante, que tiene para la mujer todas las delicadezas, todos los cuidados, todas las previsiones, todas las ternuras, que se enorgullece de ser amado por una mujer honrada y de saber que esta mujer honrada no tiene en su mente otro pensamiento que su marido y sus hijos, ni otro sentimiento en su corazón que el amor infinito á quien es su alegría, su orgullo, su decoro y su gloria!... Esta es la felicidad, hija mía. Aunque yo he sido tan desgraciada, aunque llegué á sentir en mi atribulado espíritu y en mi despedazado corazón *miedo al hombre*, aunque siento ahora por ti ese mismo miedo, y lo siento por ti acaso más que por mí misma lo sentía, sé muy bien que el matrimonio es la suprema felicidad, la más grande y hermosa de las venturas, mas ¡ay! qué difícil es alcanzarla! Yo, que he sufrido los más acerbos dolores, que, nacida en medio de la riqueza, criada en el amor más tierno y solícito, vine á caer tan bajo, en la pobreza, en el abandono, en la miseria y en la vergüenza, me creería recompensada de todos mis sacrificios, y daría gracias á Dios por mi propia desventura, si

Digitized by Google

llegara á verte unida á un hombre como Pedro.

—¡Jesús!—exclamó Angustias sin poderse contener.

—Ya lo sé, hija, ya lo sé, Pedro no te inspira amor, y tú no quieres casarte sin amor. Lo mismo pensaba yo que tú...

—Madre, no hablemos de eso, que volverá usted á afligirse, y no quiero verla afligida. ¿Dice usted que vamos á Madrid?

—Sí, hija mía, vamos á Madrid á complacer á mi hermano, que todavía creerá el alma de Dios que estoy enojada con él... Si allí estás contenta, allí nos quedaremos...

—No será fácil que nos deje volver aquí el tío.

—¿Quién sabe?... Por si acaso no nos desprenderemos de lo poco que poseemos. Nuestro ajuar es tan pobre, que si lo quisiéramos vender, poco nos podría producir... y además yo tengo afición á estos muebles destruídos, estropeados, restos miserables de mi hogar y testigos de mis penas y de mis lágrimas.

—¿Y dónde los dejaremos?...

—La señora del administrador del marqués de la Filigrana nos hará el favor de ponerlos

Digitized by Google

todos en uno de los muchos cuartos que tiene de sobra en el caserón donde vive. Iremos á pedirle el favor, y no nos lo ha de negar. Su marido y ella quieren mucho á mi hermano, y á nosotras siempre nos han demostrado aprecio. ¿Quién sabe si necesitaremos todavía estos muebles?...

—¿Y los pájaros?...

—¡Ah! mis pájaros con nosotras. No podría abandonar á estos dulces compañeros, mis únicos amigos, que enmudecen entristecidos cuando lloro, y se alegran y me contestan con sus gorjeos cuando los acaricio... Estos tiernos inofensivos animalitos aman á quien los ama. . . . . .

. . . . . .

La viuda no había olvidado nunca un tristísimo episodio de su vida de casada. Cuando salió de casa de sus padres quiso llevar consigo al domicilio conyugal un pajarillo, un vulgar verderón que una mañana se había entrado por la ventana en su alcoba de virgen, dejándose coger como un inocentillo que era. Le aprisionó en dorada jaula y con los más delicados mimos y los más exquisitos cuidados hízole grata y amable la prisión, de tal suerte que su ama podía abrirla sin

Digitized by Google

temor de que el pajarillo prefiriese la hermosa libertad al dulce cautiverio.

En el nuevo hogar el pájaro se entristeció. Mustio, quieto, mirando melancólicamente desde su prisión el azul del cielo estábase las horas, y sólo se animaba, abría el pico, piaba y saltaba á los alambres, cuando su ama se acercaba, cuando oía la cariñosa voz con que le hablaba el lenguaje de amor que los pajarillos entienden. Pero si era el marido quien se aproximaba á la ventana, el animalillo se estremecía, temblaba, agitaba las alitas angustiado y se arrojaba contra los alambres como queriendo romperlos y huir...

Comenzaron las disensiones en el matrimonio. La mujer, la víctima se quejaba, sollozaba, hablaba el lenguaje de la humildad y la ternura; el marido, el verdugo, exigía, mandaba, gritaba con grandes voces, y el pajarillo, convulso, tembloroso, contraído en su jaula, parecía que oía con espanto aquellas frases soeces, aquella voz áspera y dura, aquel mandato brutal y despótico... Un día el marido pidió á su mujer el consentimiento y la firma para la venta de una finca; la mujer se defendía, se negaba, pero suplicando y acariciando; el marido montaba en cólera, y

Digitized by Google

llegó, en su ira, á amenazar bárbaramente á la infeliz mujer... En el momento en que ésta cayó al suelo bajo la cobarde amenaza del brazo infame levantado para sacudirla, el pajarillo, como si él hubiera recibido el golpe, cayó muerto sobre la tabla de la dorada jaula. . . . . .

. . . . . .

La viuda escribió á su hermano comunicándole su resolución de ir á Madrid con Angustias.

«Voy á Madrid, le decía, con la hija de mi alma, porque quiero complacerte en el deseo que en tantas de tus cartas me expresabas... Hace tiempo que no me pides que vayamos, de lo que colijo que estás enfadado conmigo. Voy porque creo que ya, afortunadamente, no habrá peligro para mi hija en este viaje. Tú entiendes lo que te quiero decir. Acaso recobrará la tranquilidad perdida. Con nosotras irá Pedro, tu sobrino, que nos ha ofrecido acompañarnos. Ya te habrá escrito que debe su título de abogado y tres mil reales á la última voluntad del escribano don Judas, que en vida tan sin caridad le trató. Angustias y yo nos alegramos mucho de su bien. Y ahora viene á cuento contestarte á aquella

Digitized by Google

pregunta que me hacías cuando expresaba mi pena porque no creía digno de mi hija al galán de quien se había enamorado. «¿Pues qué clase de hombre quieres para tu hija?» me preguntabas, suponiendo exagerada mi ambición maternal. El hombre que desearía para mi hija, hermano mío, es tu sobrino Pedro, un hombre que no es galán, que no es rico, pero es bueno, y tiene corazón y amor al trabajo.»

Digitized by Google

XVI

El padre Serafín y la hija de los marqueses eran muy amigos. Aurora encontró en el capellán el más diligente, fiel y discreto auxiliar para sus obras de caridad, y á él ninguna otra misión le complacía tanto como la que le confiaba la generosa joven. Cesó la aglomeración de pobres harapientos en la puerta del palacio, espectáculo vergonzoso y desagradable, y se les favoreció, sin embargo, con más frecuencia y mayor regularidad, por efecto de la organización que dió el bueno del cura al *negociado*, digámoslo así, de la caridad...

Repartía por sí mismo los socorros á domicilio, se enteraba bien de las circunstancias y necesidades de cada familia infeliz, y llevaba no sólo el auxilio material sino el consuelo de su palabra de amor, de esperan-

Digitized by Google

za y de resignación, con lo que solía calmar muchos dolores y templar muchas desesperaciones.

Aurora y el cura veíanse todos los días más de una vez con motivo de la distribución de los socorros, y estas entrevistas les dieron ocasión de conocerse y estimarse, de tal suerte que Aurora llegó á hacer confidente de todos sus pensamientos al digno sacerdote, como á un hermano mayor sabio y prudente... No le hizo su confesor, porque ya lo era otro anciano clérigo; pero el padre Serafín fué su consultor, su amigo íntimo, su consejero, y esta dulce amistad, pura, honrada y noble, serenó su conciencia, calmó las tempestades que una súbita pasión frenética había levantado en su corazón, y dió fortaleza á su voluntad...

Aurora, enamorada de Narciso, había sentido horrible angustia, incomparable amargura, dolores y tormentos imposibles de explicar, y abrumada bajo la pesadumbre de tan crueles sufrimientos habría acabado seguramente por enloquecer y matarse. Fué aquello durísima prueba. Parecía que el mismísimo diablo se había propuesto martirizarla y perderla... Amaba con pasión loca á Narciso,

Digitized by Google

pasión de innobles apetitos que repugnaban á su conciencia cristiana, y con aquella pasión desapiadada que abrasaba con fuego del infierno sus entrañas, vino á juntarse, para mayor tormento, otra pasión tan horrenda, la de los celos... ¡celos de su madre misma! Aurora vió nacer en su madre la pasión á Narciso, y entonces fué cuando, en su delirio, en su impotencia para luchar con la pasión propia y con la de su rival, pensó con deleite en acabar con la existencia, único medio que creía á su alcance para sustraerse á los dolores que sentía, y á otra legión de pasiones abominables que amenazaban invadir su corazón y sumirla en un abismo de vergüenza y horror.

Había buscado ansiosamente en el templo, en la oración, en el confesonario, en la penitencia paz para su espíritu, había mortificado su carne cruelmente, había llamado con grandes voces de su alma la muerte como supremo remedio de todos los males... y algo había conseguido, en medio de sus días sin reposo, y sus noches sin sueño, la esperanza de morir y ser perdonada. . . . . .

. . . . . .

Dios se apiadó de ella, y el instrumento de

Digitized by Google

que se valió para salvarla fué el humilde sacerdote, todo candor y bondad, que su padre había hecho venir de Sevilla. La comunidad de ideas y de sentimientos entre Aurora y el cura era evidente; la caridad era el goce supremo de sus almas, y pronto se estableció entre los dos una corriente de simpatía y de confianza que fué un gran consuelo para la atribulada hija de los marqueses, y una satisfacción nunca sentida para el obscuro capellán del Señor del Gran Poder.

Eran dos hermanos. El afecto dulce, tranquilo de la amistad más pura era tan consolador, tan grato á su corazón y á su entendimiento, que Aurora vió en medio de las siniestras sombras de las pasiones que la combatían el nimbo luminoso de felices esperanzas. Su amigo, su hermano, viendo en los ojos de la virgen fea la huella de las lágrimas que le arrancaba la desesperación, quiso saber qué penas sentía mujer tan buena y caritativa, y ella, ella todo se lo dijo, todo, no al sacerdote que no era su confesor, se lo dijo al amigo, al hermano, y el padre Serafín, hombre con poca experiencia de mundo, modesto, humilde, halló en su buen sentido, en la rectitud de su conciencia, en

Digitized by Google

su ardiente fe, tan elocuentes frases, razones tan claras, tan lógicas, tan poderosas que, oyéndole, sintió Aurora confortado su espíritu y reanimada su voluntad... y empezaron á disiparse las nubes de confusiones que obscurecían su inteligencia.

El ejercicio de la caridad es el grande, el supremo remedio contra todo mal pensamiento, contra toda pasión abominable, contra toda obsesión penosa y abrumadora, y ésta fué la medicina que el padre Serafín aplicó á su amiga enferma, aconsejándole que ejerciera la caridad por sí misma. Aurora siguió el consejo.

Y en las primeras horas de la mañana, Aurora, modestísimamente vestida, á pie, acompañada del excelente hombre, iba á repartir los socorros personalmente, teniendo con este motivo ocasión de ver por sus propios ojos penas y angustias que nunca había imaginado, miserias espantosas, desventuras cuya descripción leída en un libro le habría parecido inverosímil... Y todo era verdad, triste y aterradora verdad ignorada por los afortunados del mundo, por los que no ven otro aspecto de la miseria que el de los mendigos que tienden la mano al transeúnte.

Digitized by Google

La hermosa dama que fué reina de los salones, que vivió alegremente, derrochando su hermosura y su dinero, que paseó triunfante el vicio en medio de las mujeres honradas á las que obscurecía y avergonzaba con el esplendor de su lujo y el desenfado de sus acciones, encontrábala Aurora completamente abandonada, vieja, asquerosa, frágil armazón de huesos carcomidos, resistiéndose todavía á su inexorable destino, que la arrastraba á morir en un hospital y á servir en la sala de disección de estudio del esqueleto...

El que fué alto funcionario, y mereció honores y condecoraciones que le envidiaron los tontos, y no quiso tener la habilidad de hacer negocios, creyendo inocentemente que su probidad y su pureza en el desempeño de sus funciones públicas le asegurarían el pan de toda la vida, recibía con lágrimas en los ojos de las manos generosas de la noble joven la limosna de unos duros ó de un billete de Banco, socorro casi estéril que sólo le servía para retardar algunos días la congestión cerebral que le amenazaba desde que se dió á pensar en la indiferencia con que esta sociedad mira al hombre de bien y le deja morirse de hambre, por tonto, al mismo tiempo que

Digitized by Google

festeja, agasaja y recibe con júbilo al tunante redomado que ha sabido hacer dinero de cualquier manera...

La mujer seducida y abandonada luego por su burlador, refería á Aurora mostrándole el escuálido hijo de su amor, las humillaciones sufridas, y besaba la mano generosa que venía á favorecerla en medio de su miseria y su vergüenza...

El padre de familia sin pan y sin abrigo, lanzado al abismo de la ruina por un amigo infiel á quien había entregado su fortuna, y con su fortuna había huído á América, recibía como una misericordia del cielo el auxilio que acaso libraría de la muerte á la esposa postrada en un lecho de guiñapos...

Aurora entraba en el tugurio infecto donde agonizaba una infeliz variolosa, subía á la desmantelada guardilla donde una vieja epiléptica se retorcía en violentas convulsiones, y su hija desventurada, sin alimento, sin sosiego, sin trabajo, envuelta en una atmósfera irrespirable, presentaba en su rostro las señales de la tisis... y en fin, allí donde había desgracias que remediar, penas que consolar, desesperaciones y cóleras que calmar, Aurora y el cura, mensajeros del bien, acu-

Digitized by Google

dían solícitos, acompañados de las bendiciones de los desventurados á quienes socorrían.

El espectáculo de tantas desdichas, el ejemplo de tantos seres infelices, el conocimiento de tantas injusticias, de tantas maldades, de las funestas consecuencias del vicio, de la imprevisión y del desorden, tantas penas, tan crueles dolores, tan prolongadas agonías, tan tremendos castigos providenciales, la miseria en su pavoroso aislamiento, el odio y el rencor de los pobres soberbios y rebeldes, la resignación heroica de los humildes y de los inocentes... todo esto impresionaba por tan fuerte modo la imaginación de Aurora, tan hondamente conmovía su corazón, que se olvidaba de sí misma para pensar sólo en los demás, y de esta suerte, ejerciendo tan elevada misión de caridad y de amor al prójimo, se desprendió su alma de toda pasión mundana, y murió en ella aquel amor al hombre, no amor sino apetito propio de la flaca naturaleza de la mujer, pero indigno del ángel...

¡Con qué regocijo se sintió Aurora dueña otra vez de su razón y de su voluntad, serena, fuerte, orgullosa, noble y legítimamente orgullosa de su misión en el mundo! ¡y cuánto

Digitized by Google

agradeció á los desgraciados el gran beneficio que les debía! Y ella y el clérigo juntos en aquella obra sublime del bien, amáronse con amor infinito, exento de toda impureza, como se amarán los ángeles en el cielo... Podían confesar su amor á la faz del mundo entero... pero no, que el mundo suele no comprender este amor...

Aurora se había salvado por la caridad, pero su obra de amor y caridad no sería completa si no salvaba también á su madre. La marquesa estaba loca y se perdía irremisiblemente. La gran señora, tan orgullosa de su linaje, de su posición en el mundo, de su hermosura, estaba en gran peligro de caer en el abismo del adulterio... Ciega por la funesta pasión que se había apoderado de ella, imaginaba que los demás estaban ciegos también, y á los cuarenta años cometía imprudencias que no cometería una joven inexperta... y solamente su marido que, en su altivez, jamás había soñado llegar á ser uno de tantos maridos burlados, no sospechaba que podía hallarse expuesto á esta desventura como el más vulgar de los mortales. Siendo hombre tan superior, tan perspicaz y versado en las historias, era como marido, el

Digitized by Google

bueno del marqués, tan infeliz como cualquiera de los que hacen reir en los cuentos de Boccacio.

Pero la hija de la marquesa veía, había visto desde el primer momento, que su madre se enamoraba de Narciso, se enamoraba tardíamente, por la primera vez de su vida, porque su marido, en verdad, nunca la había enamorado. No sintió el calor dulcísimo del amor en su juventud, y á los cuarenta años sentía el incendio de una pasión desenfrenada.

Aurora quería evitar la deshonra y la vergüenza que amenazaba invadir el hogar de sus padres; no quería ser hija de una adúltera, y se horrorizaba pensando que aquel funesto amor que ya, por dicha, había logrado arrojar de su corazón, habíala de tal suerte perturbado, que hubo días en que miró á su madre con el rencor de rival...

«¡Oh! no hay duda, pensaba la adorable fea, yo estaba loca... ¡Odiar á mi madre!... ¡Qué horror! Y la hubiera odiado, sí, seguramente la habría odiado, si Dios no hubiese traído á esta casa al padre Serafín, que tan eficaz medicina ha encontrado para mi horrible enfermedad. ¡Bendita caridad y bendito

Digitized by Google

padre Serafín, que me ha librado de una vida de vergüenza y desesperación! Él sí que es digno del amor de toda mi alma, amor puro y eterno, que no me avergüenza como la pasión bochornosa que despertó en mí ese andaluz, ese malvado, porque indudablemente es un malvado ese hombre... Engaña á mi padre, fascina á mi pobre madre y será su perdición, si el padre Serafín y yo no lo evitamos... ¡Ah! ¡qué difícil es esto! Mi madre no está acostumbrada á las contrariedades, siempre ha hecho su voluntad sin que nadie se le oponga... Nadie tiene autoridad sobre ella, nunca la ha tenido mi padre... No piensa, no reflexiona... Y luego, esos ejemplos de mujeres casadas, señoras, grandes señoras, separadas de sus maridos, viviendo en la mayor libertad, recibidas en todas partes, en nuestra misma casa, á pesar de la rigidez de principios de mi padre, que tiene que transigir, porque todo el mundo transige... La marquesa del Aire, cuyo marido está en París haciendo vida de soltero, y ella aquí, acompañada siempre de ese Pepito López... todo el mundo habla de ella, y dice que Pepito es... ¡Qué frase tan fea la que oí la otra noche en un grupo de señoras que hablaban

Digitized by Google

en el saloncito verde, mientras la del Aire bailaba el cotillón dirigido por Pepe López! La baronesa del Atajo divorciada de su marido... ¡Qué escandalo! El marido, un hombre de bien, rico, que la adoraba, miserablemente vendido por su propia mujer y por un administrador infiel!... Y ella no se ha escondido en el rincón más ignorado de la tierra! Todo lo contrario. Va á todas partes, en su palco del Teatro Real siempre hay tertulia... ¡Qué risotadas! ¡qué charla!... Algunas veces los filarmónicos del paraíso la mandan callar, y ella mira a lo alto como desafiándolos... Dicen que tiene mucha gracia. Una noche, en el corredor de los palcos insultó á la del banquero Baratija, porque se le había antojado que era su rival... Faltó poco para que vinieran a las manos como las tías de la plazuela. Cuando va á los baños dicen que juega á la ruleta... A mí me lo cuentan todo, aunque soy joven y soltera... Como soy fea, creen sin duda que no tengo pudor, que no soy una inocente como las vírgenes blancas y rubias, de ojos de cielo, de suave y dulce belleza... ¡Qué mundo, Dios mío! Pero á mí no me importan las demás... Quien me importa es mi madre. A ella es á quien quiero

Digitized by Google

salvar... y á mi padre, que es tan honrado, tan celoso de su decoro, tan digno, y que tan orgulloso está de sus blasones... Él no teme nada, no ha soñado jamás que pudiera haber en su hogar una vergüenza como esa... ¡Oh! si mi madre no se salvara, si mi padre viera la evidencia de la deshonra de su nombre, la tragedia sería espantosa...»

Así discurría Aurora, empeñada en la colosal empresa de salvar á su madre que sólo necesitaba para perderse la ocasión... Las mañanas las dedicaba Aurora á sus pobres, y descuidada se consagraba á su obra de caridad, porque sabía que su madre á nadie recibía, ni siquiera á su marido, hasta después de haber hecho su *toillette*, y esta era larga tarea.

Pero luego, cuando su madre estaba ya ataviada, no se separaba de ella. No tenía afición á hacer visitas, pero si su madre decía que iba á cumplir este deber de sociedad, Aurora llamaba á la doncella, pedía el sombrero y los guantes, y se disponía á acompañar á su madre. Si ésta no salía, Aurora llevaba labor al gabinete de la marquesa, y allí se estaba cose que cose, procurando con su conversación distraerla de sus pensamien-

Digitized by Google

tos pecaminosos... Pedía licencia Narciso para saludar á la marquesa, y siempre encontraba allí á la fea, que ya le había perdido el miedo y que se regocijaba en el fondo del alma, comprendiendo cuánto contrariaba su presencia al apuesto doncel. La marquesa de buena gana habría dicho á Aurora, como si fuera una niña chica: «Mira, déjanos, vete por ahí, á tu cuarto, al jardín, donde quieras», pero no se atrevía... En medio de su pasión loca, la marquesa conservaba el pudor de madre... Más se recataba de su hija que de su marido; sacrificaría el decoro de éste, pero á su hija la respetaba; no temía al marido que podría matar á la esposa adúltera, y temía á la hija de quien ningún daño podía recibir, que, aunque fuera culpable, siempre había de amarla tiernamente.

Si la marquesa iba al teatro, Aurora la acompañaba, ponía empeño en acompañarla, y muchas veces hacía un gran sacrificio, pues de mejor gana se quedaría en casa. Ya no paseaba sola en su *landau* por el Prado y la Castellana la marquesa; Aurora, que no tenía mucha afición á exhibirse ni encontraba deleite en dar vueltas y vueltas toda la tarde siguiendo el mismo camino, ya no dejaba

Digitized by Google

sola á su madre... Supo Aurora que el gallardo andaluz, jinete en fogoso corcel, paseaba junto al estribo del carruaje de su madre á modo de caballerizo, y para evitarlo decidió ir ella también á lucirse en el paseo... El andaluz pasaba al trote, veía á la fea, saludaba y seguía su camino.

En su propia casa era donde se hacía más difícil la vigilancia de Aurora en las noches de recepción. En medio de la gran concurrencia que acudía á las magníficas fiestas de la Filigrana, era donde con más facilidad podían hablarse y concertarse Narciso y la hermosa señora, y Aurora, que á cada momento se veía solicitada por sus amigas y no podía desatenderlas, ó tenía que escuchar, como si le interesaran, los banales cumplimientos y las necias galanterías de los amigos de sus padres, y había de dar órdenes y había, en fin, de mostrarse amable, comunicativa con todos, sonriente, feliz... en aquellas horas interrumpía, bien á su pesar, su trabajo de observación, de vigilancia, de obstruccionismo, y la marquesa y el andaluz podían hablar á sus anchas... y la noche en que Tomasa logró satisfacer su curiosidad de contemplar una fiesta del gran mundo, concertada

Digitized by Google

tenían una secreta entrevista en las habitaciones particulares de la gran señora, entrevista que no pudo realizarse por lo que ya sabe el discreto lector...

Por cierto que Tomasa, después del gran sofoco de aquella noche, después de haberla pasado gimiendo y llorando, abrasándose en fuego vivo de rabiosos celos, tuvo, el día siguiente, una escena violentísima con Narciso, su huésped, su amante y su socio en una pieza.

Le preguntó el andaluz á qué, por qué y para qué había ido al gran baile de los marqueses, y Tomasa le preguntó á su vez por qué había entrado tan apresurado, ciego y aturdido en la habitación donde ella estaba, y por qué, al mismo tiempo, había aparecido, como filtrándose por la pared, la majestuosa figura de la marquesa, que á él, y á nadie más buscaba por allí... Contestó airado Narciso á la pregunta, que consideró impertinente, de su enamorada patrona; ésta le replicó ardiendo en ira; Narciso le dijo frases groseras y despreciativas, ella le abofeteó con otras más punzantes, él descargó sobre ella los más soeces insultos, ella le amenazó con decir al marqués los pasos en que andaba su

Digitized by Google

mujer, y él la amenazó con ahogarla, si tal hiciera; ella se le fué encima desafiándole, con los ojos encendidos por un amor desesperado y una cólera implacable, ebria de ira, despecho y lujuria... y él la rechazó brutalmente con un golpe violento sobre el abultado seno, haciendo á la pobre Tomasa retroceder y caer sentada en el sillón que, por suerte, había detrás.

—¡Bestia!—dijo la cuitada al cobarde que allí la dejó entregada á su desesperación.

. . . . . .

Aurora y el padre Serafín habían hablado mucho de Narciso, y aquella sabía, por consiguiente, toda la historia del buen mozo, sus amores con la hermosa Angustias, la invencible prevención con que siempre le había mirado la viuda de Vélez, los deseos que el cura había manifestado repetidamente á su hermana de que viniera con su hija á Madrid, y el empeño que tenía de probar á la madre suspicaz que siendo Narciso el que había logrado interesar el corazón de Angustias, hacía mal en oponerse á unas relaciones amorosas que indudablemente la llevarían á la felicidad del matrimonio con un hombre que estaba en camino de una gran

Digitized by Google

posición... Esto sabía Aurora, pero lo que no sabía era que el cura hacía tiempo que en sus cartas no hablaba de Narciso á su hermana, ni se mostraba deseoso de que ella y su hija vinieran á Madrid...

Conocía la vida que traía en la corte el andaluz, sus relaciones con la infeliz Tomasa, sus devaneos con otras, sus culpables propósitos respecto de la marquesa, su desapoderado afán de obtener rápidamente riquezas por otros medios que por los honrados del trabajo, la negra ingratitud con que pagaba los beneficios que debía al marqués de la Filigrana... conocía, en fin, qué clase de hombre era aquel miserable, egoísta refinado, insensible á todo lo noble y lo honrado...

Don Serafín estaba ya bien convencido de que su hermana con poderoso instinto había adivinado las condiciones de Narciso cuando nadie podía sospechar de él cosa que le desfavoreciera... No quería, pues, que Angustias, la dulce, candorosa y apasionada Angustias viniera á Madrid, porque ya no vendría á ser feliz, como creyó él, engañado por la hipocresía del falso amante, sino á ser muy desventurada, porque todo podía temerse de un hombre como Narciso, frío, rencoroso,

Digitized by Google

tenaz en el mal, indiferente al dolor ajeno... El buscaría medios de perder á Angustias y de vengarse de la madre, y precisamente para este fin abominable, ya lo entendía claramente el bueno del cura, había procurado traerle á la corte, creyendo que con él vendrían la hermana y la sobrina...

El padre Serafín daba gracias á Dios por haberle hecho conocer el carácter verdadero de su falso amigo, de su fingido protector...

Aurora, discurriendo por qué modo lograría apartar á su madre del gravísimo peligro en que la veía, desesperada ya de lograr su nobilísimo propósito, angustiada, presintiendo la horrible tempestad que iba á desencadenarse en su hogar, temblando por el padre honrado, pensó que sólo había un medio de salvación.

El padre Serafín le había dicho que Narciso estaba apasionadísimo de la hija de su hermana y que ella correspondía tiernamente al amor del sevillano. Pues trayendo á Madrid á Angustias,... acaso reviviría en el corazón del amante la pasión que le había inspirado la hermosa virgen enamorada; acaso al marqués le interesaría grandemente la que, según había dicho el capellán, hombre de ver-

Digitized by Google

dad, era conjunto de todas las perfecciones físicas y morales... y acaso el casamiento de los dos jóvenes podría ser el venturoso término de los sobresaltos, de los temores que atribulaban á la hija que á todo trance quería salvar el decoro de sus padres...

—Esto no es un sueño—pensaba Aurora;—esa hermosa mujer, hermosa de cuerpo y alma, según la pintura que de ella me ha hecho don Serafín, es la única que puede salvarnos... Yo convenceré á la madre que se opone á los amores de su hija, lograré que mi padre la dote espléndidamente... ¿qué digo?... yo misma, yo misma le cederé el dote que mi padre me daría, si me casara... Somos bastante ricos para poder hacer un beneficio á una joven digna de nuestra protección por sus virtudes.

Enamorada de esta idea, Aurora la comunicó á su amigo y confidente, al digno sacerdote, y le suplicó que escribiera á su hermana, encareciéndole la necesidad de que vinieran á Madrid, sin hablarle de Narciso; de manera que la viuda creyera que algún otro poderoso motivo le obligaba á reclamar su presencia en Madrid.

—Mi hermana no vendrá—dijo don Se-

Digitized by Google

rafín. — La conozco y sé que no vendrá.

—Sí vendrá, porque escribiéndole usted en los términos que le digo una carta muy lacónica, pensará su hermana que asunto ajeno enteramente á los amores de su hija es el que hace necesaria su presencia en Madrid.

—¿Pero engañarla?...

—Usted no la engaña, usted no le dice otra cosa sino que la necesita en Madrid. ¿Lo hará usted, amigo mío, hermano mío?

—Me había propuesto no volver á insistir en mi deseo de ver á mi lado á mi hermana y mi sobrina, aunque mi corazón constantemente las llama...

—¿Por qué?

—Porque yo, amada señorita, que creí en la honradez de ese hombre, de quien tan perdidamente enamorada está mi sobrina, tan enamorada como usted misma lo ha estado también, que no parece sino que mi paisano ha venido al mundo para hacer la desesperación de las mujeres,... yo, persuadido ya de mi error, propio de mi torpeza, le creo ahora un miserable sin corazón, y admiro la maravillosa previsión de la madre que desde el primer momento vió claro el

Digitized by Google

peligro que había para su hija en el amor de ese hombre.

—Yo tengo, padre y hermano mío, la seguridad de salvar á mi madre por este medio. Me lo dice el corazón.

—Puede engañar á usted su noble deseo.

—Yo haré que mi padre se empeñe en este casamiento. Los haremos ricos.

—Yo quiero más que eso, yo quiero hacer feliz á mi sobrina. El otro se hará rico él solo, á eso va, y no teniendo corazón, ni caridad, por consiguiente, lleva mucho camino adelantado.

—¿No quiere usted complacerme?...

—¡Oh! mi amada señorita...

—No me llame usted otra vez señorita. Así me llaman la doncella, el lacayo...

—Hermana mía.

—Eso, hermana, pues como hermanos nos amamos.

—Yo haré todo lo que usted quiera; mas no puedo menos de observar que no conseguiremos otra cosa que avivar las penas de mi sobrina y de su madre... En fin, siempre me acompaña la confianza en la Providencia.

—Gracias, hermano mío. A usted deberé toda mi felicidad, haber recobrado mi alma

Digitized by Google

su reposo, haber lanzado de mi corazón todas las malas pasiones, y haber salvado á mi madre.

El padre Serafín se puso á escribir á su hermana la carta en los mismos términos que Aurora le había indicado, y no tuvo necesidad de terminarla, porque antes recibió la de la viuda de Vélez en que le anunciaba su resolución de ir á Madrid con Angustias.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó el cura—¡cuánto celebro no ser yo ahora quien la excite á venir!

Aurora, al saber que pronto estaría en Madrid la mujer adorada por el bizarro andaluz, la que, sin duda, habría sido su primer amor, sintió mucho regocijo, y creyó seguro el triunfo en el empeño de separar á su madre del peligro de igualarse á tantas mujeres casadas caídas en la horrible sima del adulterio, que es el más grande entre los escándalos y la mayor de las vergüenzas.

Digitized by Google

XVII

El buen mozo andaluz había caído, como suele decirse, en gracia á la alta sociedad madrileña. Presentado por el marqués de la Filigrana, no podía caber la más leve duda respecto de su honorabilidad y excelentes prendas, popularizado por los periodistas, á quienes desde luego había tratado de halagar, convencido de lo que la prensa vale para elevar al que tiene empeño en elevarse—y no pocas veces la prensa eleva á los que ni lo merecen ni lo agradecen—y sobre todo favorecido con todas las simpatías del bello sexo, Narciso no tenía ya que hacer más que dejarse querer de la Fortuna y aprovechar las ocasiones con habilidad y decisión.

Él no sabía nada, nada de letras, ni de ciencias, ni de historia, ni de administración, ni siquiera de lo que había estudiado... pero

Digitized by Google

no lo necesitaba. Para su misión en este mundo, que sólo consistía en lograr para sí mismo todas las ventajas y todos los bienes que pudiera, no necesitaba estudiar en los libros, sino en los hombres y en las mujeres.

La política es una gran profesión en nuestra católica España, y la prueba es que por dedicarse á ella hay muchos que abandonan resueltamente la que han ejercido antes. Tal personaje que fué médico cirujano y empezaba á despuntar por la obstetricia, suelta el forceps, renuncia á ayudar á nacer á sus conciudadanos uno á uno, y se improvisa hombre político, y en la oposición pone á parir al gobierno, y luego en el gobierno pone á parir á la nación entera. Otro, que cursó en la Escuela de Farmacia, y no pudo poner botica, se afilia á un partido, hace provisión de jarabe de pico, habla más que un saca-muelas, y al fin se entera el país de que tiene un servidor más, es decir, un hombre dispuesto á sacrificarse siendo Diputado, Director, Ministro, todo lo que se quiera...

Y vamos, los que han sido algo, los que han estudiado algo, los que han procurado hacerse cargo siquiera de las necesidades públicas, de la historia, los caracteres y las

Digitized by Google

condiciones de los pueblos, de los vicios de la administración, de todo lo que es preciso saber para adquirir la ciencia de gobernar, aun pueden con lucimiento propio y provecho del país influir en la política; pero Narciso no era de esos, Narciso no sabía nada, como ya se ha dicho, y no tenía más elementos de fortuna que su descaro y su gentil figura. No sentía la noble aspiración de servir á su patria, consagrándole su trabajo, su ciencia, su vida entera; la suya era más modesta, consistía en que todo el mundo le sirviera á él, es decir, que su deseo puede expresarse con una sola frase muy usada, era *vivir sobre el país*.

Y lo iba á conseguir, lo iba consiguiendo.

Su nombre lo leía toda España tres ó cuatro días cada semana en todos los periódicos de la corte, y en las conversaciones relativas á la crónica escandalosa, y en los altos círculos repetíase infinidad de veces como el de protagonista en ciertas galantes aventuras. Hasta había tenido ya un lance con otro buen mozo, un jerezano muy rico, amante de una señora que tenía el marido ausente, y que encontró más digno de sus favores, ó tanto por lo menos, al lindo Narciso, y no aviniéndo-

Digitized by Google

dose el jerezano á quedar en situación de excedente, provocó á su sucesor, quien tuvo la suerte de cruzarle de un sablazo la cara dejándole señalado para siempre.

Este lance, en que salió airoso y triunfante, contribuyó á consolidar su reputación de hombre de mundo y le aseguró el respeto de todos, porque del prójimo que pega, y pega duro, nadie se atreve á hablar desfavorablemente por temor de recibir inmediato castigo, y así algún marido cuitado que sospechó algo incorrecto en la amistad de su mujer y el andaluz, se hizo el desentendido para no ser la representación viva de cierto dicho vulgarísimo que todos los lectores recuerdan en este momento.

Lo cierto era que Narciso se veía y se deseaba para cumplir con todos los compromisos de amor, ¿de amor? que iba contrayendo, y se disputaban su preferencia viudas de buen porte, y casadas mal avenidas con sus maridos, ó desdeñadas por estos, ó unidas á viejos achacosos y mal humorados, en todos conceptos... y más de una rivalidad femenil estuvo á punto de producir en el *foyer* del Teatro Real, ó en el paseo de la Castellana, ó á la entrada ó á la salida de la novena un

Digitized by Google

escándalo mayúsculo, porque la mujer, en perdiendo el pudor, todo lo ha perdido y no hay consideración que la detenga en el camino de la total perdición.

Narciso no tenía únicamente la habitación que con el mayor desprendimiento le había cedido en su casa de huéspedes la ardiente y enamorada Tomasa. Tenía otra, un entresuelo muy lindamente amueblado en una casa novísima, en calle muy solitaria. Á este entresuelo se subía por dos escaleras, la principal y la de servicio, y de ambas puertas tenía llaves, como era natural, el inquilino, y Narciso, que galantemente ofrecía su habitación á las amigas íntimas, y algunas, por curiosidad, sin duda, la visitaban, siempre llevaba consigo las llaves.

Pero un día, poco antes del en que se verificó en casa de los marqueses la gran *soirée* á que asistió Tomasa, escondida entre los cortinajes, ¿en qué estaría pensando el don Juan Tenorio que se dejó olvidadas las llaves sobre el lavabo?... Y sin duda no las necesitó aquel día, y por eso no advirtió la falta y no volvió á buscarlas.

Tomasa, que siempre que salía de casa el huésped de su corazón, entraba en el gabi-

Digitized by Google

nete á respirar con delicia aquella atmósfera del hombre adorado, entró, como siempre, y comenzó á arreglar la habitación, cuidado que no confiaba á ninguna de sus criadas... No quería que profanasen el templo en que moraba su ídolo.

Sobre el lavabo vió las llaves, y las cogió y las miró largo espacio.—«No son llaves de muebles, aunque pequeñas y pulidas»—pensó Tomasa. Y si no eran de muebles, forzosamente habían de ser de puerta. Pero, ¿de qué puerta? De ninguna de las de la casa de Tomasa. Luego eran de puertas de otra casa. Pero ¿de qué casa?... ¿Cómo adivinar qué puertas de casa de Madrid se abrían con tales llaves?...

Tomasa quería saberlo, necesitaba saberlo. Sospechaba que Narciso tenía otros amores, y las llaves eran una prueba de lo fundado de su sospecha. Esta sospecha la mortificaba lenta y cruelmente, y prefería saber de una vez si otra mujer, ú otras le arrebataban el amor del hombre por quien estaba loca. La incertidumbre era un tormento que la mataría despacio, haciéndole sufrir horriblemente; la evidencia de la traición sería un golpe que podría matarla en el acto, ó acaso un po-

Digitized by Google

deroso revulsivo por medio del que lanzara de su pecho la funesta pasión.

Se engañaba la impetuosa andaluza, porque en casa de los marqueses, en aquella fiesta sofocante y magnífica recibió el golpe de la evidencia que deseaba conocer, y no la mató; lo que hizo fué exacerbar más su frenesí amoroso, de tal suerte que si la hubiera cogido por su cuenta uno de estos médicos alienistas que ahora abundan, habríase holgado de hallar un curiosísimo ejemplar en que hacer observaciones muy luminosas y de gran importancia para la ciencia.

Tomasa quedó sorprendida y suspensa al encontrar las llaves, y tentada estuvo de recogerlas y guardarlas para que Narciso se las hubiera pedido luego. Habríale dicho que una criada las halló y se las habría entregado, y hubiera podido observar al darle esta explicación la fisonomía de su amante. Pero desechó la idea. Cogió las llaves, fuése á su cuarto, buscó cera en el costurero, la ablandó un poco al calor, y con presteza y con habilidad suma sacó el molde de las dos llaves. Luego las dejó sobre el lavabo, en el mismo sitio donde las había encontrado.

—Ya buscaré yo—se dijo—quien' me haga

Digitized by Google

estas llaves, y poco he de poder si no averiguo qué puertas se abren con ellas.

Aquel día volvió Narciso á casa á primera hora de la noche á vestirse, y luego que salió, Tomasa corrió á ver si estaban las llaves. Ya se las había llevado el buen mozo.

Después de la corta y violentísima escena con Tomasa, Narciso, á quien pesaba ya demasiado el amor insaciable de la andaluza, resolvió recobrar enteramente su libertad y mudar de domicilio. Tenía la habitación misteriosa de la calle solitaria, pero aquella habitación no podía ser su domicilio oficial, digámoslo así. Pensó poner casa, alquilar un piso en sitio céntrico, todo como convenía á persona de su posición; pero como esto exigía algún tiempo, resolvió por lo pronto instalarse en un buen hotel.

Y dicho y hecho.

Subió al hotel más acreditado que por entonces había en la Puerta del Sol, habló con el dueño, un suizo muy pegajoso, y convino con él el precio en que le cedería sala, gabinete y alcoba independientes en el primer piso, y cuando el suizo supo el nombre de su nuevo huésped, nombre que cien veces había leído en los papeles públicos, fué cosa

Digitized by Google

de ver la satisfacción que expresaron sus ojos, mirando al guapo mozo que llevaba á su establecimiento el prestigio de un nombre conocidísimo en la alta sociedad. Semejante huésped en su casa no podía menos de traerle otros, y se propuso tratarle de manera que no pudiera menos de alabar el excelente servicio y la incomparable amabilidad y cortesía que hallaban en aquel hotel sus favorecedores. Deshízose el suizo en cortesías, dijo que ya conocía el nombre ilustre de Su Excelencia, le felicitó por el triunfo que alcanzó en el duelo de que tanto se había hablado en la mesa redonda, le ofreció cambiar el mobiliario de las habitaciones elegidas por otro mejor, le deslizó con cierta sonrisa significativa la indicación de que el hotel tenía tres entradas y tres salidas muy convenientes para un *gentleman* que recibiría, sin duda, visitas misteriosas, y estuvo, en fin, el hombre tan meloso, tan insinuante, tan pesado, tan impertinente y tan cargante, que faltó poco para que Narciso le enviase á paseo y buscara otro alojamiento.

Llamó el suizo al secretario del hotel y á los camareros y camareras del piso principal, y les dijo:

Digitized by Google

—Estas habitaciones son desde este momento del Excelentísimo señor don Narciso Galán, que es este caballero. Secretario, anote usted en el libro el nombre, pase aviso al correo y otro al telégrafo, y envíe nota á la *Gazzette des étrangers* de París...

—¿Y para qué?—preguntó Narciso.

—¡Oh! tratándose de una persona de la importancia de Vuestra Excelencia, esa noticia en la *Gazzette des étrangers* es de sumo interés para mi casa. Todas las personas de la colonia española en París vendrán á mi casa cuando visiten Madrid.

—¿Mi nombre servirá de reclamo?...

—¡Oh! ¿Vuestra Excelencia no sabe lo que vale su nombre en el gran mundo?... Yo, sí, yo he oído en el hotel hablar mucho de Su Excelencia... En fin, señor, yo entiendo bien mi negocio, y además creo que Vuestra Excelencia nada pierde con que el periódico de París cite su nombre.

—No, hombre, nada, no pierdo nada.

Y con esto se despidió Narciso, prometiendo volver.

Era preciso que volviese á casa de Tomasa. Allí tenía ropa que recoger, valores, algunos efectos, y además debía al romper con su

Digitized by Google

socia hacer la correspondiente liquidación. Manejaba el dinero de su amante, interesándolo en sus operaciones bursátiles, y aunque no le hacía mucha gracia desprenderse en aquel momento de más de cinco mil duros, no había otro remedio.

Entró Narciso en casa de Tomasa, y dijo á la criada que abrió la puerta:

—Di á tu señora que venga al gabinete.

Narciso empezó á recoger su ropa de la percha, abrió el armario de luna donde tenía las camisas, y en esta operación estaba cuando se presentó la dolorida Tomasa.

—¿Qué quiere usted?...—dijo.

—Decirte que esto se acabó.

—¿Qué?...

—Que me voy á otra parte.

Tomasa se estremeció.

—¿Y qué?...

—Quiero tener libertad, y no gusto de que se me espíe. Soy libre, no tengo obligación ninguna...

—¿Ninguna?...

—Me parece. No me acuerdo de haberme casado contigo, Tomasita. Tú lo has tomado por lo serio, y á mí no me acomodan tus celos ni tu amor. ¿Querías convertirme en pa-

Digitized by Google

trón de huéspedes?... ¿Esperabas, sin duda, que una mañanita temprano te llevara á la parroquia y me casara como un animal?... Pues, hija, siento decirte que te has equivocado...

Tomasa se acercó á Narciso, y poniéndole la mano en el pecho, le dijo:

—Yo creía que tenías algo aquí.

—Tengo lo que todos.

—Ni siquiera agradeces que te quiera.

—¡Pamplinas!

—Mira, Narciso, yo no he querido á nadie más que á ti. Ya lo sabes... Á mi marido no le quise; me casé con él, porque era preciso, porque mis padres quisieron, porque todo el mundo murmuraba de mí y creían que no podría casarme nunca. El hombre se enamoró de mí como un loco, y creyó que yo era una mujer virtuosa. Y no lo era, porque antes de casarme... ¿no te acuerdas tampoco?... Mi padre siempre en su oficina,... mi madre con las vecinas... ó en la iglesia,... y nadie supo, nadie que tú eras mi amante... Tú me aconsejaste que me casara con aquel pobre hombre, y me casé... y si aquel hombre no hubiera estado tan ciego, habría visto que yo le hacía traición... Se marchó á la Haba-

Digitized by Google

na, y gracias á él, no estoy ahora en la miseria...

—¿Y para qué me cuentas todo eso, mujer?... Yo te he querido también.

—¿Tú?...

—Sí, mujer, te he querido como se quiere á una mujer guapa.

—¿Nada más que así?...

—Lo mismo que tú á mí, buena pieza.

—Y ya no soy guapa...

—Sí, eres guapa todavía, pero...

—Pero ya no te gusto...

—¡Qué tema!

—Te gusta más la marquesa de la Filigrana, ¿verdad?...

—Eso no te importa, y ahí tienes por qué me marcho de tu casa; ya te lo he dicho, no gusto de que se me espíe, ni de que nadie intervenga en mis asuntos. ¿Con qué derecho me sigues los pasos?...

—Porque no quiero que quieras á esa mujer.

—Pues te aseguro que no la quiero. Ella es la que se ha prendado de mí, y yo me dejo querer porque me conviene. He venido á Madrid á hacer fortuna pronto, y me valgo de los medios que mejor pueden facilitarme la

Digitized by Google

realización de mi propósito. La marquesa es la más poderosa influencia y yo quiero que toda la influencia de la marquesa se emplee en mi favor. Ya tienes explicado por qué me dejo querer de la marquesa, y por qué le hago creer que estoy enamorado de ella. No debía darte estas explicaciones, pero te las doy para que veas que no entra por nada en todo esto lo que tú, como si fueras una virgen cursi de diez y ocho años, llamas amor.

—Todo lo que dices es infame. La marquesa es casada.

—Mejor.

—El marqués es una excelente persona, un hombre muy digno, que te cree su amigo, y á quien tú estás dispuesto á ultrajar miserablemente y á pagarle con la más negra ingratitud.

—¿Te has dedicado á leer novelas?... Mira, el marqués es muy buena persona, te lo concedo, y hasta sabe griego; pero tiene ideas tan rancias, que entiende que hace bastante para merecer mi agradecimiento con llamarme su amigo, aburrirme con sus malditos griegos, convidarme á comer y presentarme á sus conocidos como un chico listo; pero ni me hará diputado, ni director general, ni

Digitized by Google

ministro, ni me dará una gran cruz, porque dice que los diputados deben ser personas de mucho arraigo, conocidos y conocedores de los distritos, que á los altos puestos se debe llegar por relevantes servicios á la patria ó por sus pasos contados, es decir, por rigorosa antigüedad, y que las cruces no se deben dar más que á personas de saber y virtud, de circunstancias y méritos extraordinarios, que hayan hecho trabajos de inmensa utilidad,... en fin, unas vejeces que da grima oirle. Figúrate que el otro día me llamó para decirme que iba á darme una prueba de su mucho interés por mí, pidiendo al Ministro una credencial de jefe de negociado con veinte mil reales. ¡Bonito porvenir! Veinte mil reales de sueldo, ir á trabajar, á revolver papeles, á poner minutas, á confundirme en el número infinito de los empleadillos de menor cuantía que tienen pan para hoy y hambre para mañana... No sé cómo me contuve... Dile gracias y le dije que veinte mil reales me los ganaba yo en un minuto en la Bolsa... No le gustó esto de la Bolsa... Te digo que es un hombre muy atrasado. Su nobleza antigua le tiene chiflado... Si no fuera por su mujer y por

Digitized by Google

mí, que le hemos excitado á dar esas fiestas á la moderna, obscurecido estaría en su gran caserón, y nadie se acordaría de él... Yo le hago célebre, le he resucitado, le he vuelto á sacar al mundo, á el que ya como si hubiera muerto, y le he puesto de moda, como quien dice... El diplomático arrinconado, el helenista ignorado, el rico avariento, el noble aislado y desconocido se ha convertido como por arte mágica en un grande hombre de Estado, en un sabio profundo y trascendental, en un espléndido magnate, en un ilustre prócer, y su fama vuela por el mundo... Antes no le conocían más que en Sevilla, y tampoco le conocían, porque únicamente era conocido su título. Con que ya ves quién debe agradecimiento á quién.

—Pues sea como quiera, á ese hombre le has de respetar, Narciso—dijo Tomasa.

—¿Por qué?

—Porque yo quiero, porque á él y á su hija los estimo yo.

—Buen provecho. Su hija, la fea, ¡buena lámina! y devota, é hipócrita.

—Eso no, hipócrita no es, que es buena y bondadosa como un ángel.

—¿De esa no tienes celos?... Pues si hu-

Digitized by Google

biera querido casarme con ella, sería mi mujer, porque al principio de mi amistad con su padre creo que la señorita me miraba con buenos ojos, aunque no lo son los suyos; pero ahora ha cambiado, ya no me puede ver... lo conozco, y la culpa la tiene un curita que yo mismo he traído de Sevilla... ¡El tal curita!...

—Narciso, de la señorita Aurora no hables mal delante de mí. Es una santa...

—Pues hubiera hecho una diablura la santa si yo me hubiese empeñado; pero casarme con una fea, aunque tenga una fortuna como tiene esa, no entra en mi cálculo. Eso lo consigue cualquiera... Alguna del corte y circunstancias de Aurora se ha escapado con un lacayo... Yo, cuando me case, ha de ser con la más rica y la más hermosa...

—¿Casarte?...

—¡Qué! ¿tampoco quieres que me case? Pues, señor, tú te has figurado que yo soy un mono de tu propiedad, que he de estar sujeto á tu voluntad toda la vida. No, hija, no, es preciso que reflexiones, que te hagas cargo de la realidad... Yo soy joven; cuando te conocí era casi un niño, y casi puede decirse que tú—y estabas entonces superior-

Digitized by Google

mente hermosa,—me iniciaste en eso que llamas amor... Tenías muchos más años que yo...

—¿Más años?...

—Sí, los mismos que hay ahora de diferencia entre tu edad y la mía.

—¿Me llamas vieja?

—No te llamo nada, mujer, te digo que tus años son más que los míos, y tu edad es la de tener juicio, no hacer locuras, consagrarte exclusivamente á tu industria de los huéspedes, y vivir tranquila, procurando que ellos estén contentos y te paguen bien... Ahora que me voy te daré tu dinero, el que me entregaste para que lo interesara en mis jugadas de bolsa. No has salido mal librada. Me diste cinco mil duros, te daré seis mil, y te pagaré mi pupilaje... No has querido nunca el dinero... Eso sí, rumbosa lo eres, reconozco tus buenas cualidades... y las proclamo.

—Narciso, no te vas—dijo Tomasa.

—¿Que no?... ¿Quién me lo impedirá?...

—Yo, que te quiero, aunque eres malo, pero malo y remalo.

—Muchas gracias, pero no puedo seguir aquí. Ya tengo casa, una casa donde el pa-

Digitized by Google

trón no me hablará de amor, y eso que es muy pegajoso el condenado; la noticia de mi instalación en la nueva casa la anunciará uno de estos días un periódico de París... Con que acabemos, Doña Tomasa, voy á dar á usted un talón del Banco para que cobre su dinero, y dígame lo que le debo de pupilaje...

—Nada quiero, nada me debes, y no te vas.

Y Tomasa, olvidada ya de la brutalidad con que la había tratado el buen mozo, acercábase á él abriendo los brazos...

—¡Bah! ¡bah! nada de mimos—dijo Narciso groseramente.

—Narciso, ahora te quiero más que nunca —dijo suspirando la pobre mujer.

—¡Qué gracia!

—Te digo que no te vas.

—Te digo que sí me voy.

—Si te vas soy capaz de hacer un disparate.

—Me parece que también lo eres aunque no me vaya.

—Sí, tienes razón, puesto que soy capaz de querer á un hombre como tú.

—Vamos, hija, mujer, patrona, ó demo-

Digitized by Google

nio, no me vengas á hacer fiestas. ¿No te da vergüenza, con los años que tienes, hacerte la niña tierna, enamorada y celosa?... Acabemos... Hablemos como socios, ó como patrona y huésped, y acabemos, te digo.

—¡Jesús!—exclamó Tomasa—¡el hombre! ¡qué fiera! ¡Hay que tener miedo al hombre!

Y abría desmesuradamente los ojos mirando con espanto á Narciso.

—Tomasa, no desvaríes; no falta más sino que te me vayas á volver loca. Sería el colmo, el colmo de lo cursi y lo ridículo... Tendría que huir de Madrid cuando se supiera en los altos círculos que por Narciso Galán se había vuelto loca su patrona, la pupilera Tomasa.

Y el miserable se reía estrepitosamente.

—Debería ahogarte—exclamó Tomasa, con los ojos centelleando de ira: —infame, pillo, peor que ladrón...

—¡Silencio!...

—Ya no te detengo, vete.

—Sí, vale más, porque sino me vería en la necesidad de arrancarte la lengua. Y no quiero escándalos...

—Tú quieres ser infame y hacer infamias, pero sin escándalo...

—¡Basta ya!

Digitized by Google

—Sí, ¡basta!

—¿Cuánto te debo?

—Nada.

Narciso buscó en el armario el libro talonario de su cuenta corriente en el Banco, escribió en un talón, firmó, lo cortó, y arrojó sobre el velador de mármol el papel.

—Ahí tienes; aportaste á la sociedad cinco mil duros, y te devuelvo seis. Me darás un recibo.

—Recibo no me lo diste tú, y eres menos de fiar que yo.

Siguió Narciso recogiendo y guardando en dos mundos sus efectos, puso los papeles en una cartera, que guardó, y cogiendo el sombrero, dijo á su amante:

— Con una tarjeta mía vendrán por todo eso.

—Bueno.

—Adiós, Tomasa. Buena suerte.

—Oye, Narciso—dijo la andaluza, clavando la mirada profunda y fija en los hermosísimos ojos del andaluz: —ó me muero, ó me he de vengar de ti.

El andaluz le contestó encogiéndose de hombros con una mirada despreciativa y salió riéndose.

Digitized by Google

XVIII

«Si no fuera por ella, pensaba muchas veces el bueno de don Serafín, ya no estaría yo en Madrid... ¡Quiá! hubiérame vuelto á Sevilla, á decir la misa en mi iglesia de San Lorenzo de mi alma, cambiando con el compañero que me ha sustituído y acaso está allí á disgusto... Este es el mundo, lo que unos apetecen otros lo aborrecen... No digo yo que Madrid sea mala población, no señor, que es buena, pero, vamos, para un cura no es lo mejor vivir aquí donde tanto se distrae uno, y donde este augusto sacerdocio parece una profesión profana, un oficio, una industria, un modo de vivir como otro cualquiera.

»Creo y temo que voy á acabar por ser uno de tantos... ¡toma! ya lo sería, si el ejercicio de la caridad no ocupara mi tiempo. Gracias á la santita de esta casa no soy un vago y

Digitized by Google

un egoísta, pero lo seré, y un vanidoso altivo y soberbio. Bien sabe Dios que yo no he venido á esta posición por mi codicia y mi deseo. Me trajeron la picardía de ese don Narciso y la bondad de estos marqueses, que no saben qué hacer con tanto dinero como tienen, y están tocados de la vanidad, que en ellos ciertamente es disculpable, porque al fin y al cabo todo el mundo no es grande de España ni posee un caudalazo como el suyo.

»Han querido tener un cura para ellos solos, y este sí que es un gran alarde de vanidad, y ahora mi señor el marqués no se contenta con eso sino que á este cura se empeña en adornarle, engalanarle y envanecerle, sin duda porque se vea que el cura, como si dijéramos titular de su casa, es superior, porque él le ha hecho serlo, á todos esos pobres clérigos que andan por ahí... Y ¿qué ha hecho?... me ha sacado del Ministerio de Estado una encomienda de Isabel la Católica, sin que yo tuviera el más leve indicio de lo que traía entre manos para sorprenderme, para halagar mi vanidad sin duda, porque ¿para qué otra cosa había de condecorarme el marqués mi señor?... Para halagar mi vanidad al mismo tiempo que la suya, porque si yo no

Digitized by Google

fuera capellán de su casa, pagado por él, no se habría acordado seguramente de mí para ponerme ese distintivo... No podía ponerme un collar de cascabeles de plata, con sus iniciales y su blasón, como los pone á los hermosos perros que tiene por lujo, y me ha puesto una placa, que ya le habrá costado un pico... ¡Dios mío! En mi vida he pasado tal vergüenza. Cuando esta mañana me dirigí á la iglesia de las Comendadoras donde debía asistir por indicación del marqués á la solemne función dispuesta por los Caballeros de las Órdenes militares, noté que la gente me miraba, y que los centinelas del Ministerio de la Guerra me hacían el saludo de ordenanza, que nunca hacen al pobre cura pelado que pasa por la calle, y ya iba preocupado con estas demostraciones, cuando súbitamente deslumbró mis ojos una cosa que pesaba y relucía en mi manteo.

»Miré atentamente y vi la placa, la placa que me ha puesto el marqués, creyendo hacerme favor y darme una prueba más de su protectora amistad y de su gran influencia, que debe, en verdad, necesitarse mucha influencia para conseguir se otorgue un premio tan considerable á quien nada ha hecho

Digitized by Google

para merecerlo. Bien que puede ser que nada le dén á quien lo haya merecido. ¡Jesús! quedé aturdido, y no me la arranqué allí mismo porque no era cosa fácil y habría llamado mucho la atención de las gentes... me habrían creído loco, loco de remate... Y no tuve más remedio que embozarme en el manteo y procurar que no se viera la condecoración. ¡Qué ideas tienen estos ricos, estos aristócratas, estos grandes personajes!

»Allí estaba, en la iglesia, me esperaba para ver el efecto que me había hecho su regalo, y me dijo lo que ya sabía yo; que había querido sorprenderme, que mientras yo dormía me habían cosido la placa por orden suya, y en casa encontraría á la vuelta el diploma de mi condecoración. Ni recuerdo lo que le dije; nunca he sentido turbación semejante, ni más embarazoso rubor ni cortedad más penosa. Si yo tuviera el carácter y la decisión que no tengo, habríame negado resueltamente á aceptar semejante gracia inmerecida, pero no me atreví... ¿No podría interpretarse esta negativa como un acto de soberbia?... En fin, ya ha tenido el marqués la satisfacción de mi sorpresa, ha conseguido su objeto, y ahora me quitaré del

Digitized by Google

manteo esta divisa, y no la usaré jamás... Quédense estas distinciones para los príncipes de la Iglesia, bien que no les dén más importancia y respetabilidad que les da su misión augusta... ¡Un pobre clérigo con esta venera!... Todos mis compañeros mirábanme hoy en la iglesia, donde, por más que hice, no pude ocultarla, y seguramente que pensarían todos: — «Vamos, le han condecorado á éste porque es capellán del marqués, de un grande de España. ¡Y qué ufano está con su placa!...»—¿Y qué pensaría aquel cura viejecito de la cabeza nevada, que lleva un manteo tan raído, peor que el que yo traje de Sevilla, ya lo creo, y no tiene otros recursos que la misa?... ¡Con qué lástima me habrá mirado!... La religión es humildad, y lo que no es humildad no es religión...»

El padre Serafín cogió el manteo que al entrar en su habitación había dejado sobre el sofá, buscó en su mesa un diminuto corta-plumas, sentóse con el manteo sobre las rodillas, y empezó á cortar las puntadas con que estaba sujeta la brillante placa.

La placa estaba perfectamente cosida al paño, y no fué breve ciertamente la obra de

Digitized by Google

desprenderla, cuidando de no hacer algún agujero en el manteo.

El bueno del cura, tan poco fácil de palabra cuando hablaba con el marqués ó con la marquesa, sus señores, era elocuentísimo cuando nadie le oía y hablaba consigo mismo. Y así, mientras se despojaba de la condecoración, ó venera, como él decía, continuó su soliloquio:

«¡Jesús! ¡Jesús, María y José! ¡qué mundo! Yo no tenía idea de esto, no podía imaginar que sucediera en el mundo lo que sucede en Madrid... ¡Qué inmoralidad! ¡y qué descoco! porque no es esta la inmoralidad hipócrita de otros tiempos, no, es la inmoralidad desfachatada, franca, á banderas desplegadas... Mi amadísima Aurora, mi hermana del alma, está la pobre escandalizada de que su madre se haya prendado de la buena figura de Narciso, y atribulada y llena de angustia esfuérzase, hija amantísima, en evitar que lo que ahora sólo es conato de pecado mortal, sea un delito consumado y de irreparables consecuencias. La marquesa no puede ver, odia de muerte al marqués, al que le ha dado su nombre, al padre de su hija. Si el marqués muriera súbitamente, su mujer fin-

Digitized by Google

giría el dolor, y se regocijaría de quedar libre... Dios me perdone el mal pensamiento.

»¡Oh! si yo no tuviera conciencia, qué medros tan considerables podría alcanzar! Me avergüenzo recordarlo. Suponen que yo ejerzo una influencia decisiva en esta casa, y todo el mundo me asedia para obtener mi protección, mi favor, ó mi complicidad. Uno, aristócrata arruinado por sus vicios, quiere interesarme en sus pretensiones á la mano de Aurora, y pretende corromperme con ofrecimientos positivos. ¿Estará pervertido el hombre que considera á un sacerdote capaz de ser cómplice de quien sólo aspira á la fortuna de una mujer rica para hacerla desgraciada y pobre?..... Otro me ofrece dinero á cambio de una credencial que el marqués ó la marquesa pueden obtener de un ministro, si yo hago la recomendación y demuestro gran empeño en lograrla. ¡Qué escándalo! Tonto con todas sus letras me llamó el otro día un compañero que me ofrecía 500 duros de gratificación si le alcanzaba, por mediación de la marquesa, una canongía, y no pude contener mi indignación y le increpé duramente... Tonto, me llamó, y no recuerdo bien si también dijo *estúpido*. Jamás

Digitized by Google

hubiera creído lo que ahora oigo y veo. No podía concebir que en el estado eclesiástico hubiese quien quisiera alcanzar por dinero lo que sólo al mérito, á la ciencia y á la virtud debe otorgarse. Si á mí mismo no se hubiera dirigido este compañero, habría creído que quien me lo contara pretendía burlarse de mí.

»Ya sabía yo que hay en todas partes mujeres infieles y maridos viciosos, matrimonios desventurados que viven en un infierno. Muchas veces, allá en Sevilla, he tenido que intervenir en alguna disensión matrimonial, y á mi manera hacía reflexiones al marido, templaba á la mujer, y procuraba evitar una catástrofe, estimulando á uno y otra á llevar la cruz con paciencia, ya que se la habían echado encima, y no había manera de soltarla... Estos malos matrimonios eran allí escándalo del barrio en que vivían, y el marido y la mujer parecía como que andaban avergonzados y huídos de la gente.

»¡Oh! aquí los malos matrimonios no se avergüenzan tan fácilmente, ni nadie se escandaliza de saber su vida y milagros. Pasea por la Castellana en su coche blasonado la gran señora, y su carruaje se cruza una y

Digitized by Google

otra vez con el elegante tren en que luce sus galas la querida del marido, y ésta no baja los ojos cuando pasa por delante de la esposa, la mira con provocativa y desvergonzada sonrisa, haciendo alarde escandaloso de su descoco. Y este marido es un personaje, que lleva siempre tras sí corte de aduladores, y todo el mundo admira su esplendidez, y á nadie le choca que un hombre, profundamente inmoral en su vida privada, tenga influencia en el gobierno del país y sea legislador y disfrute las más altas distinciones.

»¡Qué Madrid este, válgame Dios!... Veo una persona, pregunto quién es, y me contesta quien le conoce:—«Ese es un peine que ha sabido hacerse rico sin trabajar. Se ha comido los bienes de unos menores, presta dinero por segunda mano al seis por ciento al mes y ha arruinado á una familia, cuyo jefe murió sin testar y con la que ha sostenido un pleito por una deuda no bien comprobada. Por lo demás, es presidente de la Asociación protectora de los huérfanos de cesantes y jubilados, vocal de la Santa Hermandad de Santa Rita para proporcionar casamiento á las niñas sin dote, y visitador de la casa de San Ramón Nonnato para la asis-

Digitized by Google

tencia de parturientas vergonzantes.» Veo otro distinguido caballero, de excelente porte y fisonomía simpática. «¿Quién es este señor?» pregunto.—«Paco Pérez, me contestan, un jugador; mató á disgustos, otros dicen que á palos, á su primera mujer, que era una santa, y se ha casado con una vieja rica. La desventurada vieja por ahí anda arrastrando una vida miserable y solitaria... Él se ha hecho dueño de cuanto tenía la vieja, debidamente autorizado por esta pobre tonta, enamorada á los cincuenta y cinco años, y si no la mata á palos será porque no le estorba...»

»Ya no quiero preguntar nada respecto de persona alguna: Vale más ignorar lo que es cada uno para no entristecerse conociendo tanto vicio, tanta miseria, tanta maldad... Yo tenía otra idea del mundo. Creía que en esta clase ilustrada no encontraría los vicios que parece debieran ser consecuencia de la mala educación ó de la carencia absoluta de educación, pero los encuentro con caracteres más graves que en el pueblo ignorante, y cuya ignorancia es una atendible atenuación de sus defectos.

»Gitanos con frac, cortesanas en coche, el descaro triunfante, la modestia despreciada,

Digitized by Google

el tahur entre los caballeros, la nulidad premiada y enaltecida, la farsa consentida,... todo esto que veo me aflige profundamente, y me hace recordar con deleite mis pobres de Sevilla, aquellos hombres como trinquetes que oían humildes mis reconvenciones... Venía la mujer con la criatura en brazos y me decía:—«Padre Serafín, que le hable usted á mi marido, que le diga usted dos palabritas bien dichas sobre lo feo que es el vicio de la bebida, á ver si quiere Dios que le haga á usted caso, y tengamos paz en casa.» Y yo iba y me hacía el encontradizo con el hombre y le decía las dos palabritas, y alguna vez, alguna vez, conseguía que el hombre se corrigiera... ¡Oh! fuerte cosa es que no he de lograr mi curato de un pueblecito. Esta ha sido siempre mi única aspiración, porque entiendo que sería para mí el medio de hacer el bien, de ejercer dignamente el sacerdocio. Al marqués le he indicado este deseo, y he solicitado su apoyo, pero él, aunque le tengo por discreto, está de tal manera tocado de la vanidad, que me ha dicho: —«¡Hombre! para usted no pido yo esa miseria... Un capellán de mi casa no puede salir de ella sino obteniendo una alta dignidad.»

Digitized by Google

¡Y dale con la altura! Yo le agradezco mucho el buen deseo, pero con menos me contento. ¡Ser cura párroco, y no en una gran ciudad, sino en un pueblo, pastor de un pequeño rebaño, apacentado por mí con caridad evangélica y amor infinito!... Si no fuera por mi amada hermana del alma, por Aurora, que dice necesita mi cooperación para sus buenas obras, ya me hubiera vuelto á mi barrio de San Lorenzo... Me escribió mi hermana que mi sucesor estaba sumamente disgustado por no tener mejor colocación, y parecía envidiar mi gran suerte. Él sí que se encontraría aquí en su centro; le gustaría ser un capellán de lujo, como soy yo en casa de estos grandes señores...»

Y acabó el trabajo en que estaba empeñado, y en el estuche que, junto con el diploma de caballero comendador, le habían puesto sobre la mesa, guardó la hermosa placa, en el mismo instante en que le anunciaban una visita.

—Yo soy de confianza—decía el visitante, entrando detrás del criado.

Era aquel clérigo que había solicitado del padre Serafín, con promesa de importante dádiva, el apoyo para conseguir una canongía.

Digitized by Google

Acababa de leer en *La Correspondencia* que el capellán de los marqueses de la Filigrana había sido agraciado, en premio de sus eminentes servicios y relevantes virtudes, con la encomienda de Isabel la Católica, y le visitaba para ser el primero en felicitarle cordial y sinceramente por tan merecida y honrosa recompensa.

Al padre Serafín le faltó poco para echarse á llorar avergonzado.

«Sin duda, pensaba, este colega ya me cree menos *tonto* que me creía cuando rechacé su pretensión y su oferta, y tiene razón para juzgarme así.... Si á mí me han dado esa condecoración sin merecerla, porque la ha pedido y pagado el marqués, ¿por qué no se le ha de dar á este compañero la canongía?...»

Digitized by Google

XIX

Vinieron á Madrid la viuda de Vélez y Angustias acompañadas de Pedro y los pajarillos, y todos, inclusos los pajarillos, fueron recibidos por el cura con las más expresivas manifestaciones de afecto.

Angustias estaba más hermosa, en opinión del cura.

—Es que usted me mira con los ojos del amor más tierno, padre mío—le decía la andalucita.

—Tú sí que estás bueno y guapo—dijo la de Vélez á su hermano.—Eres lo que se llama un cura cortesano.

—No digas tal cosa, hermana—contestó el clérigo,—lo que debes decir es que me he hecho un holgazán, un vago, y dirás la verdad. Bien vestido, bien alojado, bien mantenido y sin trabajar, ¿qué he de hacer mas

Digitized by Google

que engordar como un bruto?... Si en esta vida regalona sigo mucho tiempo, me habéis de ver totalmente idiota. Periquillo—añadió el cura, abrazando á su sobrino—también tú pareces otro desde que has heredado, y ¡cuánto me alegro de tu buena fortuna! Ahora entrarás de pasante con un abogado, y á ti sí que te recomendaré á uno de mucha fama, que es el de esta casa.

—Ya venía yo seguro de que usted me ayudaría.

—Sí que lo haré, que eres bueno y te quiero.

Don Serafín había anunciado á los marqueses la próxima llegada de su hermana y sus sobrinos, y el marqués habíale repetido que habiendo en el segundo piso del palacio habitaciones independientes, podía sin reparo alguno alojar en ellas á su familia. Aceptó agradecido el ofrecimiento para la viuda y Angustias; pero Pedro, que si era sobrino suyo no tenía parentesco cercano ni remoto con su hermana y su sobrina, se instalaría en casa de huéspedes decente y económica, y precisamente el cura sabía de una que pertenecía á cierta prima del mayordomo del marqués, viuda de un alabardero, la que, se-

Digitized by Google

gún informes, trataba á los pupilos como si fueran sus propios hijos, y por ocho reales diarios estaban en su casa como unos duques, y el que se corría á darle el medio duro, ya podía decir á boca llena que ni un príncipe se le podía comparar en lo de estar bien atendido, lavado y planchado, asistido y mimado, de manera que sólo faltaba ponerle debajo de un fanal y llevarle á paseo en una carroza de concha.

La viuda y su hermano hablaron largamente. Contó el cura sus impresiones de Madrid, aunque muy atenuadas, encareció la bondad y esplendidez de los marqueses, callando lo de la encomienda, y sobre todo de la hija de los marqueses, de su amada Aurora, habló con tanto entusiasmo, con tan extraordinario encomio, que realmente parecía el bueno del cura un enamorado cantando la hermosura peregrina de su dama, y la viuda de Vélez entró en vivo deseo de conocer á la que su hermano llamaba ángel del cielo, mensajera del bien, y santa, en fin, como si hablando de Aurora el excelente padre Serafín olvidase su condición de sacerdote, y que estos elogios consagrados á criatura mortal no eran los más propios en los labios que

Digitized by Google

siempre han de ser austeros y prudentes de un eclesiástico. Pero él no lo podía remediar. El amor purísimo que le inspiraba la que llamaba su hermana, rebosábale en el corazón, y los resplandores de este amor iluminaban sus ojos, caldeaban su cerebro y enardecían sus palabras, de ordinario graves y reposadas.

Aurora, que no conocía el orgullo, y á quien todo lo relacionado con su amigo y consultor le interesaba en gran manera, en cuanto supo la llegada de la viuda y su hija, subió á las habitaciones del cura á darles la bienvenida.

Deslumbrada quedó contemplando la espléndida belleza de Angustias, y encantada luego de la modestia, sencillez y discreción con que contestó la andaluza á sus afectuosas frases.

—Hemos de ser muy amigas—dijo Aurora á Angustias. —Soy entusiasta de la belleza del cuerpo y del alma, y en usted el cielo ha querido juntar estas dos cualidades.

—Por Dios, señorita...—murmuró Angustias con modestia.

—La belleza física la veo y la admiro yo misma; la ótra, la permanente é indefinible,

Digitized by Google

la conozco por lo que de usted me ha dicho mi amigo, mi hermano, el capellán de esta casa. Yo siento no poseer la belleza física; confieso que me agradaria por modo singular ser bonita, y crea usted que hace tiempo he pasado mis rabietas y he tenido hasta mis nubes de envidia en el alma, que me mortificaban mucho, pero ya, gracias á Dios, todo pasó, ya estoy contenta, contenta no es la palabra, resignada con mi carencia de hermosura física, y procuro se me perdone esta falta, que no ha dependido de mi voluntad, haciéndome agradable por otras cualidades... Porque una fea que sobre ser fea, es arisca, envidiosa, díscola, soberbia, no parecerá únicamente fea á los que la hayan de sufrir, sino que parecerá verdaderamente horrible.

Para la viuda de Vélez tuvo también Aurora palabras de afecto cariñosas y oportunas á que contestó discretamente aquella, revelando en su lenguaje delicadísimo lo noble de su origen y lo distinguido de su educación. Conoció Aurora, con la costumbre que tenía de tratar con personas de elevada clase, que la madre de Angustias no era una mujer vulgar, y desde el primer momento le interesó profundamente.

Digitized by Google

Don Serafín presentó las dos mujeres á los marqueses. La marquesa las recibió fríamente; no así el marqués, que halló en Angustias rasgos de belleza del tipo más puro griego, y gran parecido con Estesiclea, representada en un bajo-relieve que había visto en Atenas, y que figuraba una alegoría de la pasión que aquella hembra famosa inspiró á un tiempo á Temístocles y Arístides. El marqués, entusiasmado con haber descubierto esta semejanza, encareció la hermosura de Angustias, y se regocijó de hacer conocimiento con dos sevillanas de tan buen porte.

Precisamente cuando las dos mujeres hacían su primera visita á la marquesa, apareció el hermoso Narciso, quien no tenía el más leve indicio de que había de encontrarlas. Las saludó cortésmente, pero nadie pudo advertir en él la sorpresa que experimentaba. No así la tierna Angustias que, toda corazón, reveló en su rostro la profunda emoción que sentía ante aquel hombre, cuya imagen había sido desde que Narciso se ausentó de Sevilla, constante compañera de sus sueños.

La pasión aviva los sentidos, y la marquesa, aun tan poco perspicaz como Dios

Digitized by Google

la hizo, adivinó que aquella hermosísima mujer era su rival, y para la viuda de Vélez no pasó desapercibida la centelleante mirada que la marquesa clavó en los ojos de Angustias.

El cura, todo atribulado, puso término á la situación embarazosa en que vió á las tres mujeres, y se llevó á su hermana y su sobrina, á quienes despidió la gran señora más friamente que las había recibido.

Y el cura, guiando á la viuda y á la turbada joven por las galerías del palacio, iba pensando:

—¡María Santísima! ¿para qué habrán venido aquí estas dos infelices?...

La viuda aprovechó la primera oportunidad para hablar á solas con su hermano. Éste ya no encarecía los méritos de Narciso; conocía su vida, sus aventuras, sus vicios, su carencia de sentido moral y religioso, su desapoderada ambición, y coincidía con su hermana en pensar que no era el marido que podía hacer feliz á su sobrina.

—Yo lo adiviné todo desde el primer momento—dijo la viuda,—y por eso me oponía á sus relaciones con mi hija, cuando tú le creías el tipo del hombre perfecto. Esta per-

Digitized by Google

fección la posee otro hombre capaz de hacer venturosa á una buena esposa, y á ese hay que casarle con Angustias. Es Pedro, tu sobrino.

—Sí creo—contestó el cura—que hará feliz á una mujer mi sobrino, pero esa mujer no es Angustias.

—¿No?...

—No, porque Angustias ama á otro.

—Pues es preciso que tú me ayudes en esta obra para hacer feliz á mi hija.

—Yo te ayudaré, pero desconfío de que lo consigamos.

—Es preciso que Angustias se case, y se case pronto. Es el único modo de curarla de esa pasión que me la matará, de esa pasión que ella misma querría arrojar de sí... Los deberes de casada, el sentimiento de la dignidad, y sobre todo el de la maternidad, después, triunfarán definitivamente de su fatal pasión...

—Dios lo quiera.

—Si mis padres me hubieran obligado á casarme con otro, no habría sido tan desventurada como lo fuí casándome con el que había elegido mi corazón.

—¿Pero no te rebelaste contra tus padres,

Digitized by Google

que no querían tu matrimonio con Vélez?...

—¡Es verdad!

—Pues ahora te puede suceder que no llegues á reducir á tu hija á hacer tu voluntad.

—Sólo yo quiero su bien.

—Como tus padres querían el tuyo.

—¡Jesús! me volveré loca.

—Hiciste mal en venir ahora á Madrid, hermana. Acaso Angustias había alcanzado ya en la ausencia, sino la calma absoluta de su corazón, la resignación y la conformidad con no lograr lo imposible.

—Me la llevaré á Sevilla, y no volveremos á salir de allí.

—Ahora sería peligroso. ¿Quién sabe, hermana, si te equivocaste cuando al principio opusiste tan tenaz resistencia á los amores de Narciso y tu hija?... Ese hombre era entonces menos malo que hoy; aquí se ha hecho frío y duro de corazón, calculador, ambicioso y egoísta. La humanidad entera le es indiferente. En Sevilla amaba á tu hija; aquí creo que no la ama. Acaso allí el amor purísimo de la dulce y encantadora Angustias habría dado calor á su corazón, acaso la ternura de la virgen enamorada habría ablanda-

Digitized by Google

do la dureza del hombre educado sin el amor de la madre y sin las enseñanzas de la religión. Por esto digo que pudiste equivocarte, hermana, mirando y tratando desde el primer momento como enemigo al que era el amor primero, el único amor de tu hija adorada.

Calló el cura, y la viuda llena de confusiones, no contestó. Representábase en su imaginación toda aquella larga serie de tristezas, amarguras y cruentos dolores de su vida de casada, y en la exaltación de sus temores por la suerte de la hija adorada, pensaba la delirante mujer:

—Muerta quiero á la hija de mi alma antes que verla sufrir lo que yo sufría.

Y la pobre Angustias, después de haber vuelto á ver á Narciso, si no sufría tormentos iguales á los que había sufrido su madre, sentía en su corazón el devastador incendio de una pasión invencible, y decía:

—¡Virgencita mía!... ¡le amo! ¡le amo! ¡dame fuerzas para no amarle! No merece que le ame, pero le amo... y no puedo dejar de amarle.

Digitized by Google

XX

Tomasa no podía vivir sin su huésped. La pasión que le inspiraba el gallardo Narciso, el que había sido su primer amor, la trocó la ausencia en locura y frenesí. Una y otra vez fué la pobre mujer á humillarse ante su amante, rogándole con lágrimas de sangre que volviera á su casa... Ella no le hablaría, no le vería, pero estaría satisfecha con saber que bajo su mismo techo dormía el hombre adorado. Pedíale perdón, ofrecíale hasta resignarse á que tuviera otros amores... Narciso se mostró implacable, desdeñó con soberano desprecio á la infeliz que le había otorgado las primicias de su amor, y Tomasa se sintió más herida que si la hubiese golpeado, más que cuando le dió en el pecho bárbara puñada, hiriéndola de muerte, porque

Digitized by Google

desde aquel día Tomasa empezó á perder la salud.

Persuadióse por fin la triste de que nada alcanzaría de aquel corazón duro como la roca viva, y cesó de suplicar; pero la idea de la venganza, á que había querido renunciar, enardeció otra vez su cerebro, y se apoderó de ella de tal suerte que vino á ser una obsesión invencible.

Abandonó la pupilera á sus criadas el cuidado de la casa, y se dedicó á perseguir á Narciso. En tanto quejábanse del mal servicio los huéspedes, á quienes tenía ella acostumbrados á muchos mimos, les parecía escasa y mal dispuesta la comida, poco el aseo, y triste la mansión donde ya no se oían los donaires y las graciosas ocurrencias de la andaluza, y empezó el desfile... ¿Qué le importaban ya los huéspedes ni la prosperidad de su casa?... Quería vengarse de Narciso y morirse luego. Sufría terribles accesos, golpeábase cruelmente, caía luego en angustiosa postración, y presentaba, en fin, la desventurada los más graves síntomas de trastorno en todo su organismo.

Se quedó sin huéspedes, y no le afligió este contratiempo. Casi lo celebró. Los huéspe-

Digitized by Google

des le eran odiosos. Alguno se había permitido preguntarle maliciosamente cómo se le había volado el pájaro del gabinete. Otro, que conocía el estado de excitación en que se hallaba y el motivo, se complacía en hablar delante de ella de las que él llamaba *mujeres chifladas*, burlándose de sus tardías pasiones desenfrenadas, que decía no eran otra cosa que manifestaciones del histerismo.

Tomasa seguía constantemente á Narciso, y había sobornado á los camareros del hotel donde vivía, y al cochero, y á su criado de confianza, para que éstos le dieran cuenta de lo que hacía el señorito. Era espléndida con ellos, y los tunantes explotaban á la pobre loca.

Ocho mil reales le costó saber dónde tenía Narciso el misterioso nido de amor. La triste tuvo gran alegría. Ya podía utilizar las llaves que, sirviendo de modelo las que Narciso olvidó un día en su casa, había hecho construir á cierto habilísimo maestro cerrajero. Las llaves, no podía dudarlo, serían de aquella habitación.

Otro objeto había dejado el huésped en la casa de su amante patrona, y ni le reclamó ni á Tomasa le ocurrió devolvérselo. Era

Digitized by Google

una primorosa pistola de dos cañones, construcción de Eibar. Esta arma la llevaba siempre Tomasa... Pensaba con deleite á veces en el placer de matar á Narciso, y á la dama con quien le encontrara, pero luego desechaba la idea de la muerte del hombre tan profundamente aborrecido y tan apasionadamente amado.

En el revuelto y confuso torbellino de sus pensamientos, acariciaba el de producir un gran escándalo y descubrir á alguna de las damas, tan viciosas como ella, que le habían arrebatado su ídolo, y para producir este escándalo podría servirle aquella arma, que había cargado brutalmente con pólvora. Si encontraba en la misteriosa habitación una mujer, á quien importase mucho el secreto de su aventura, ella la perdería, y ya saboreaba el placer de esta venganza, innoble como toda venganza.

Una tarde, que sin duda no hallaría en el escondite á Narciso, porque había fiesta hípica y él era uno de los más asiduos en esta diversión del buen tono, Tomasa se encaminó á la calle donde estaba el entresuelo que le había designado el sirviente infiel.

Subió sigilosamente, introdujo temblando

Digitized by Google

la llave en la cerradura, abrió la puerta y entró, pistola en mano, cerró luego y corrió el cerrojo. La habitación no tenía mucha luz; había un balcón en la sala y otro en el gabinete; sala y gabinete reducidos, bajos de techo, alfombrados de moqueta, cubiertos los huecos de las puertas y los balcones por amplias dobles cortinas de damasco, y adornados de muebles elegantes, *chaises-longues*, marquesitas y sillones enanos. En el centro de la salita un velador con varios objetos, y entre estos un álbum de retratos de celebridades de ópera, actores y actrices italianos y franceses, acróbatas y saltimbanquis, *ecuyères* del Circo, toreros de fama y caballos vencedores en Longchamps, en Viena, en Londres, en Madrid... Había en la sala también un piano *piccolo* y en el testero un gran espejo, que en otra habitación de las de regulares proporciones habría sido pequeño, pero allí era grande, como que se apoyaba en el suelo y llegaba hasta el techo. Sobre la chimenea del gabinete había cien y cien cosas, estatuitas de *terra-cotta*, figurillas de amorcillos, extravagantes tipos ingleses, pajarillos de porcelana, sirenas y elefantes,... y, en fin, todo linaje de artísticas chucherías de precio...

Digitized by Google

Detrás de la alcoba del gabinete había un cuarto preciosamente estucado, destinado á tocador; era el tocador de una dama, y nada en él podría echar de menos la más caprichosa y exigente. Después un pasillo estrecho, en el pasillo algún cuartito obscuro, y un comedor pequeñito, con su mesa y su aparador, en el que había algunas botellas de Jerez y Champagne, unas cajas de galleta inglesa y reducida vajilla de Bacarat. La cocina estaba perfectamente limpia. Se conocía que allí no había criada.

Tomasa lo registró todo, lo examinó todo con prolija curiosidad, dejó sobre el velador central de la sala la pistola montada, sentóse en las sillas enanas, gimió, sollozó, lloró, pateó y luego pensó romper el espejo que habría copiado tantas mujeres hermosas, arrojar por el suelo todos los objetos que había sobre la chimenea y matarse ella... Pero no, así no se vengaba de Narciso y de las odiosas señoras que le habían usurpado el amor del buen mozo. Abrió los cajones de los muebles, y halló algún pañuelo de finísima batista con primorosa cifra, un guante diminuto, frasquitos de sales y esencias, un portamoneda de piel de Australia con corona de

Digitized by Google

duque, de oro, la corona, sobres de cartas, papel perfumado, y en un entredós, en el fondo del cajón, vió otro álbum de retratos, que contenía siete de éstos... Tomasa los sacó todos; por el reverso cada uno de ellos, menos el séptimo, tenía escrita una fecha... Cuatro de las damas retratadas las conocía Tomasa, como las conocía mucha gente en Madrid; una de ellas era la marquesa de la Filigrana, y el retrato de ésta el único que no tenía fecha manuscrita en el reverso. A las otras señoras no las había visto nunca, pero ella averiguaría quiénes eran. Todas las fotografías ostentaban, entre escudos y medallas de premio, el nombre y la dirección del fotógrafo.

«¡Aquí está mi venganza!» pensó la irritada andaluza, y envolvió los retratos, los seis que tenían la fecha manuscrita, detalle que Tomasa se explicaba acertadamente: en verdad que para estas cosas tienen las mujeres celosas una lucidez extraordinaria. El retrato de la marquesa, que no tenía fecha, lo que, á juicio de Tomasa, demostraba que la marquesa no había dado más que el retrato y no había entrado todavía en la casa misteriosa, lo rompió en menudos pedazos que

Digitized by Google

arrojó en el cajón, donde dejó el álbum vacío.

Ya anochecía. Tomasa buscó la otra puerta, la de la escalera de servicio, á la que correspondía la otra llave que llevaba, y por aquella puerta salió tan sigilosamente como había entrado antes por la principal. Echóse el tupido velo sobre la cara, bajó los dos tramos de estrecha escalera, atravesó un patio, salió al portal y se encontró en la calle en menos que lo cuento, llevando bien apretados en su mano los retratos de las conquistas de Narciso, su primero y único amor. Al llegar á su casa recordó, contrariada, que había olvidado el arma con que habría producido el ruido y el gran escándalo si hubiese tenido ocasión.

Digitized by Google

XXI

Narciso, desde que volvió á ver á Angustias, la única mujer que había hecho latir su corazón, habíase propuesto conseguirla, costase lo que costase. Aunque su propósito era obtener una gran fortuna por medio de su enlace con mujer rica, hasta capaz sería de casarse con Angustias, si otro modo no había de apoderarse de tan peregrina hermosura, pero confiaba encontrarlo. En la servidumbre de los marqueses halló quien le sirviera discretamente para entregar á Angustias billetes enloquecedores, sin que la madre, siempre alerta y siempre desconfiada, pudiera saberlo. La hermosa acabó por contestar á estos billetes, y borrábase por momentos de su imaginación aquella terrible pintura que le había hecho del hombre su madre...

Digitized by Google

—Mi madre tiene razón--pensaba;--hay que tener miedo al hombre, pero Narciso es para mí más que un hombre, es mi amor, el único amor de mi vida; y este amor mío es tan puro, tan grande, tan poderoso y llena de tal suerte mi pecho, que no puede caber en mí otro sentimiento y menos el del miedo miserable... Acaso sería desgraciada con él, como dice mi madre, pero ¡cuánto más no lo seré sin él!...

Aurora, por su parte, que se había encariñado con la gentil andaluza y perseguía el noble propósito de abrir un abismo entre Narciso y la marquesa tan en peligro de caer en la horrenda sima del adulterio, hacía de modo que frecuentemente se encontrasen el andaluz y la sobrina del cura, y este pobre andaba aturdido desde la venida de su hermana, y temía que á la postre habría una catástrofe. «Ó este hombre, pensaba, se nos lleva un día á Angustias y la pierde, ó su madre se la vuelve á llevar á Sevilla, y se nos muere mi sobrina infeliz, ó la marquesa, que rabia de amor y de celos, nos echa á todos de esta casa... En fin, aquí va á suceder algo, y Dios quiera que no tengamos mucho que sentir.»

Digitized by Google

La marquesa odiaba á Angustias, pero había de disimular el odio ante su hija y ante su marido... Veía á Narciso más preocupado, menos asiduo y servicial, menos galante, menos exigente... Ya no le pedía, como antes de venir Angustias, la entrevista secreta que la imprudente gran señora había llegado á prometerle, entrevista frustrada la primera vez por la curiosidad de Tomasa que en mala hora para ella quiso ver el aspecto que presentaba una *soirée* en el gran mundo, y ya no tenía calma; ya, celosa y humillada, estaba dispuesta á atropellar por todo para triunfar de la odiosa rival... Y con la decisión de las mujeres indiscretas y de corto entendimiento, recordando que Narciso le había hablado de la misteriosa y escondida habitación donde podrían verse, y le había ofrecido la llave, escribióle un billete en que le decía:—«Mañana á las seis de la tarde.—Dame la llave.»—Y cuando fué Narciso aquella noche á saludarla en su palco del Teatro Real, ella, al darle la mano, le entregó doblado el diminuto papel, sin que pudieran notarlo su hija ni su marido.

Salió del palco Narciso antes del primer entreacto, y leyó, sonriendo, la lacónica pro-

Digitized by Google

mesa. Cuando acabó la representación, Narciso ofreció galantemente el brazo á la marquesa para bajar al vestíbulo del coliseo, dejando pasar delante al estirado marqués que daba el suyo á su hija. Unos momentos después, el coche llevaba á los marqueses á su palacio, y la marquesa apretaba en su mano la pequeña llave del nido de amor que para la pobre señora tenía los atractivos de lo desconocido y de la venganza. Aquella era la llave de su deshonra.

Esto sucedía dos días después de la visita que hizo Tomasa al entresuelo destinado por el vicio á guarida del amor vergonzoso, que no es amor sino podredumbre miserable de una sociedad invadida de la peste del indiferentismo religioso, y refractaria á los goces del espíritu...

—Acabemos—se dijo Narciso.—Esa mujer no me dejaría en paz y ahuyentaría de aquí á la odiosa madre de Angustias.

Aurora, menos recelosa, observando el cambio que había producido en el buen mozo la presencia de Angustias, había aflojado un poco en la vigilancia respecto de la marquesa. Ésta, la tarde siguiente, dominando con gran esfuerzo la fiebre que la devoraba, que

Digitized by Google

al fin influye poderosamente en la mujer que ha sido honrada tantos años la idea de destruir en un momento este reposo y esta dignidad de la conciencia, halló modo de salir de casa, diciendo que, siendo el tiempo desapacible para paseo, iba, de cualquier modo, á recorrer algunas tiendas, y volvería pronto.

Y salió, y cuando se halló en la calle en libertad de correr á abrazarse á la deshonra que ya para siempre sería su inseparable compañera, vaciló, dudó la pobre mujer, y se sintió cobarde, y á punto estuvo de volver precipitada al domicilio conyugal, el hogar del decoro, del respeto y del honor. Pero el demonio de la curiosidad la arrastraba en dirección opuesta... Entró en algunas tiendas, vió telas, hizo bajar y subir de las anaquelerías piezas de raso y de terciopelo, realizó algunas compras, visitó á la modista más famosa que la vestía, y allí pidió un vaso de agua azucarada con que pretendía en vano apagar el fuego que la consumía...

Ya caía la tarde: salió, recorrió dos ó tres calles, y al llegar á una plazoleta desierta, vió venir despacio un coche de punto, llamó al cochero, que arrimó el vehículo, y saltó

Digitized by Google

del pescante para abrir la portezuela, conociendo que aquella señora iba de aventura, y no sería mezquina la gratificación que le daría.

—¿Á dónde vamos, señora?—le preguntó.

La marquesa dijo al cochero la calle donde estaba el entresuelo.

—¿Y el número?...—preguntó el automedonte.

—Pare en la esquina—respondió contrariada, avergonzada.

—¡Ya! ¡ya!—murmuró el cochero como diciendo:—«Estoy al cabo de la calle.»

Subió al pescante, requirió las riendas, dió un palo al caballo escuálido y bajó la *alquila*.

Y la marquesa, aunque ya no era posible que al pasar se la conociera, se cubrió el rostro con el tupido velo, y aun así parecíale que todos la veían y decían:—«¿Adónde irá la marquesa de la Filigrana en un simón?»

Paró el coche, abrió el cochero y preguntó:

—¿Espero aquí?

La marquesa no contestó; echó á andar por la calle adelante, contando los portales de la acera izquierda para encontrar el número trece en el séptimo portal. Entró, su-

Digitized by Google

bió los dos tramos de la escalera principal y se encontró delante de la puerta del infierno á que la arrastraba el mismísimo demonio... Allí dudó un segundo, pero creyó oir pasos que bajaban ó subían, y metió la llave fatal en la cerradura... La puerta no cedía... Súbitamente sonó una espantosa detonación. Frío de muerte sintió la desdichada señora é instintivamente se agarró para no caer á la llave metida en la cerradura. De abajo, de arriba, del otro entresuelo, salió gente á la escalera que preguntaba qué había sucedido, sin que nadie lo pudiera explicar. Y la orgullosa marquesa asida á la llave...

—Aquí ha sido—dijo un vecino.

—¿Qué ha pasado, señora?—preguntó otro á la marquesa, que ni podía contestar, ni podía huir, ni podía sostenerse siquiera.

—Ha sido un tiro.

—Un petardo.

—Alguna desgracia ha ocurrido.

—Llamar á los guardias.

—¿Quién vive ahí?...—preguntaba un vecino del tercero, recién mudado.

—Nadie—contestaba una vieja que había salido del otro entresuelo, seguida de un perro faldero que ladraba furioso.

Digitized by Google

—¡Los guardias! ¡los guardias!...

En efecto, los guardias llegaban más presurosos que de costumbre, y llamaba el uno á la puerta del entresuelo y el otro decía:—«De aquí no se menea nadie, ni entra una rata ni sale un mosquito hasta que se sepa lo que ha pasado, y venga el señor Delegado y comparezca el juez.»

—Apártese usted, señora—dijo el otro dependiente de la autoridad á la marquesa.—Usted, ¿quién es? ¿usted vive aquí?...

—La señora iba á entrar—dijo la vieja del perro tocado de hidrofobia—lo cual que estaba abriendo con la llave y no podía. Yo la veía desde detrás de mi ventanillo cuando sonó el tiro.

—Pero ¿ha sido un tiro?...

—De cañón, sí señor.

—Será alguna bombita de esas de ahora con que quieren tirar patas arriba al gobierno cuatro pillos—observó el guardia á tiempo que todo apresurado, y sudando la gota gorda, se presentó el Delegado del distrito, un hombrón tremendo...

—Á ver, ¿qué ha pasado aquí? ¡Nadie se mueva!—dijo.

Oyó su voz la marquesa y miró al Delega-

Digitized by Google

do como si fuese un sér sobrenatural bajado de las nubes, revólver en mano.

Tocóle en el brazo, y con acento de suprema angustia le dijo:

—Oiga usted por Dios. Yo venía á buscar una modista.

—¡Eh!—exclamó el representante del gobernador—venga usted, señora, y apártense ustedes—añadió dirigiéndose á los que obstruían la escalera.

Dió algunos pasos la encubierta, bajó con el delegado y le dijo con apagado acento:

—Soy la marquesa. Sálveme usted.

La marquesa era la protectora del enorme funcionario, antiguo dependiente del marqués, y el delegado no se hizo repetir la súplica.

Bajó con ella, y la acompañó hasta el coche diciendo al cochero, que estaba en la acera sintiendo no poder enterarse de lo ocurrido:

—Á la Carrera de San Jerónimo, y luego donde diga la señora.

Poco después la gran señora entraba en su casa, haciendo sobrehumanos esfuerzos para disimular su profunda conmoción.

Forzada la puerta de servicio, penetró la

Digitized by Google

autoridad judicial en el entresuelo, y se halló en la sala sobre la alfombra al dueño de la casa á quien todos creyeron cadáver. Movié-ronle y vióse en el suelo el arma fatal con lo que se creyó suicidio lo que sólo había sido funesto accidente. He aquí lo que había sucedido.

Entró el galán, pocos minutos antes que llegara la marquesa, por la puerta de servicio, porque la llave de la principal era la que había entregado á su cómplice, y se dirigió á la sala. Sobre la mesa del centro tenía una linda caja donde guardaba los fósforos, tentó en la semi-obscuridad, y sus manos dieron con la pistola que allí había dejado Tomasa por olvido. Sorprendido la cogió, la levantó, la llevó cerca de los ojos y súbitamente le abrasó la llamarada de la explosión, haciéndole caer como herido del rayo.

El juez, inclinándose sobre el que consideraba suicida, le miró, le tocó y dijo:

—No está muerto. ¡Pronto! á la Casa de socorro.

Y pocos momentos después los médicos de la Beneficencia examinaban la herida del desventurado joven cuyo rostro en su parte superior era una llaga sangrienta, y se dis-

Digitized by Google

ponían á emplear todos los medios que pudiera haber en lo humano para salvarle.

Uno de los médicos dijo en voz baja al juez:

—Milagro será que no esté ciego para toda su vida.

. . . . . .

El mismo dia, antes del suceso, los maridos de cuatro de aquellas señoras, cuyos retratos con la simbólica fecha en el reverso halló Tomasa en el entresuelo de Narciso, recibieron por el correo interior la fotografía de la esposa y un papelito en que Tomasa había hecho escribir lo siguiente:

«Diga usted á su mujer que es peligroso escribir en un retrato la fecha del día en que se tiene la imprudencia de visitar el entresuelo de la casa número 13 de la calle de...»

Cuando el día siguiente los periódicos publicaron versiones más ó menos fantásticas de lo ocurrido en el entresuelo, los cuatro maridos pudieron hacerse cargo de la oportunidad del consejo del infame anónimo.

La consecuencia de todo esto fué la separación de dos de los matrimonios; el viaje de otro á Extremadura, donde estaba la casa solariega de la esposa, que se quedó allí con

Digitized by Google

sus padres por todo un invierno... El cuarto marido, el barón de la Puntilla, rompió el papelito, guardó la fotografía y no dijo nada. Las otras dos retratadas eran viudas, y por consiguiente, libres, felices é independientes, á nadie tenían que dar cuenta de sus acciones más que á Dios, y era muy grande su confianza en la Divina misericordia.

Digitized by Google

XXII

Cuando el padre Serafín y Angustias supieron la mañana siguiente la horrible desgracia del pobre Narciso, de quien un periódico decía que había quedado ciego, la enamorada dijo resuelta al cura:

—Padre; yo voy á donde se halla Narciso.

—Antes iré yo...—respondió el clérigo.—Tú has de esperar á tu madre, que en estos momentos acompaña á Aurora en su visita á los pobres.

—No espero, padre mío... Narciso es desgraciado, y yo le amo, ahora le amo más que nunca.

Y no hubo medio de hacer desistir de su empeño á la hermosa andaluza.

—Si usted no me acompaña—dijo al hermano de su madre—yo iré sola.

En la Casa de socorro estaba el interesante

Digitized by Google

Narciso, en un estado de violentísima desesperación, pidiendo un arma con que poner fin á su existencia.

Mientras el médico no levantó los vendajes para examinar á la clara luz la herida, Narciso había estado tranquilo; pero cuando aquel, haciéndole la cura, con palabras cariñosas le quiso consolar y fortalecer, el andaluz comprendió toda la extensión de su infortunio, y exclamó:

—¡Ciego! ¡Yo estoy ciego!... ¡Prefiero la muerte!...

Y hubo necesidad de sujetarle para que no se golpeara.

De pronto, cuando más furioso estaba, manos blandas y suaves cogieron las suyas, y un acento indefinible de amor infinito sonó en su oído.

—Soy yo—dijo Angustias—la que te adora, Narciso mío. Vengo á cuidar de ti, á morir contigo, si has de morir, á no separarme de ti jamás... A nadie he querido nunca mas que á ti... Por ti todos los sacrificios haré, por ti mi vida entera... Confía en Dios, cálmate, y ten esperanza...

Y aquella voz de incomparable ternura, dulce y acariciadora, calmó la excitación del

Digitized by Google

infeliz, que poco después volvía á caer en profundo sopor, postrado por la calentura.

Volvieron de su visita á los pobres Aurora y la viuda de Vélez, que algunos días sustituía al clérigo acompañando á la hija de los marqueses, y supieron el suceso que era ya del dominio público, y al mismo tiempo la novedad de hallarse la marquesa enferma en cama. Corrió la hija al lado de su madre, y la viuda subió presurosa á las habitaciones donde creía encontrar á Angustias.

Dijéronle que había salido con el cura, y esperó.

—Castigo de Dios—decía la viuda, pensando en la desgracia ocurrida á Narciso.—El hombre es malo, pero rara vez queda impune. Si ese hombre muere, mi hija al fin se casará con Pedro...

Y la viuda complacíase en la idea de la muerte de Narciso. Tanto había sufrido la pobre mujer, que era implacable en su odio al hombre.

Pasaron tres, cuatro horas, y no volvían su hermano y su hija.

Al fin volvió el clérigo solo.

—¿Y Angustias?—preguntó la madre.

—En la Casa de socorro—contestó el cura.

Digitized by Google

—¡Jesús! ¡Mi hija!...

—Allí está Narciso postrado en el lecho, y no hay poder humano que arranque de su lado á Angustias.

Rugió la viuda, increpó duramente á su hermano, y salió desesperada, seguida del bueno de don Serafín, que hubo de acompañarla á la Casa de socorro.

Entró gritando:

—¡Angustias! ¡Angustias!

—Señora—le dijo un médico—no grite usted aquí. Hay un herido grave.

—¿Dónde está mi hija?...

Y en la puerta de la habitación donde estaba el herido, apareció Angustias. Su madre se acercó á ella, y la cogió violentamente por el brazo.

—Vamos—le dijo.—¡Fuera de aquí!

—Madre—contestó deshecha en llanto la tierna Angustias—he venido y no me voy.

—¿No?—preguntó con espanto, con ira, la madre.

—No—contestó resueltamente la hija.—Aquí estoy por amor, por amor infinito, y por deber de caridad.

—¡Soy tu madre!

—Perdón, madre mía, pero él es mi amor.

Digitized by Google

—¿Tu amor?... ¡Un libertino, un hombre sin corazón!

—Le amo!

—¿No temes que Dios te castigue?

—¡Madre! ¿Castigar Dios, que es todo amor, á quien ama como yo?... Si Narciso muere, usted, madre mía, hará de mí lo que quiera; pero si no muere, y él no me rechaza, ¿quién me separa de él?... Nadie en el mundo.

La viuda forcejeaba por llevarse á Angustias, ésta se resistía con fuerzas que le daba su firme voluntad, el cura en vano quería calmar á su hermana, y las personas que presenciaban la violenta escena tuvieron al fin que intervenir, y proteger á la hija contra su madre.

Oyóse en la habitación del herido la voz de éste, que decía:

—¡Angustias!...

Hizo ésta un poderoso esfuerzo para desasirse de su madre, y respondiendo: «¡Aquí estoy!» entróse en el cuarto. Uno de los dependientes de la casa cerró la puerta porque no entrara la madre, y ésta, presa de un síncope, fué llevada en brazos al coche de uno de los médicos, que la condujo á casa de los marqueses, por indicación del cura.

El amor había triunfado.

Digitized by Google

XXIII

En Sevilla, cerca del Guadalquivir, rodeada de espesos y corpulentos árboles que dan sombra, frescura y perfume al delicioso sitio, se levanta preciosísima casa blanca de dos pisos, y azotea, con jardín central, donde es tan extraordinaria la profusión de flores, que el suelo entre las calles de árboles y arbustos está cubierto de blanda alfombra de rosas y hojas de naranjos y limoneros.

En el primer piso habita un matrimonio joven. Hace tres años, un señor cura adquirió la finca para los recién casados, por encargo y con poder del marido que ha de valerse de otra persona en sus asuntos de intereses porque el pobre está ciego.

El segundo piso lo ocupan la madre de la esposa y el cura.

Angustias y Narciso son padres de un niño

Digitized by Google

de dos años, un ángel hermosísimo, con los ojos muy grandes y muy vivos, como eran los del desgraciado autor de sus días.

El ciego, arrogante mozo, tiene en la parte superior del rostro una gran mancha morada, y para cubrir la deformidad de sus ojos muertos, lleva unas antiparras negras. Apóyase, cuando sale, en el brazo de su mujer, y con ésta da largos paseos por la orilla del río, y alguna vez vienen á la ciudad, donde excitan, por su juventud y por su desgracia, la simpatía de todo el mundo.

Narciso está resignado, conforme con su suerte, y estrecha con su brazo tiernamente el de su hermosa compañera. La fisonomía de ésta ha adquirido una expresión de melancolía profunda, que la hace más bella y más interesante.

El carácter de Narciso se ha dulcificado de tal suerte, que el soberbio é independiente es más humilde que un niño. Solamente se estremece y se inmuta cuando oye la voz de la madre de su mujer. Para evitarle esta pena, la viuda, aunque en la misma casa, vive separada de sus hijos, sin olvidar todavía al marido infame que le hizo cobrar miedo al hombre. Quisiera que el ciego la per-

Digitized by Google

donara y la amase, pero no lo consigue.

—Angustias—dice Narciso á su mujer, cuando habla de su vida en Madrid—todo fué un sueño; triunfos de amor, codicia de riquezas, ambición de posición política, todo sueño... Pero feliz yo que desperté en brazos del amor, del amor verdadero, del amor de un ángel como tú .. ¡Ay! entonces estaba más ciego que ahora, porque ahora veo... ¿Crees que no veo?... Pues sí, alma mía; lo que es que sólo veo una hermosura, la tuya, y no necesito ver otra...

Y Angustias, poniéndole en los brazos el hijo adorado, rodea con los suyos el cuello de su marido, y le besa... y el ciego cree que no está en el bajo mundo miserable que ha conocido, sino en lo más alto del cielo.

. . . . . .

Si el lector benévolo é indulgente ha seguido hasta aquí esta sencilla narración, acaso le interesará saber lo que ha sido de los marqueses de la Filigrana, de Pedro y de Tomasa que, aunque no intencionadamente, produjo el accidente de que fué víctima Narciso.

El marqués murió un año después de la escapatoria de su mujer, sin haber sospecha-

Digitized by Google

do siquiera que en tan inminente riesgo estuvo su honor. No pudo ingresar en ninguna Academia. La enfermedad que padecía, y que no logró curarse en Inglaterra, no se la curó en Madrid tampoco, porque era incurable y mortal de necesidad.

La marquesa luce en Madrid sus magníficas joyas y sus grandes riquezas, pero desde aquel lance no ha vuelto á apasionarse de ningún doncel... Tiembla la gran señora recordando que fué adúltera de intención, y con espanto piensa qué penosa y angustiosa vida será la de la mujer casada que falta á su deber.

Que ella faltó al suyo es creencia general en la alta sociedad... ¿Quién sabe si aquel delegado de vigilancia fué menos discreto de lo que debía ser, á lo menos por gratitud á su protectora?... Lo cierto es que él hizo su negocio. Recibió un buen regalo de la marquesa, y luego un destino para Cuba donde, según dice su mujer que le ha escrito él mismo, se *está poniendo las botas*.

Aurora continúa ejerciendo la caridad, y no olvida al padre Serafín, que volvió á Sevilla y sigue diciendo su misa diaria en San Lorenzo. La vida de Madrid no era para él.

Digitized by Google

Aurora y el cura se escriben largas cartas de amor sublime, el amor misterioso y puro de una mujer fea exteriormente y hermosísima de alma, y de un hombre de profunda fe religiosa y de conciencia inmaculada.

Pedro no olvida nunca á la hermosa Angustias. Casi llegó á creer que con la protección de la madre podría hacerse amar de la hija, y no se consuela del fracaso. Se ha dedicado asiduamente á su profesión, y trabaja con honra y con provecho.

Tomasa, aunque enferma y venida muy á menos, ha seducido á un investigador de contribuciones que cayó de huésped en su casa, y se ha casado con él.

El investigador es un hombre bastante incorrecto de figura, de educación y de costumbres, y al principio quiso imponerse á Tomasa, y tuvo conatos de sacudirla, pero ella le ganó por la mano, y le sacudió de veras.

Días pasados decía Tomasa á su marido:

—¡Jesús! ¡no he visto fiera más mala que el hombre!... ¡Hay que tener miedo al hombre!

—¡Pues mira que á la mujer!...—contestó oportuna y filosóficamente el investigador.

FIN

Digitized by Google

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS ESPAÑOLES

TOMOS PUBLICADOS

Emilia Pardo Bazán: **Los Pazos de Ulloa** (Dos tomos.)

José Ortega Munilla: **Idilio lúgubre.**

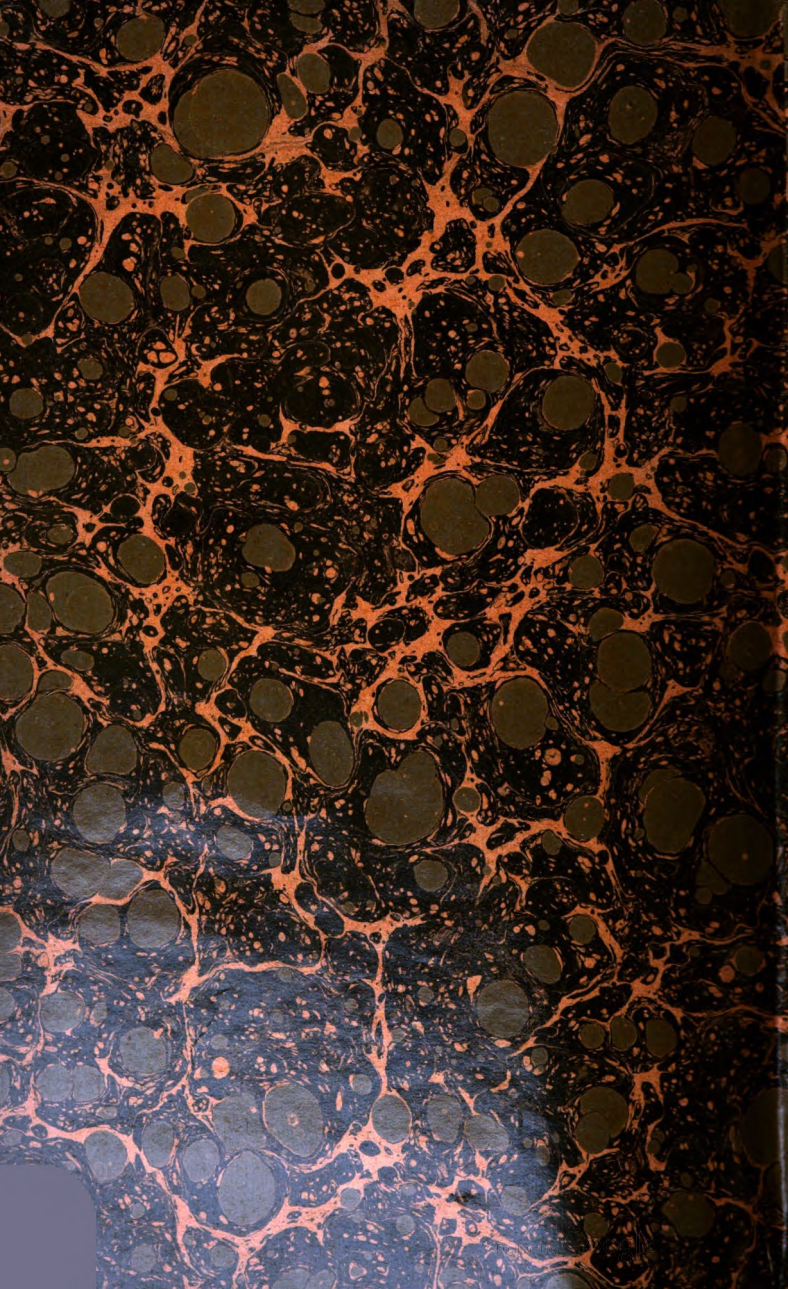
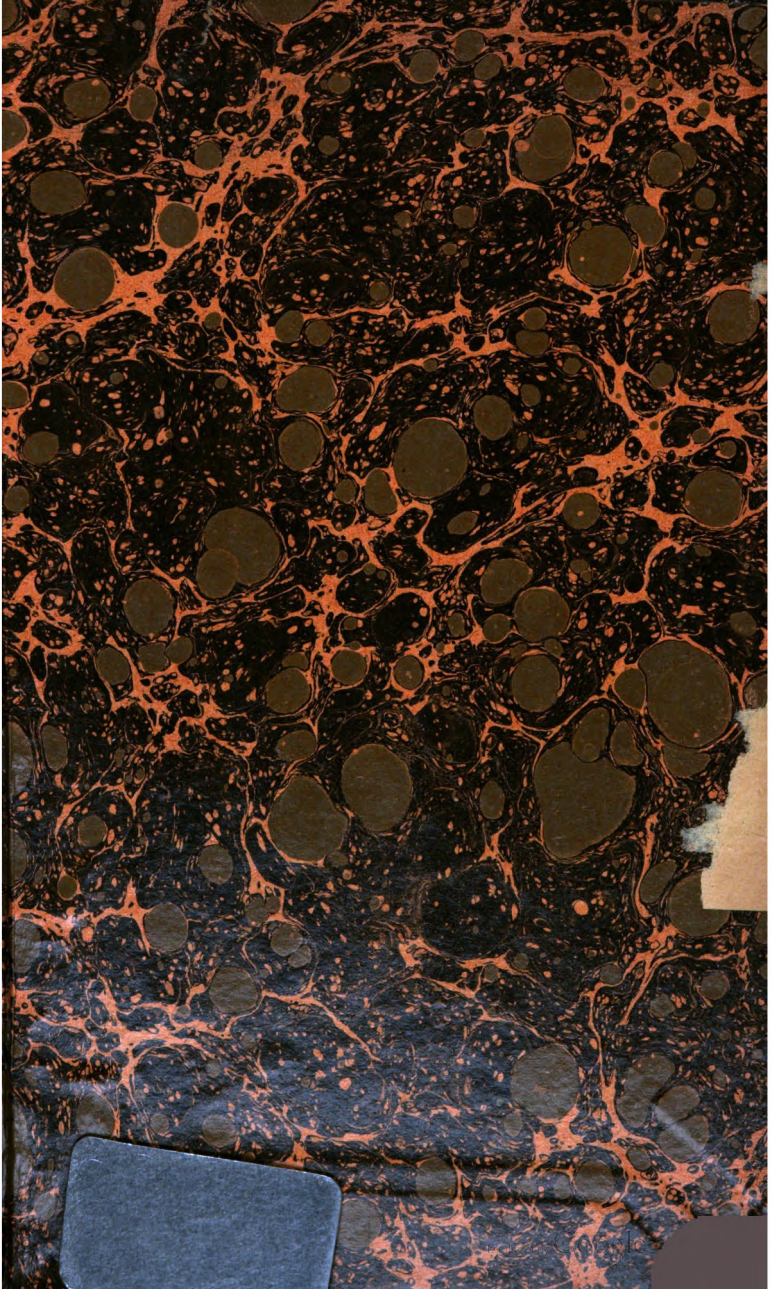
Antonio de Trueba: **Leyendas genealógicas de España** (Dos tomos.)

Carlos Frontaura: **Miedo al hombre.**

EN PRENSA:

Enrique Gaspar: **Castigo de Dios.**

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google